Obras

DE

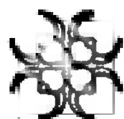
José M.ª Izquierdo

TOMO II

Edición costeada
por subvención del Excmo. Ayuntamiento, del Ateneo
y por suscripción pública.

DIVAGANDO POR LA CIUDAD DE LA GRACIA

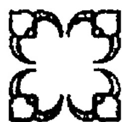
VOLUMEN II



SEVILLA
Tip. Zarzuela, Alvarez Quintero 72
1923

DIVAGANDO POR LA CIUDAD DE LA GRACIA

ESCRIBIÓ ESTE LIBRO JOSÉ M.ª IZQUIERDO



SEVILLA

Alrededor de la Ciudad de la Gracia

Algunos lectores amigos, de los muy contados que debe tener este humilde divagador—y sin duda siempre serán más de los que él se merece—, le preguntaron, una vez en que, como tantas otras, reanudaba el curso de sus periódicas—periodísticas—publicaciones, por qué había cambiado de título y por qué no proseguía la serie comenzada de sus ensayos. Y entonces contestó lo que ahora reproduce:

En segundo lugar, porque como este no es su camino, cuando por él se aventura procura hacerlo de la manera más disimulada posible; y, en primer término, por... lo de siempre: el miedo de no acertar, el temor de cansar... y cansarse.

Mas la razón verdadera, la primera y última razón, es que le gustaría escribir sin rotular y sin rubricar. Por lema, unos puntos suspensivos; y otros puntos suspensivos, al final, como firma. Así sería su obra: un libro cuyas hojas estuvieran llenas de puntos suspensivos. Y su mejor capítulo sería una página en blanco.

Las divagaciones de ahora, como las de antes, fueron escritas periodísticamente, alrededor del camino *(peri-hodós)*... por los caminos divergentes... de la vía de mi vida... que ha venido a ser la vida del ensueño amoroso... flor de ilusión... que me ha inspirado la

ciudad... soñada para Ella y por Ella amada... la *Ciudad de la Gracia.*

Alrededor de la *Ciudad de la Gracia.*

Alrededor de la ciudad ideal, que ha sido llamada la «Atenas española»; la ciudad intemporal de la cultura; la ciudad extraespecial de la civilización; la ciudad de las fiestas espirituales del gay saber, de la que son ciudadanos los poetas y los sabios... los artistas y los héroes y los genios, los santos...

Alrededor de la ciudad real, que ha sido invocada como la «Roma triunfante», y que con la alteza de su ánimo hará por siempre olvidar el dictado de «Babilonia castellana», con que una vez la motejaron; alrededor de la ciudad que ha compartido con Córdoba y Granada la capitalidad de los antiguos reinos del Andalus: y la que ahora empieza a ser núcleo de la nueva regionalidad...

En el primer caso, «alrededor de la *Ciudad de la Gracia*», es una expresión figurada: la «ciudad» es un símbolo y el «alrededor» una alegoría. En el segundo, no hay metáfora alguna: a lo más, una hipérbole de nuestro amor a la patria chica; la «ciudad» es Sevilla, y su «alrededor» es todo lo que la rodea: así sus propios «alrededores» como los de las otras ciudades, y las ciudades mismas, los campos y las playas, las montañas y los valles de toda Andalucía.

Alrededor de la *Ciudad de la Gracia*, como antes en el seno de ella, quien esto escribe no ha hecho más que divagar... alrededor, periodísticamente.

Pero las divagaciones de esta segunda etapa—tan malas como todas las segundas partes, como todo lo que es secundario—no tienen siquiera ni aquel vago concierto que en las pasadas puso el tiempo—por demora del espíritu crítico o por morosa delectación de la fantasía.

Los nuevos ensayos—por lo mismo que todavía son escasos en número y se hallan aún en estado in-

cipiente—aparecen aún más que los ya conocidos como artículos que no han encontrado el sistema de su articulación: alusiones esporádicas, insinuaciones tangenciales, anticipaciones de algo que tal vez ya no ha de madurar, ideas meteóricas, cuya órbita nos es desconocida: artículos inarticulados, que hacen pareja a las *glosas desglosadas*...

De entre esos artículos, acaso los relativos a la *Minerva Bœticœ* sean los que tienen entre sí más unidad. No en vano ésta puede representarse como la proyección de la *Ciudad de la Gracia* en el cielo azul del arte.

Los otros, los que hablan de la *Tierra de María Santísima,* ni aun como bosquejos pueden ser considerados.

Diríase que el divagador, al salir de su ciudad, permaneció como perplejo ante la nueva visión que a su alma se ofrecía, y antes de emprender el camino de una nueva romería...

De la Minerva Bética

(Crítica sentimental: Elogios & Salutaciones)

Minerva Bœticæ... La leyenda del escudo de la Academia Sevillana puede servir de emblema a estas páginas en que se habla de un aspecto y de un momento de la cultura de la Atenas andaluza.

El Ateneo de Sevilla—el *Templum Minervæ* del *Palladio Bœtis*—celebró en 1897 el décimo aniversario de su fundación... Un año antes se había publicado un libro de semblanzas de los «escritores y artistas» célebres en la *Sevilla intelectual* de fines del siglo XIX. En el apéndice de esta obra figuraban los nombres de los ingenios hispalenses que habían de reflejar y de irradiar la luz de la pasada y presente centuria... Pero en 1898 quedó truncada nuestra áurea leyenda... Y luego... ¿Gritos de rebeldía?, ¿lágrimas de orfandad?

En 1907, cuando debía haberse celebrado el segundo decenario de la fundación del Ateneo de Sevilla, algunos jóvenes intentaron reanudar la tradición interrumpida de nuestro arte y de nuestra sabiduría...

NUEVA CORTE DE LOS POETAS

Había en el Ateneo de Sevilla un grupo de jóvenes que dieron en la manía de leer... de leer poesías y de hacerlas—en verso y prosa—y de vivirlas. El

amable rincón donde se reunían—un claro y alegre pasadizo que da a la Biblioteca—se llamó «el pasillo de los chiflados.» El mote se convirtió para ellos en timbre de gloria. El pasillo fué plaza de muchos pasos honrosos. Los nombres de los chiflados constan en dos famosos sonetos humorísticos insertos en un cancionero que dice *Del bien y del mal*... Todos tenían algo de poeta, de músico y de loco... A ellos se sumaron más tarde otros jóvenes artistas—pintores, escultores, etc.—El pasillo fué sustituído entonces por un riente y soleado palomar—convertido en nidal de aladas quimeras—. Un mágico orfebre de la prosa—Federico García Sanchís—en una célebre crónica ofició de heraldo de la nueva hermandad... Todos tenían algo de poeta...

Y celebraron fiestas y emprendieron obras de cultura, que fueron gala y prez de esta maravilla de Sevilla... Una vez quisieron dedicar un recuerdo a un amigo ausente; y el presente—ofrenda digna de los dones de esta ciudad, hecha para el regalo—fué un libro: el primero y último, el único volumen de una biblioteca que tenía por título «Ariel» y por lema el *Vitam impendere arte*... Pero el arte fué sacrificado a la vida, y Ariel desterrado por Calibán... La «conjura de los elementales» no pudo, sin embargo, borrar del todo la estela florida de la ilusión.

No todo podía desvanecerse. La flor de la ilusión no da en vano su perfume. Algo de todo aquel idealismo tenía que sobrevivir; y ha sido el aura aromada que algunos espíritus han recogido. Un día se reconocerá todo lo que se le debe, en el presente renacer artístico de Sevilla, a esa juventud desinteresada, que, en el rincón provinciano, tendió un puente de plata sobre la vida. Entonces se apreciarán en su justo valor las fiestas de arte y de amor—fiestas del *Gay Saber,* quintaesenciados Juegos Florales, etc.—, que, por pura recreación de su espíritu y con el solo intento de divertir las veladas de su estancia en el Ateneo,

celebraron los chiflados del pasillo. Mientras llegue ese día recordemos...

De las veladas áticas de aquellos días geniales o lúdricos, el corazón añora con especial cariño la visión deleitable del homenaje en honor del poeta más íntimo, más delicado, más espiritual de la moderna poesía andaluza. Recordemos lo que entonces dijimos y lo que después hemos dicho del melancólico Juan R. Jiménez.

De todos los artistas que un día se congregaron en el pasadizo y en el mirador del Ateneo, quisiera hacer mención laudatoria, y en particular de los poetas... De los escultores, de los pintores, de los músicos, etc., se ha hablado ya o se hablará en su tiempo... Algún día se hablará de los novelistas de «la ciudad de todos los amores», como ya se ha hablado de los poetas dramáticos de *la Ciudad de la Gracia...* Ahora y aquí nos limitaremos a recordar lo que hemos dicho de algunos poetas líricos...

EL MÁGICO Y DOLIENTE POETA JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

El homenaje.

El homenaje a Juan R. Jiménez, fué iniciado como un agasajo íntimo, de amistad espiritual, como una romería de amor. Al trascender a toda España, se convirtió en un tributo de admiración al maravilloso arte de esa pléyade de poetas que preludiara Rosalía de Castro e iniciara Rubén Darío—, como indicaba *Azorín* al hacerse eco del movimiento general de simpatía que en todas partes se había despertado por «el maestro de la elegía contemporánea.» Y en Sevilla, donde se realizó la idea, el poeta «enamorado de la luna» fué elegido entre los otros poetas anda-

luces de dicha generación—Antonio y Manuel Machado, Francisco Villaespesa...—y fué consagrado como el representante, como el poeta ideal de la triste Andalucía—de que nos ha hablado Rubén Darío—, de la Andalucía recóndita—según la bella expresión de José E. Rodó.

La rima inefable

Del amor al ensueño...
Del ensueño a la emoción...

«*El fénix vino a la tierra tinta el ala de plata.*»

...Otra vez el milagro. El milagro, sí, porque es un misterio... Bajo este cielo azul, áureo y rojo, sobre este suelo de guitarras y crótalos, la musa de la flauta lunática y del lírico violín, la musa amatista, malva y rosa... En la tierra, la poesía que no es de la tierra, poesía de ocasos y de luna; poesía de los cielos, poesía que es poesía...

El alma de la pura poesía, de la poesía pura, purificada y purificadora—*poesis alma—;* el alma de la poesía de almas y del alma—*poesis animi—;* el alma de la poesía—como diríamos en un mundo sin accidentes, sin adjetivos, sin impurezas—, ha encontrado de nuevo su vaso diamantino, su verbo, su verso; y en él se ha vertido puramente, castamente, y en él vive, y en él vibra, vagarosa y alada, como una flor, como una música, venusina y virginal...

...Al apagarse la divina melodía del más grande corazón, corazón de poeta, del Poeta, del Poeta del Amor—Gustavo Adolfo Bécquer—la musa de su alma enmudeció... Lenta, muy lentamente, fuése esfumando la veste terrena que sirvió de pretexto a su espíritu... Y éste tramontó el valle, las cumbres... Se hizo cielo...

...Hasta que un día lo azul se tornó violeta.... ¡Oh rayo ultraviolado, que al irradiar espiritualiza la ma-

teria, y al concentrarte eres la aérea carnación del espíritu!... Y lo ultraviolado, al meditar, al hacerse reflexivo, proyectó sobre la tierra una leve sombra, translúcida, transparente, como la sombra de una mariposa sobre el cristal de un lago... La sombra albergó en su seno un rayo de luna, y se hizo luminosa; la sombra luminosa moduló los trinos de un ruiseñor, y se hizo musical... Y fué...

...Y fué el eco y el reflejo, la apoyatura tenue, muy tenue, de un espíritu pleno de espiritualidad, de un espíritu *almo,* de un espíritu albo, como un alba que nunca fuera aurora... Y la musa del alma fué despertando al delicado y dulce son de unas rimas que rimaban la infinita melancolía otoñal de un alma siempre en primavera, de un alma silenciosa y soledosa, soñadora de los más lejanos ensueños, sensitiva de las más íntimas emociones, de un alma poeta, del Poeta, del Poeta del Ensueño—Juan Ramón Jiménez...

Otra vez el milagro... El milagro, ¿por qué? El milagro, sí, porque es un misterio... Un misterio, ¿por qué?

¿Por qué no ha de ser la musa del alma andaluza la musa de Gustavo Adolfo y Juan Ramón? Yo creo que en las poesías—en la poesía—y en la prosa—en la vida—de estos dos poetas, es donde se ha realizado el milagro de revelarse en toda su plenitud el misterio del alma andaluza...

...Por lo menos, siempre habrá un milagro, siempre habrá un misterio... El milagro de la gratitud—amor que admira y recompensa—... El misterio de las coincidencias—amor que se hace universal y eterno, al salvar las distancias del espacio y del tiempo—... Un monumento que se levanta al más lírico de los románticos, al más poeta de los artistas, al romántico más moderno, porque fué el que más amó... Y un homenaje que se proyecta al más lírico de los moder-

nos, al poeta más artista, al artista más puro, al más primitivo y al más nuevo, al más romántico de los modernos, porque es el poeta que más ha soñado, porque es el artista que más ha sentido, el hombre que más ha sentido sus ensueños...

Sevilla... Huelva... Gustavo Adolfo...Juan Ramón... Por Gustavo Adolfo voy hacia Juan Ramón...

Y he de ir no con mi prosáica presencia, sino con mi más puro anhelo, con mi emoción más bella, con mi más bello ensueño... He de ir con el alma en romería...

«*En una dulce barca de ilusión y consuelo*».

El trébol de la noche lunática

I. El ensueño.

Ella era...
Él un poeta que amó el ensueño, que despreció la vida, y a quien la vida castigó desposándole para siempre con el ensueño.
(J. Francés).

Quisiera adivinar... Adivinar en el poeta al hombre, y en el hombre al espíritu, al Poeta. Adivinar por el corazón y con el corazón, presentir: presentir el corazón del Poeta, y sentir con él, y con él sentir cómo circula la sangre, y cómo rondan las ideas, cómo la sangre se hace ritmo, y cómo riman las ideas. Y de este modo, piadosamente, sin curiosidad—sin esa curiosidad inútil, interesada e indiferente—allegarme al santuario de su alma con la fiel y fervorosa devoción de un creyente, con la cariñosa y compasiva solicitud de un amigo, de un hermano...

¿Quién conociendo a Juan Ramón no lo reconoce como a un amigo, como a un hermano, como a un hermano sabio y bueno?

...Y amicalmente, fraternalmente, preguntarle:

«Poeta,
qué tienes que estás llorando?»

Poeta, quisiera ser vate para adivinarte.

Poeta amigo, poeta hermano, díme: ¿Qué hado infausto—qué hada malhadada—al no dar vida a tus sueños, hizo de tu vida un puro ensueño, y de ti mismo un soñador? ¿Algún día has realizado lo cotidiano? ¿Cómo fué el dejar de ser niño, y... quedarte siendo niño para siempre? ¿Fuiste joven alguna vez? ¿Y todo ello cuándo fué? ¿Fué antes de la vida o en la vida, en otro mundo o en este, o fué...?

Nada sé. Nada quiero saber... Quiero adivinarlo todo.

II. La emoción.

«Por la emoción la vida sí, la vida;
Porque la vida ¿qué es sin la emoción?
. . . .
Bienvenida emoción, si nos anegas,
en suavidades de melancolía;
tres veces santa la hora en que nos ciegas,
sea tu nombre pena o alegría»,

(G. Martínez Sierra).

Quisiera adivinar... Adivinar en lo que he leído lo que no he leído. Adivinar en la poesía la vida, y en la vida el alma, la poesía. Adivinar por amor y con amor, intuir: intuir el amor de la poesía y fruir la poesía con amor, con amor pasional y con amor platónico, con el amor que se tiene a las mujeres, con el amor que se tiene a la mujer, a una mujer, a la mujer que ha dejado de serlo para ser eterna, para hacerse musa y elevarse a poesía.

Y de esta forma, puramente, sin vulgaridad, adentrarme en el misterio de la vida de su poesía, como si ella fuera la vida de nuestra amada, con la casta delectación de un amante, con la sobrehumana inquietud de un lírico enamorado, de un romático amador...

¿Quién, al comprender la poesía de Juan Ramón, no se queda prendado de ella, y en ella aprende, y en ella idolatra y a ella adora como a la ella de sus amores, como a una novia, como a la novia virginal y siempre amada que nunca desposamos?

Y rendidamente, fervorosamente, invocarle con las palabras de la salutación poética:

«¡Divina Poesía, tú sola me sostienes!»

Poesía, quisiera ser poeta para ser tu adivino.

Amada mía, díme: ¿Eres mía porque no lo fuiste nunca? ¿Vives porque te sueño? ¿Eres mi musa porque no fuiste mi mujer? ¿Te sueño porque te amo? ¿Eres mía porque te amo? ¿Te amo porque me amas?

Perdóname, poeta. Invocaba a tu amada, con palabras mías... Llamábala mía... Y es tuya... Perdóname... Estaba emocionado; y la emoción no distingue de sujetos...

Tu amada se llama Francina, Rocío, Estrella... ¿o se llama con un nombre sobrehumano?... Francina, Rocío, Estrella... ¿son tres personas distintas y una sola musa verdadera, o son tres musas y tres mujeres, o su ilusión no tiene ninguna realidad, o es...?

Nada sé. No quiero saber nada. Quiero presentirlo todo.

III. El encanto.

Esta es su gran conquista..
Ha llegado a conseguir musicalidad perfecta, que hace inútil el comentario técnico y muy difícil el sentimental, porque más que a juicio, da margen, como una página de Schumann, a divagaciones y ensueños.

(E. Diez Canedo).

Quisiera adivinar...

Adivinar en el verso lo vertido, en la transparencia del vaso la diafanidad de la *vis* y de la vida. Adivinar en el arte la emoción, y en el artista el ensueño, y en el ensueño y en la emoción el encanto inefable, el alma del espíritu, la poesía del poeta. Adivinar por la gracia, y con la gracia del éxtasis; vislumbrar y predecir; admirar y exaudir, a través de la forma transparente, el sentimiento elegíaco y la idea lírica, el sentimiento sentimental y sensitivo, la idea ideal e idealista.

Y de esta suerte, plácidamente, sin importunidad, arrobarme en el milagro de su arte, con la serena, persuasiva alegría de un iniciado clarividente, con la sabia ingenuidad de todo aquel que goza el mágico don de crear y revelar...

¿Quién al penetrarse del arte de Juan Ramón no se cree artista, no se compenetra con él, y se considera dotado de un maravilloso poder y llamado a un magno destino?

«Apolo entre su sangre, radiante de armonía!»

Arte, quisiera ser artista, para artizar.

Artista soberano—consciente de lo inconsciente—díme: ¿Cómo es tu arte? El arte tuyo, ¿cómo es tuyo? Arte inefable, personal y único, impar entre impares. ¿De qué cielo trajiste su secreto a la tierra? Ruiseñor y luna, flauta y arroyo, árbol y flor, rosas y sol, primavera y otoño, pino y rosas, aurora y ocaso, rosas... ¿Qué divinidad te hizo adivino? ¿Qué mujer te hizo poeta? ¿Qué cosas, qué ideas, qué sensaciones, qué amor te hizo el artista de la fragancia, del matiz, de la armonía? ¿Cuál fué el maravilloso don con que te dotó el Espíritu Santo?

...Esto sí quisiera saberlo; no por mí, sino por los otros; no para mí, sino para los demás... A mí me basta con el ensueño de tus ideas, con la emoción de tus oraciones, con el encanto de tus versos...

Los otros, los demás... Pero no, no lo reveles—caso que tú pudieras—... Quien no te admire, ¿qué necesidad tiene de enterarse? ¿Puede explicarse lo inefable? Y a quien no siente ni sueña, ¿para qué le serviría el saber?

¿Habría de gustar lo que sólo un alma pura o una buena voluntad pueden gozar...? Toda glosa del arte es prosa. La paráfrasis de una poesía, o es otra poesía, o nada...

Nada sé. No quiero saber nada. Quiero adivinarlo todo.

IV. Lo inefable.

El tríptico de Juan Ramón—azul de ensueño, rosa de emoción, áureo de encanto—queda inacabado... Por entre los trazos de la pluma vese la urdimbre de la voluntad. El cuadro no es siquiera un boceto, ni un esbozo, ni un bosquejo...

...En verdad os digo, que Juan Ramón Jiménez es inefable.

La imagen melancólica
del poeta elegíaco

Juan Ramón... ¿Cómo será? ¿Cómo será Juan Ramón? No lo había visto nunca. Lo había entrevisto a través del retrato que le hiciera el pintor más luminoso de España; lo había entrevisto a través de sus versos, los versos más apenumbrados que se han musitado bajo el sol de Andalucía.

Nunca lo había visto cuando preguntaba: ¿Será como el «otoño, triste príncipe, de ojos celestes y cabellos áureos»? ¿Habrá en sus ojos como «una visión profunda de horizontes, abiertos, visionarios y lejanos»; y su barba será rubia como la de un Cristo norteño?

Yo no sé cómo será... Pero sé que es un espíritu tan espiritualizado y espiritual que ya sabe y siente y sufre el angustioso desdoblamiento de su ser; sabe ya que el cuerpo es cuerpo y el espíritu espíritu; siente ya a su carne como no suya, como algo enfermo que no cesa de atormentarle; y sufre al cuerpo como algo extraño y pegadizo, que se arrastra y se deshace... Figuráos un espíritu que para andar por la tierra tuviera «por piernas dos jacintos» y para plasmar la materia tuviera «por manos dos lirios».

¡Pobre Juan Ramón! ¡Cuánto sabe y cuánto siente y cuánto sufre! Su dolor es un dolor sobrehumano. Juan Ramón ha llegado a la cumbre... Y allí sabe, siente y sufre el augusto dolor de quien se juzga res-

ponsable de toda su vida y asume en sí toda la responsabilidad de su destino.

«Yo solo soy culpable de todo este fracaso.»

Heróica responsabilidad, que no se indigna, ni se aflige, ni se excusa; que lo comprende todo, y todo lo perdona, y se resigna a todo. ¡Oh dolorosa angustia de todos los redentores! ¡Oh pena purificadora y redentora!

«...mi hogar es mi pena.»

¡Pobre Juan Ramón! ¡Quién te pudiera salvar: darte la salud—temporal—, o darte la libertad—definitiva y eterna!—Hacerte hombre... o hacerte, de una vez para siempre, espíritu puro. ¿Cuándo serás todo azul? Entre tanto... Medroso de la vida, «como una violeta», mora en su torre de marfil, en su verjel cerrado, «como una embalsamada y cándida azucena.»

«...soy pobre y soy poeta,
huyó en mi blanco pegaso la fortuna.»

Su frente pensativa «tiene luz de luna» y en su sensitivo corazón «trina un ruiseñor»; su llorar es de agua nostálgica de fuente, y su sonrisa, la pálida sonrisa de una rosa septembrina.

Tiene un libro de Samain y un libro de Francis James. Sus manos acarician un libro amarillo—el suyo—. Y por la mente revuelan, cuál mariposas de oro, versos de Heine, Laforgue y Verlaine, de Fray Luis de León, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, de Rubén Darío... Tiene un retrato de mujer querida, y algunas flores que envuelven en fragancias y colores «estos romanticismos de su vida.» Tiene un piano y una flauta... Tuvo un bandolín... Algunas veces oye sonar, fuera de sí, un organillo y un tamboril... Lleva en el alma a Schumann, y recuerda que Beethoven lloraba en el piano de ella.

Vive en una estancia de tules azules. Algunas vi-

ñetas antiguas, algunas estampas románticas, marinas de ensueño, paisajes a lo Böcklin..., son cual ventanas al reino de las quimeras... Durante la noche, una lámpara maravillosa envuelve en una misteriosa penumbra a la estancia. Un balcón abierto, que da a un jardín lejano, a un lírico paisaje. Cuando la lluvia cae y hace frío, la cristalería, brumosa y perlada, se cierra a lo exterior y se abre a las regiones ignotas... Tras ella el poeta «medita, canta, lee»; y por las avenidas de su ensueño se va a...

Fuera de ella, el mundo—si el mundo existe—. Una senda de paz... un sendero contradictorio y confuso... En el cielo, las estrellas, la luna... En el horizonte, el crepúsculo auroral o vesperal. Un jardín, un parque, un huerto, un valle, una campiña... A lo lejos una ciudad—cúpulas y miradores, torres y campanas—. Un estanque—espejo de otros parques—, un arroyo—estribillo de otras músicas—; acaso un río, acaso un lago... A lo lejos, el mar. Y a orillas del mar, el corazón se va hacia un ultramar de ensueño—ilusionado y nostálgico—que cuando niños descubrimos en un mágico libro de cuentos de colores.

Y en un ensueño real, voy colmado de gracia,
soñando, sonriendo... Aromado de rosas.
«Mi paisaje es mi alma...»

La musa musical de su poesía nostálgica

Fragmentos
de una divagación escrita en el álbum de *Conchita Amores de Palacios*

Esta música que tocan
en la velada...

Una vez, allá en Sevilla, varios jóvenes, por homenaje al poeta, quisieron formar un florilegio de sus poesías y regalar a todos con el concierto de su música...

Hubo entonces más sonoridad de cosas que ritmo interior, más rimas que armonía, «más música de bo-

cas que de almas»... Quizás sobrara el público; quizás hubiera literatura. Faltó, en cambio, la música del corazón—la musa musical y el eterno femenino.

Y ved cómo ahora tuvo lugar la compensación y fueron colmados los votos de aquellos fervorosos anhelos.

Todo ello fué por obra y gracia de una mujer, gentil beethoveniana, digna de ser Reina en una Corte de Amor. Mujer, que por rimar con las mentes inquietas, de los amigos del poeta, dejó penetrar en su claro y sano espíritu—todo equilibrio y realidad, mediodía y primavera de Sevilla—la melancolía del ocaso y la vaga tristeza de la luna; y así sutilizó en un solo matiz—monótono y monocorde—la multiforme polifonía de su alma pasional, altiva, vibradora, para acordarse y ponerse a tono con la música—música en tono menor—de la poesía triste y vaga de Juan Ramón, el inefable.

Era una música llena
de alegría y de lirismo.

En ese libro de los títulos, que son las obras del poeta, los que con él despertaron en la tierra del encanto del nirvana, alcanzaron a percibir las notas de Glück,... de Mendelsshon,... de Schubert,... prendidas como joyas, como flores, en las estrofas exquisitas del artista lunático... Los que después que él arribaron a la vida, encontráronse ya sin acotaciones musicales esos elegantísimos libros amarillos, que tienen unas emblemáticas, quintaesenciadas dedicatorias... Era esto cuando el poeta traía en el alma a Schumann...

Entre ambos crepúsculos, brilló, como un mediodía de Mayo, la hora beethoveniana: aquella hora gloriosa y divina, en que el *allegretto* de la VI Sinfonía inspiró el motivo central de *Pastorales,* «este libro mojado, sentimental y melodioso.»

...«La calma ritorna a poco a poco, le nubi se dissipano e il cielo diviene chiaro. La natura, in uno

slancio di gioia, alza la sua voce al cielo e rende al Creatore le piú vive grazi, con canti dolci e gradevoli...»

Pero a partir de aquel instante divino y glorioso fué truncada—¿para siempre?—la ingenua armonía de su vida. Juan Ramón Jiménez no siguió luego la línea beethoveniana—que marcha, a través del dolor, en pos de la alegría...—Los contrastes se han desvanecido en matices; el dolor en melancolía; la compleja y protéica sinfonía en melodía sutilísima refinida... El músico, desde la *Sinfonía en la mayor*—la sinfonía de la danza (Wagner), la sinfonía dionisíaca (Nietzsche)—se ha ido sublimando a fuerza de ser humano: ha llegado a Dios por humanidad. El poeta—desde las *Elegías*—ya no puso en sus libros la música exterior de las cosas; su poesía es una música sin notas; música interior, ideológica, ultramundana.

Nacía, gris, la luna, y Beethoven lloraba
bajo la mano blanca en el piano de ella.

La gentil beethoveniana, en aquella noche memorable, evocó al piano los motivos líricos con que glosó sus estrofas el poeta del ensueño azulado y la rosada emoción y el áureo encanto de la rima inefable...

Sus manos—las manos de ella—teclearon, como si acariciaran, como si ungieran, como si modelaran el misterio...

Lenta, muy lentamente... con aire de *lied*—triste y grave, profundo y popular, emocionante y fantástico, como poesía de Schiller, de Uhland, de Heine—fueron sonando las notas de «el elogio de las lágrimas», de la Serenata, y del *Du bis die Ruk* de las *Arias*...

Luego, graciosa y galante, una «gavota»,... y la exaltada y mística balada de un «dolor sin fin»,... y una «romanza sin palabras», dolorida, apasionada, sentimental,... en los *Jardines:* en el jardín cortesano de una corte del XVIII—¿Versalles? Watteau y la Pompadour...—En el jardín claustral de un convento

de España—Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz...—En el jardín abandonado de una antigua morada...

Tras los jardines, el campo... Un día de égloga, un poema bucólico, un idilio... *Pastorales*... Al nacer el día, dulcemente suena una tierna canción campesina...

Un alegre medio día primaveral... Y al *Angelus*, cuando traspone el sol y regresan los labradores, como un descanso, como un respiro, como el respiro de una brisa de paz, el suave frescor del vientecillo del tramonto.

Ha llegado la noche... una noche de ruiseñor y de luna. El poeta trae ya en el alma a Schumann.

...Ese piano
que está contando una historia...
No lo sé, cosa de llanto,
cosa de música loca.

La música de Juan Ramón ha ido de Schubert a Schumann...

El esquema gráfico de este lírico y mélico devenir tiene la pureza de líneas, la clásica euritmia de un friso helénico: Primero Schubert; luego se inicia Schumann entre una página de Glück y otra de Mendelssohn; y se cierra el período musical con una sonrisa beethoveniana, entre un suspiro y una lágrima de Schumann...

Las arias del poeta musical recuerdan los *lieder* del músico poeta... Melodías vocales, voces melodiosas; danzas cantadas, ilusiones y amores que giran por el alma con un vago ritmo de vals... Poemas y momentos musicales... A veces, las estrofas del uno y las escalas del otro son cruzadas por un centelleo vivo y rápido, como la ráfaga intuitiva de la divina inspiración... Pero en otros momentos hay en los poemas extraño temblor, el temblor del misterio...

Una vez, añoró el poeta la gala y galante elegancia, la sencillez aristocrática de la melodía de Glück

—«noble, sensible y natural»—a la manera del arcádico ensueño de Rousseau... Y otra, saboreó la irreprochable factura, brillante y sonora, sensible y pintoresca, de las sinfonías de Mendelsshon...

A veces en las notas y en las voces percíbese el estremecimiento de lo incógnito como algo que vibrara y punzara... Esos momentos angustiosos, en que el misterio llama con repentinos toques, se hacen cada vez más frecuentes, cada vez más lacerantes... Hasta que el alma exaltada y mórbida de Schumann se adueña del poeta; y ambos penetran en la región del eterno dolor—del dolor puro, del bello y glorioso dolor, que se traduce en melancolía...

...El genio de Beethoven ungió con su gracia gloriosa y divina el corazón de Juan Ramón... Fué cuando Juan Ramón rimó la florida sonrisa de sus *Pastorales*...

Pero a partir de *Elegías,* el poeta ya no ilustra sus libros amarillos con los fragmentos musicales de sus músicos favoritos... Juan Ramón ya no pone a sus versos música ajena, música exterior; como Schumann al final de la *Diehtezlirhe,* ha dejado el canto inacabado—música sin palabras—... Uno y otro han hecho innecesario el acompañamiento: al fundir aquél toda la música en las palabras; al dar éste a cada nota un valor ideal... El poeta y el músico viven ya lejos del mundo y de la vida, en la pureza de su poesía y de su música...

Así ha ido la musa musical de Juan Ramón: de Schubert a Schumann, pasando por Beethoven...

Viene una música lánguida
de no sé donde, en el aire.

La musa musical de las poesías del Poeta ha ido refinándose, quintaesenciándose, hasta hacerse sutilísima, inefable, vagarosa...

Cada vez menos expansiva, menos exterior; cada vez más concentrada, más íntima, más suya, ha lle-

gado a ser toda ella expresión interior, forma inmanente.

El mundo y la vida son un pretexto para artizar; una alusión al misterio de la vida y del mundo. El artista ha prescindido de la acción y de la decoración, de la naturaleza y de lo sobrenatural; todo se transporta, todo se convierte dentro de su alma en sensación pura, en incorporal, intangible e impalpable imagen, en idea estilizada, idealizada...

La forma expresiva—el estilo—es tersa, diáfana, límpida, de una nitidez que maravilla... Así es de limpia y neta. Las notas—las palabras—las frases—los versos—, en que se revela, son de contornos tan precisos y claros que contrastan en gran manera con la emoción soñada, con la imagen sentida... con la idea adivinada... y entre sueños presentida.

Así ha llegado a ser la música de la poesía de Juan Ramón el Inefable.

El «Laberinto»

—Poeta amigo, perdona que entre el clamor diario y callejero, que *Fígaro* recoge, hable de la voz velada, de tu alma encendida, de las variaciones inefables, de tus sentimientos musicales...

¿...En lo cotidiano, no has percibido alguna vez la deshora; en el arroyo, la pureza; en la muchedumbre, la unidad? La frente pensativa, ¿no se ha inclinado, en el torbellino de la plaza pública y de los quehaceres, como si viviera en el reino de la soledad sonora y del silencio de oro?...

...La guitarra de *Fígaro,* el barbero, sirvió al Conde de Almaviva para cantar a su Rosina, coplas de amores...

—Lectora incógnita y amiga, tu poeta... ¿te acuerdas?... Sí, mujer... Aquel que tú evocas cuando tú sueñas... el amor y la música... Aquel que piensa en ti, y necesita sentir en torno suyo el mimo de tu voz,

y la caricia de tu mirada, y la embriaguez de tu perfume..., cuando anhela eternizar en verso el ritmo de su corazón...

El de las palabras románticas y de las ideas líricas, de las rimas de sombra y de las ansias tristes que llegan al corazón desde los jardines lejanos, y en el corazón resuenan, en medio del silencio de oro de la soledad sonora, como estrofas y notas que lloran olvidadas, y cuentan baladas, y cantan poemas dolientes y mágicos.

Mujer, ¿no conociste a tu poeta, desde su penumbra, romántica e ingenua?... Cuando un soneto era un envío galante de amor, y los labios recitaban galanos romances de gloria, y en mitad del pecho una oración palpitaba como la caricia de un escapulario... Era entonces la primavera del sentimiento, y la vida tenía paisajes... Y había paisajes en el corazón... Era la juventud... Juventud que en los otoños gustaba de los recuerdos sentimentales y a la luz de la luna soñaba los nocturnos de Chopin y de Musset... Hasta que un día, en un jardín, el poeta enfermó del mal de amores, enfermó de enfermedades de belleza...

¿Y no lo compadeciste desde entonces, mujer? Cuando ya el poeta, no más que poeta era—triste príncipe de otoño, sólo por la divina poesía sostenido...—Ya en su jardín sólo quedan hojas verdes, que el otoño amarillo dora con palidez de ruínas... las rosas de cada día son como versos accidentales; y las rosas de Septiembre, cual un perfume de nostalgia... Las baladas de primavera se han convertido en baladas para después... Del amor, únicamente perdura, como un añorante símbolo, el diálogo de la flauta y el arroyo... Y todo lo demás—la realidad y la poesía—es una pura, intermedia, lamentable elegía. La musa de ahora se llama melancolía.

Tu poeta, mujer, una vez dicha su melancolía, vaga ahora por entre el laberinto de sus emociones...

«Laberinto» llama a su nuevo libro Juan R. Jiménez, el poeta inefable... El poeta inefable y nostálgico ha dejado ahora más que nunca influir libremente a la emoción—¡su vida!...—Y la emoción, emocionada, ha perdido la unidad poemática de otras veces... La emoción se ha divertido en sensaciones... Y el alma, jugando, jugando con ellas, se ha transformado en mariposa, se ha convertido en sensación pura...

...Las sensaciones son caminos del azar, que ni empiezan ni acaban; ventanas abiertas al misterio, por donde nadie sabe qué ha de entrar... Y el poeta nostálgico y sabio ha gustado seguir, como los niños de los cuentos, las sendas que se entrecruzan... y por donde no se llega sino al encanto encantado de algún encantamiento...

En este laberinto de ahora, el poeta sabio y sutil oyó una voz de seda que trajo a su memoria un cuadro de Watteau; y halló un raro y rico tesoro, de oro de sol, de plata de luna, de gemas del espíritu... Y como siempre, siguió ilusionando a la luna visionaria, urdiendo quimeras a su luz, y con su luz, fantasmal y fantástica; y musicando la melodía romántica de esos momentos fugaces y eternos de la aurora lunática, del crepúsculo... del ocaso... del sol... Y gozó lo que no siempre es posible en la tierra—la bienaventuranza de la amistad bienauenturada—; y supo hallar gozo en el doloroso nunca más... El poeta sutil de Andalucía pasó por Sevilla... y de Sevilla se llevó en el alma un penetrante olor de jazmines...

Y así fueron artizadas las varias partes de este libro; y dedicadas con esas bellas dedicatorias del poeta, en las que el poeta ofrenda toda su alma...

—Mujer, este libro va dedicado a ti.

Para que tú lo leas en el jardín, te doy este libro...

La ofrenda

Juan Ramón, perdóname que haya intentado hablar a propósito del poeta que hay en ti. Al llegar aquí experimento lo vano de mi intento. El poeta que hay en ti es inefable... Perdón.

Perdóname tú, lector; perdóname también por haberte mostrado, con mi loco empeño, lo inútil de mi esfuerzo...

LOS POETAS DEL CAMPO Y LA CIUDAD

"Del solar sevillano" y "De Andalucía"

...José Muñoz San Román... Felipe Cortines y Murube...

He aquí dos sevillanos «poetas de Andalucía.»

Toda la poesía de Andalucía—que es llena de gracia y por la gracia creadora—: el alma de la poesía andaluza y la forma andaluza de la poesía, vive en los versos y anida en los libros de estos dos poetas, que, por ser de Sevilla y poetas de ella, pueden ser llamados poetas de Andalucía.

Es Muñoz San Román, el poeta campesino y pueblerino, que va a cantar el dolor de la *zarza florida,* y la paz del *remanso,* y las rosas del amor, a la ciudad.

Cortines y Murube es el poeta ciudadano—ciudadano de la *urbe patriarchalis,* ciudadano de la *civitas civilitatis,* ciudadano de la *civitas Dei—;* es el poeta ciudadano que va a buscar en la campiña símbolos para sus *poemas* e imágenes para sus *rimas.*

Porque fué del pueblo a la ciudad, pasó por el campo Muñoz San Román; y porque fué de la corte

al cortijo pasó por el campo Cortines y Murube. Aquél trajo consigo su ingenuidad, y éste llevó consigo su cultura. Y ninguno de los dos perdió en el camino, o dejó olvidada al borde de la vida, la buena volantad—la bondad buena que Dios puso en sus corazones al hacerlos poetas.

Poetas que dicen madrigales a los labios rojos y a los ojos negros de las sevillanas; poetas que entonan romances a este cielo y a esta tierra y al agua musical de sus fontanas. Poetas de Andalucía, que es tierra de moros y es tierra de María, que adoran a la Virgen de los Reyes y pasean por el barrio de Murillo. Poeta serrano de la Pascua florida, dulce cantor del Cantar de los cantares... Poeta de las marismas y de los toros bravíos, recio cantor de las hazañas de España. Poetas de Andalucía porque son de Sevilla y es Sevilla el verbo de sus poesías.

Andalucía... Sevilla... Poesía... Y es poeta aquel que exprese en verso el ritmo de estas ideas... Por eso son poetas Cortines Murube y Muñoz San Román.

Vive San Román, como hijo del pueblo, con la esperanza redentora de una humanidad mejor. Reposa Cortines y Murube, cual un hidalgo de antaño, con el recuerdo glorioso de una patria inmortal.

Tienen los versos del uno inquietudes y anhelos románticos, que sonarían a gritos de rebeldía, si no los dulcificara una profunda resignación, que sería cristiana si no fuera tan oriental. Tienen los versos del otro una clásica serenidad, que sería helénica si no fuera cristiana.

Trasciende de las poesías de aquél un profundo calor de humanidad y son sus estrofas como flores regadas con sangre y con lágrimas, que tienen fragancia de flor de caridad. Ilumina éste sus poesías con los resplandores de su fe; y hay en sus estrofas unción de salmos y excelsitudes de himnos.

Gusta Cortines de enaltecer la memoria de sus antepasados, de exaltar las cosas que tienen el prestigio de la tradición, de cantar los paisajes de su patria que han sido el marco y la escena de los héroes y de las gestas de su historia. Plácele a San Román llorar con los tristes su tristeza y socorrer a los pobres en su pobreza: recoger y traducir, embelleciéndolas con su arte y con su arte consolándolas, las cuitas de los cuitados, y dar su corazón, hermano de todos los seres, a todas las cosas y a todos los hombres, sus hermanos, en una bella comunión, en una santa fiesta de paz y de amor.

He aquí el misterio de la poesía de estos dos poetas de Andalucía, que han venido al mundo en esta nuestra edad, para cantar la Sevilla de la fama legendaria y la Sevilla del ensueño futuro.

Nueva "glosa del dolor"

En torno del bueno, del bondadoso Muñoz San Román se ha pretendido hacer el silencio... No es extraño... Los que envidian su gloria saben demasiado que su alma sencilla y clara, incapaz de mal pensar y menos de hacer mal a nadie, deshecha siempre en alabanzas de todo, ha de sufrir calladamente los desprecios de los que no supieron apreciar el puro valor de su arte, el noble desinterés de su vida.

A la adversidad de su destino y a la de un medio —el del periodismo— que no es el suyo, se ha venido a sumar ahora la animadversión de los mismos que con él profesaron en la orden excelsa de la gaya poesía... «Humilde y pobre: ni se humilla ante el oro deslumbrante, ni la pobreza le conturba el alma...» Y eso no se lo perdonan los que sólo medran a fuerza de adular... y murmurar... En torno del abnegado y fiel Muñoz San Román, se ha intentado producir el vacío por algunos de aquellos a quienes él alabó tanto...

A pesar de todos los pesares, la flor flagrante de su alma trémula, anhelosa, palpitante, estremecida—flor natural de su inspirada y amable poesía—no ha de marchitarse nunca, mientras haya rosas en los rosales... No hay rosas sin espinas: pero también las más espinosas son las de más penetrante y sutil perfume.

Sus canciones, las dulces canciones de los pascuales días—días de la Pascua florida, de la Pascua de las lenguas de fuego, de la Pascua de los copos de nieve—serán recordadas con cariño siempre que en tiempo de las vendimias las almas sueñen entonar de nuevo la riente Canción de Mayo en el renacer de una nueva primavera.

De sus versos—que se dirían hechos con besos del sol y el aroma de las flores y el murmullo de las fuentes, versos para ser cantados al son de una guitarra vieja—trasciende el encanto suave de una mágica virtud, que no poseen los versos retóricos de los poetas académicos: la gracia seductora, simpática, atrayente, comunicativa, que congrega y acuerda a las almas.

Vano será, pues, el empeño de los que envidiando la gloria del cantor de la Pascua, intentaran obscurecer, amatar el brillo de su fama.

El nombre y el renombre—la nombradía—de este «joven pastor nacido en una blanca aldea»—recostada entre la ribera del Guadalquivir y las ruínas de Itálica—han traspasado la Mariánica y los Pirineos y han encontrado una resonancia cordial en las tierras hermanas de las penínsulas mediterráneas y en las tierras filiales del mundo trasatlántico.

Ello ha sido sin la prematura gloriola de los niños prodigios, ni la estela persistente del hondo surco que van abriendo los hombres tenaces. El halo brillante de su obra no nace de ajeno reflejo, sino de su propio resplandor; es como la añadidura de su buena volun-

tad, perennemente bella en medio de un afanoso vivir por ganarse la vida.

Sólo «cuando ya estaba bien entrado en la mocedad» fué cuando se supo poeta, y se reveló como tal; cuando descubrió al poeta que dentro de sí llevaba. Entonces se hizo el milagro: sintió que al alma le nacían alas y que el corazón latía con música. Una rosa le enseñó el ritmo del verso, y en el camino—de la aldea a la ciudad—aprendió a rimar las estrofas. Desde entonces nada de lo que ha poetizado merece el olvido, y muchos de sus poemas son dignos de ser recordados con fervorosa emoción.

Y ahora que en esta nuestra Sevilla—«que hace los hombres y... los aburre»—se pretende por alguien llevar el demonio de la tribulación al espíritu de este romero de amor, y de amor mensajero; ahora que el peligro no es ya un vago presagio para el que ayer esperaba paciente el milagro del Cordero Pascual, y hoy aspira con santa porfía a ser agrio y recio como el árbol salitario; ahora, y mientras florecen *las rosas de su rosal,* recordemos lo que debemos a este trovador aldeano que ha fundido en su pecho el fuego de Prometeo y las llagas de Job, con las llagas y la llama del hermano de Asís; recordemos con gratitud la regalía con que nos enriqueció el caballero enamorado de la dulce armonía, de la gracia plena, de la serena poesía.

Recordemos las ilusionadas *mariposas* del amor, que un día revolaron por sobre la *zarza florida* del corazón y luego se reflejaron en la quietud encantada de un *remanso* y más tarde se iluminaron hasta inflamarse en el incendio de este nuestro sol—sol de belleza y sol de justicia—del *solar sevillano.*

...Y para gozar del recuerdo—cuando nieva o mientras dura el tiempo seco—nada mejor que el presente primaveral de ese libro en que la evocación se

enlaza y penetra con la emoción de lo actual y el ensueño de lo porvenir...

Las flores del zarzal han dado sus matices y sus perfumes, su esencia a *las canciones dolientes* de ahora; y con ellas nos han llegado los ecos del paraíso perdido, donde una vez—por la noche buena, por la pascua florida, o en una noche de San Juan—se remansaron el pozo de las aguas dulces y el agua clara de la fontana—la fuente milagrosa que apaga la sed del olvido y el fuego vivo del amor...—Por entre los ecos y las canciones se eleva el tenue suspiro de los *madrigales de los veinte años*—rosa y miel, risa y beso, suaves lágrimas...—Y en el principio, el vaso mirífico de la estrofa soberana, *los sonetos* de la plenitud espiritual; la *psyché* requiere ya un cáliz más profundo que el de la corola donde libaron las mariposas de Abril.

Este libro *del solar sevillano*—publicado en París—debemos venerarlo como la *federis arca* de los tesoros, la quintaesenciada síntesis del espíritu, el coronamiento supremo de la obra de José Muñoz San Román, el poeta soleado, hijo, como el cantor de Mireya, de una razada solar.

Al frente del último libro de San Román, la pluma galana de Gómez Carrillo nos ha dejado trazado, con gentil maestría, el retrato del poeta más representativo de la honda melancolía de la *Ciudad de la Gracia,* de la triste sombra violeta que proyecta en las almas el alegre sol del medio día...

Mientras florecen
"las rosas del rosal"

José Muñoz San Román es, ante todo, un poeta: un «hombre que todo lo ve en imágenes, que todo lo concibe en ritmos». Su prosa—luminosa, brillante como el esmalte de nuestros azulejos, polícroma como

las vidrieras de nuestra Catedral—apenas si es prosa; repujada y pulida por de fuera, y por dentro encandecida, da la sensación de que de un momento a otro ha de animarse y saltar con los giros y las figuras de esa danza sonora que al aquietarse cristaliza en la forma del verso. Diríase que sus frases «son versos en vía de formación.»

En estos versos que huelen a tomillo y a romero, a nardo y a jazmín, se transparenta toda el alma del poeta; y a través de ella, a través de los vuelos de su corazón, se perciben las voces misteriosas, inefables, con que las cosas de este mundo... y del otro, hablan al hombre que vive en mística comunión con la naturaleza. Nuestro poeta es un poeta de estro lírico—lirio y lira—; para él todo lo que le rodea es una anunciación de lo divino de la vida, un símbolo de los estados de su alma; su voz da a la más simple cantinela magnificencias de salmo.

San Román ha ensayado la novela—en *Sequía*—, el teatro—en *Sol de la Pascua*—y el comentarlo filosófico—en la *Glosa del dolor*—; y cultiva con acierto la crónica evocadora y la crítica sentimental. Pero así en estos frutos sabrosos como en aquellas bellas promesas de su ingenio, por bajo de la narración romancesca, de la acción dramática, de la exposición ideológica,... fluye siempre el venero de la emoción, que aprovecha la más leve coyuntura para elevarse en lírico surtidor.

El lirismo de este poeta es tal, que escapa al análisis y a todo intento de sistematización. La única clave para ordenar sus poemas nos la ofrecen los temas eternos de toda poesía: el amor, el dolor y la muerte.

El amor, el dolor y la muerte... He aquí la tríada que simultánea o sucesivamente ha inspirado todas y cada una de las obras de Muñoz San Román, y ahora, todas y cada una de las partes de su último libro,

la tetralogía *del solar sevillano*... El amor, el dolor y la muerte, en su unión hipostática y de una manera taxativa, figuran como el lema de los *Sonetos;* y luego, en procesional teoría y de un modo tácito, van dando el tono alternativamente a los otros ciclos poéticos: al de los *madrigales,* al de las *canciones dolientes,* al de los *ecos*...

Mas todo, la idea de la muerte, la pasión del amor, todo, todo, se convierte en dolor en este «fervoroso del espíritu triste, vagaroso y pagano, que lleva un Santo Cristo penitente en la mano.»

Poeta dolorido y doliente, que ríe porque es risueño cuanto le rodea, no porque la risa brote de su corazón. Es su dolor la pena del vivir, el sentimiento apesadumbrado que por extraña paradoja es el triste patrimonio de las tierras solares. Los hombres meditativos de estas tierras—en calma lo exterior, el ánimo inquieto—no suelen estar alegres; y el deseo de alegrarse porque no está bien que los corazones no hallen contento, cuando todo es gozo en el ambiente, es lo que engendra la fugaz y falaz alegría de «la canción mala.»

Nuestro poeta es candoroso como un niño; y sin embargo, no ha conservado la alegría del niño. Una sola vez cantó la alegría del vivir, y fué en la versión poética de un pensamiento ajeno. En una ocasión que quiso reir, sus labios se plegaron con el amargo rictus de la risa de Voltaire. Hasta la misma Nochebuena ha tenido para él su dolor; fué en aquella Nochebuena dolorosa, en aquella Noche mala en que se quedó sin vida la luz de su alma.

El dolor ha revelado a su glosador todos los secretos del amor.

Por el dolor que ha padecido y ha visto padecer ha llegado al amor... al amor compasivo, al amor de caridad. Y así llora con los que sufren, y llora por los que ama. Sus versos exhalan la honda conmiseración

que el poeta ha sentido ante todas las desgracias, hacia todos los desventurados. En ellos se implora misericordia para el caído, para el que mendiga y para el que emigra, para el verdugo y para el payaso, para las pobres magdalenas, para el árbol solitario... El amor y el dolor han ido así fundiéndose, y con la fusión santificándose, hasta sublimarse en la entrañable y mística piedad que trasciende de las fervorosas oraciones dedicadas «a unos ojos que han cegado» y a «las manos de mi madre.»

Por el dolor de Italia, la nación hermana, por el luto de la madre patria, por la nostalgia de los españoles que viven lejos de ella... el poeta ha llegado a comprender en toda su alteza el amor de la raza y el amor de la patria—que vibra en una salutación cordial, en un célico himno, en una ferviente invocación —como un anhelo de paz y de amor para los pueblos de toda la tierra, para las patrias de todos los hombres...

De esta suerte, Muñoz San Román ha ido del dolor al amor de amar, al amor de todos los amores.

«El amor, para él, suspira armoniosamente con jadeantes y anhelantes y desesperantes músicas.»

«Todo amor es virtud para el poeta», que canta el poder del «niño arquero» con palabras de la Biblia: el amor se le aparece como una visión del apocalipsis, y cerca y asalta al corazón, como si éste estuviese rodeado por las murallas de Jericó.

El amor de este poeta—tierno amante de Blanca y de Magdala, amador devoto de la Rosa mística, celoso enamorado de la maja morena y sevillana—es un amor ardiente y casto. Su castidad no es la de la nieve, blanca y fría: sino cálida y morena, como la de la tierra tostada por el sol. El fuego vivo de la pasión quema en él las impurezas del deseo. Y así es su amor: muy de la carne, pero nada sensual; amor entrañable, nacido en lo más hondo de las entrañas,

que nada sabe del deleite de los sentidos: amor, como el sarmiento ascético y austero, que sobrevive a la frondosidad lujuriante de la verde pámpana...

El rocío milagroso de las lágrimas es lo único que lubrifica, que da un poco de delicuescencia a esta planta, más que seca, calcinada: «flor del cardo florecida en el fuego» de la noche de San Juan—«y en la noche del Santo el milagro es de fuego».—El milagro de mi salud—dice el poeta—ha sido el milagro de tus besos—«el fruto de tu boca»—que ha endulzado la amargura del mal de amor; el remedio para la buena herida del amor es la buena muerte que hallan los besos del galán en el seno, en los ojos y en los labios de la amada.

Los hijos de las razas solares que han cruzado el desierto—razas serias, graves, meditativas, reconcentradas, regustadoras de sus propias fantasías—no suelen poseer otra risa que el beso, la risa del amor. Amor que tanto besa no sabe reir. Toda frivolidad le es ajena. En vano pretende acudir a ésta, con libertad de amar, para hacer una fiesta de risas en la feria del amor, quien al regalo del «amor ciudadano» prefiere la realeza del «amor encadenado» en la paz de los campos.

Si nuestro ingenuo poeta no acertó a rimar la estrofa en que quiso fingir la alegría, tampoco pudo imaginar—ya que no lo sentía—el regocijo del amor. Su copla de amores tórnase con frecuencia en una triste balada... Una vez en el pecho del poeta las campanas sonaron a muerto... Un nuevo amor vino, y se fué la pena que al alma visitaba; pero en el corazón quedaba un vacío que nunca había de llenarse. Y el amor que aún vive y llora recuerda el refugio que en el pecho del poeta hallara aquel amor ya muerto.

He aquí cómo ese deseo de belleza en que consiste el amor, es también un deseo doloroso. Un mismo ritmo tienen el eterno epitalamio y el eterno dolor. Hay entre ellos una euritmia perfectísima.

Los escasos momentos en que el poeta vislumbra la felicidad del amor son aquellos bienaventurados instantes en que reza la oración de la mañana o suspira por el feliz retorno de una amada errante. Una sola vez definió el amor libre de todo dolor; y no fué con ciencia propia, sino en otra versión poética de un pensamiento ajeno, en una poesía traducida de la sabiduría brahamina.

El poeta ha sido advertido por el dolor de lo que es en sí la realidad de la vida; y el amor le ha descubierto el misterio de la muerte. De esta manera ha ido aprendiendo a distinguir lo que es de suyo huidero, de lo que nunca muere; y así los viejos símbolos del globo, de la bola de nieve y de la barca de la vida van henchidos de nuevas intenciones.

La muerte en toda su descarnada apariencia—macabra, angustiosa, trágica, sombría—pocas veces pasa por los versos del poeta; pero el presentimiento, el agudo escalofrío corre a través de muchas de sus poesías. De la emoción de la muerte participa con frecuencia, no ya la muerte del amor, sino la ausencia misma de la persona querida... Recordad «la partida», uno de los poemas más inspirados del poeta.

He aquí cómo el dolor, el amor y la muerte han ido inspirando el evangelio de la vida de este poeta, revelado a través de sus obras, especialmente de aquella que hemos considerado como la antología de sus versos, la síntesis de su espíritu, el coronamiento de su arte, la *federis arca* de sus tesoros.

Al final *del solar sevillano* los senderos del llano parecen converger hacia un renovado vial...

¿Hacia qué meta llevará esta ruta a nuestro poeta: a este poeta triste bajo el sol de Andalucía, que por intuición ha llegado a descifrar el arte de los poetas y la ciencia de los sabios del Oriente misterioso? «Digo esto, porque como todo poeta meridional, Mu-

ñoz San Román desdeña la lectura de los libros y se contenta con inclinarse hacia la biblia siempre abierta de su propio corazón. ¡Gentil egoísmo de poeta y visionario! Pero, eso sí, fuera de ese egoísmo, no tiene ningún otro. Es, por naturaleza, el sér más generoso del mundo, el hombre más capaz de sacrificarse en aras de la amistad, de la admiración y del amor»...

Aunque el poeta ya no escribiese más, bastaba su poesía de alabanzas de *Sevilla* para que viviese eternamente entre nosotros. Un verso cualquiera de cualquiera de las estrofas de esa canción dice más del alma de la ciudad del Guadalquivir y de la Giralda que todos los elogios que pudiese soñar este humilde divagador por la *Ciudad de la Gracia.*

"Nuevas rimas"

Felipe Cortines y Murube es un poeta sencillo y sabio, que en versos clásicos ha vertido la esencia de un alma moderna. Moderna, por las sensaciones que recibe y describe; por los sentimientos que atesora, tradicional. Es un alma de poeta campesino, cristiano y español. Su cultura literaria en nada ha empañado la divina pureza de la poesía—esa pureza de visión y emoción, esa ingenua transparencia, que es el arte del poeta—; antes bien, ha servido para hacerla más pura, para depurarla más y más. Los libros y el campo han sido casi los únicos amigos que le han acompañado y consolado en la triste soledad de su vivir. Aquéllos le enseñaron a amar las glorias de su patria. En éstos, aprendió a gustar los encantos de su tierra y de su cielo. Y su corazón creyente y enamorado, de peregrino, cuyo norte es la belleza, guarda de amores un afán imposible y una luz celestial. Y como todo ese caudal de lecturas y de experiencias, de ilusiones y de afectos, ha sido encauzado por el sufrimiento, y por el sufrimiento depurado; como ha sentido hondamente y ha tenido la virtud de revelar con sinceridad y emoción contenida cuando ha sentido, Felipe Cor-

tines es un poeta. Un poeta que además hace muy buenos versos. Esta es su desgracia y su fortuna. Un poeta que ha llegado a escribir un buen verso, es algo que sobrevive en el mundo.

Tú pasarás, mujer, y de ti sólo
quedará como mágico recuerdo,
para siempre, inmortal, vivo, tu nombre
en el joyel fragante de mis versos.

Y cuando todo pasa, cuando tantos seres humanos apenas si viven una pobre vida, ¿sería piadoso que un hombre gozara dos veces de la vida? No, poeta amigo, no. Es triste, pero está en el orden; el hombre que lleva en sí a un poeta, y quiere que el poeta víva, ha de resignarse a sacrificarlo todo por él; ha de morir para el mundo y renunciar a sus pompas y vanidades, a menos de renunciar de una vez para siempre al título sacrosanto de poeta.

Por tu camino, poeta, por tu camino. Y a quien te diga:

¡Así no medras, ni te elogia nadie!

Contéstale, de nuevo, alegre y tímido:

«Con el mundo interior que llena mi alma
voy siempre distraído...
¡Perdonadme, señores!»

Y... a seguir tu camino.

«Nuevas Rimas» es un libro de poesías sinceras y sentidas, es un libro de poesía. Todo el libro—desde el título hasta el índice—es un verdadero acierto. Y como el secreto del arte consiste en acertar con la forma que exprese bellamente lo que confusamente palpita en la vida, este libro de poesía es asimismo un libro de artista.

«...Rimas»... Estamos en Sevilla, en la patria de Bécquer... Y sevillano es Felipe Cortines. Otras rimas de este poeta «de Andalucía» han hecho que estas de

ahora sean «Nuevas Rimas.» Ved ahora el ritmo de estas Rimas.

El poeta, al surgir a la luz, por movimiento instintivo, dirigía su mirada a lo alto, como niño que, al despertar, extiende alborozado sus manecitas hacia la luz. Y en sus primeras estrofas cantó el sol *de este cielo* andaluz. Después, ya en el camino, los ojos tornaríanse hacia el suelo: había que buscar la senda de la vida... Y los olivos, los pinos, las acacias, las viñas, las marismas, los cortijos...—los presentes *de esta tierra* andaluza—, formaron el paisaje de su ruta y fueron los motivos de sus inspiraciones. Un descanso, y un recuerdo piadoso a los que dejaron en el ambiente espiritual *de su patria* la melodiosa vibración de sus decires, cuyos ecos guardan, como un emblema, la *guitarra* y la *campana*. Al final de su primer libro de versos, el poeta deja vibrar la lira *de su corazón*.

Luego, como un *intermezzo* entre las Rimas, un Poema, *El Poema de los Toros:* de los toros fuertes, nobles y bravos; de ese animal-símbolo que está pidiendo una plaza entre los cuarteles del escudo de nuestra bandera española. Ahora, «Nuevas Rimas», y el poeta recorre de nuevo la escala de sus temas favoritos.

En el plan del nuevo libro el método se invierte, y es natural. Primero, lo exterior: el cielo, la tierra, la patria... Hasta que, por el dolor, el hombre se halla a sí mismo en el interior de su corazón.

Cuando el hombre se ha hecho presente *de sí mismo,* una nueva vida comienza para él. La vida de las horas místicas, en que todo es vanidad, y de los momentos de misterio, en que escuchamos los *pasos de ella*—de la intrusa—, cuando queremos dormir la siesta eterna o entonar nuestro canto de cisne... La vida que es forja del mal y senda bifurcada, ascensión hacia la cumbre y mascarada de carnaval... La vida de los gestos inútiles y del monólogo eterno—

de los ademanes violentos y locos, que hacemos en nuestro triste monologar.

Todo va pasando, con la juventud... Ya sabemos lo que dicen los libros; ya no sentimos remordimientos, por el placer gustado,... porque ya no gustamos del placer; ya no hablamos de las manos de ellas, de sus cabellos, de su voz,... porque ya podemos hablar *de un amor,...* que pasó. El amor es un recuerdo *de aquel tiempo,* en que hacíamos madrigales, y teníamos un secreto que decir, y oíamos una voz femenina que nos llamaba... quizá desde aquellas estrellas que miraba *un pastorcillo bobo,...* mas ya es tarde para el amor.

El corazón guarda las reliquias de un amor muerto al nacer, y la frente es cinerario de unas ilusiones marchitas... y el poeta torna a la naturaleza, en busca de esa *bendición de Dios*—que son los campos rebosando vida—, que ha de curar a su alma de los romanticismos de la juventud... En ella halló a sus hermanos, los poetas de los campos—las cigarras—, y en ella aprendió el cántico de la hermana hierba. Asomóse al balcón gigante de la Sierra, desde donde contempló la sublime majestad del panorama; anduvo por las marismas—triste océano sin orillas—; descansó en las eras—alegría de los campos y trono de las cosechas—; deleitóse con el tapiz caprichoso de lindas flores que cubren la haza fecunda y con el jardín de flores bravías que hay en la vertiente de las sierras... *De la campiña* se trajo como trofeo esa fantasía hermosísima que su imaginación urdió, cual gasa de ensueño o mantilla de blondas...

sobre los pencales,
donde las arañas
penden el tejido
de sus redes blancas.

Y el poeta regresó de la campiña a la ciudad...

Y lloraría ante *el Arco de la Macarena:*

Arco de la Macarena,
¡por ti pasó mi chavala
en una cajita negra!

Y «en el silencio augusto de la tranquila hora» penetraría en el *Patio de los Venerables,* donde...

Un barandal de hierro con los remates de oro
sujeta las columnas de mármol de Carrara:
en medio del gran patio hay una fuente clara
con un rumor de rezo pacífico y sonoro...

Y una noche pasaría por la *Calle de los Angeles...*

Una calle estrecha,
Un retablo oscuro,
Y una cruz clavada
En el viejo muro.

Y se internaría por el *Barrio de Murillo...*

¡Callejas de Santa Cruz
Donde está el Mesón del Moro!
Clásicos rincones tristes
Del antaño misterioso.

Y cuando la luna diluyera su claror argentino por sobre la ciudad adormida, el poeta, *en la Plaza del Triunfo,* por él tan amada, evocaría la grandeza de Sevilla la inmortal. Inmortalizada vive Sevilla en esta plaza...

¡Qué mágica evocación,
Plaza del Triunfo sombría!
Plaza de la Tradición,
¡Qué grande es tu poesía!

Y el poeta, loco ya de alegría por tanta emoción, no hallaría verso más propio para cantar toda la poesía de Sevilla, que un *repique en la Giralda...*

¡Torre egregia,
Que repiquen tus campanas!

El libro de las «Nuevas Rimas» termina con un

himno de la raza, con un himno a los defensores de la Independencia de España.

Perdona, poeta amigo, a este divagador, si al dar cuenta de tu libro lo ha glosado sin el ritmo de la poesía. La prosa del arte sólo puede tratarse en prosa. Y prosa del arte es dar cuenta de un libro de poesías.

Y tú, lector curioso que has llegado hasta aquí, perdona también que este libro de poesías no haya tenido un heraldo mejor.

"Jornadas de un peregrino"

A cualquier viso que examinemos la personalidad de F. Cortines y Murube nos hallaremos siempre al poeta que no se preocupa por parecerlo, sino de serlo. Rara virtud es esta en estos tiempos de doblez o desdoblamiento. Cuando es tan difícil ser uno mismo en todos los aspectos y momentos de la vida, es de admirar a quien sabe mantener la pura armonía del espíritu en todos los planos de su individualidad. Altivo como un hidalgo, humilde como sincero cristiano, no gusta fingir, ni adular; ni mendiga elogios ni se aprovecha de las ocasiones; y tiene la suprema elegancia de no querer lo que puede. Pudo retratarse en guisa de artista o de bohemio, y se contentó con enfundarse en la levita de los días que repican gordo o de los días que no repican las campanas, por ejemplo, el Jueves Santo. ¿Para qué disfrazarse de poeta si sabe vestir el alma con versos? Y, luego, ¿dónde hay placas que revelen sus *gestos?*

Yo me llevé a la frente
con ademán de loco
mis manos como garras,
para arrancar de pronto
los tristes pensamientos.

. . . .

Yo me llevé las manos,
como garras, al pecho

para arrancar con ansia
mis dolores acerbos.
. . . .

Si él mismo está convencido que:

. . . . . ¡No sirven
para nada los gestos!

Ha podido ser «vate laureado» y aspirar a una «academia»; y no ha querido más flor que la flor de la campiña, y no ha buscado otra amistad que la amistad del corazón.

Voz amiga no se mezcla
a mi decir lastimero:
por ir solo he conseguido
hacerme fuerte y sincero.
Solo viví, y he pasado
mi soledad sin dolores:
encontré en ella, lo juro,
un verjel de gayas flores.

Poeta profundamente religioso y patriótico, no se ha servido ni de la religión ni de su patriotismo para ser el poeta oficial de un partido político. Y para no hacer mercadería de la poesía ha dejado de publicar un libro—*El Poema de los Seises*—cuando la oportunidad pudo dar un tinte mercantil a su edición.

¡Oh «dádiva santa desagradecida»,
pobreza querida,
amada de Cristo, pobreza sublime,
el hombre por ti se redime.
Oh! vive por siempre, por siempre a mi lado,
pobreza querida.
¡Soy tu enamorado!
¡Tú alegras mi vida!

Y así va por el mundo Felipe Cortines y Murube, el poeta recio y fuerte, castizo y creyente, cual un castellano de otra edad que supiera labrar la tierra y marchar en los tercios, y cuya charla amena tiene todo el gracejo de un andaluz del siglo de oro. Y así

fué, creyente como un peregrino, ilusionado como un cruzado, a la Tierra Santa de Palestina.

LOS NUEVOS PEREGRINOS POETAS DE ANDALUCÍA.

Epifanía

Primavera y flor de poesía.

Estas líneas no han de tener el empaque clásico de una antología; estas páginas han de ser algo moderno—una «revista».

Una galería de poetas nuevos—ignorados, inéditos...—Los que empiezan merecen tanta atención como los que acaban... Respetemos a los consagrados, a los que llegaron; pero no desconozcamos a los que ahora llegan, si no queremos que busquen la notoriedad por vías extravagantes. Se ha dicho de España que «es un pueblo sin tradición viva y sin porvenir consciente y sin progreso histórico», que es «el país de los viejos»... Procuremos que esto no se vuelva a decir con cierto viso de razón: procuremos que no se repita aquella escisión que, al fin del siglo pasado, se produjo entre los que se creían consagrados y los que se sentían incomprendidos. Para ello, no debemos olvidar nada, debemos estar espectantes de todo... como si aguardáramos el advenimiento de una nueva era, que haya de reanudar nuestra leyenda áurea... Confiemos en la juventud...

Nuestra exposición ha de ser un índice de autores, más que un florilegio de sus obras... Una exigencia que llamaremos editorial nos impone este sacrificio. A la selección crítica de las poesías, que daría realce a cada poeta en particular, hemos preferido la simetría en la composición de la plana, que ha de prestar una cierta uniformidad a las diversas tenden-

cias de nuestros jóvenes. El afán periodístico de la publicidad nos llevará a dar más nombres que versos. Una vez conocidos aquéllos, nos será más fácil recordarlos, cuando otro día los veamos al pie de una poesía, que ya entonces tendrá un valor puramente artístico, un valor absoluto, *per se*... Hagamos, primero, conocidas las «firmas de nuestra juventud...

Hemos deseado, en fin, que dicha «exposición» se celebre en Sevilla; porque hemos recordado aquella fiesta de «España en Sevilla», y hemos creído que aquello fué un símbolo, y un ideal para lo futuro... Toda España debe vivir—sentirse y soñar—en Sevilla: porque Sevilla es—debe ser y será—el corazón de España...

Generaciones y semblanzas

Azorín—y dicho este nombre juzgamos que huelga todo adjetivo y todo elogio—, *Azorín* hace algún tiempo que viene bordando el tema de «clásicos y modernos», uno de sus «tópicos» predilectos. Nótase en estos artículos una honda y reflexiva preocupación por rectificar la tabla de los valores de nuestra historia literaria y por fijar la significación y trascendencia del movimiento artístico llevado a cabo en España, durante la última quincena, es decir, a partir del desastre.

Este movimiento—tan censurado como mal comprendido—ha sido designado con una denominación vaga, circunstancial y exótica—tomada por vez primera de Inglaterra—. Las palabras *modernismo* y *modernistas*—aceptadas por la petulancia juvenil de los unos y por el desprecio senil de los otros—han servido más como tachas que como calificativos. Si quisiéramos aquilatar y precisar los conceptos, y no temiéramos que se tergiversaran nuestras frases—por esa propensión que mueve a los hombres a macular las palabras más inocentes y a blasfemar con las más

santas—propondríamos el término *esteticismo* para caracterizar dicho movimiento.

Esteticismo 1:) Por la más clara conciencia, adquirida en estos tiempos, de la actividad estética del espíritu humano y de su filosofía, y por la exaltación de lo estético de la vida, a veces por sobre los otros órdenes, aspectos y momentos de la existencia. Conciencia y exaltación del arte y de la belleza que ha encontrado su fórmula: no ya en la extrema de «el arte por el arte», sino en la más exacta de «el arte por ser arte»; y que se ha traducido en el cultivo de la forma, no por la forma, sino por ser forma... bella. 2) Porque nuestra época tiene un alma, como el alma del poeta: «sentimental, sensible, sensitiva», esto es, estética: porque esta palabra etimológicamente hace referencia a la sensibilidad. El alma contemporánea procede más que por representaciones y voliciones, por impresiones y sensaciones. Podríamos decir que el arte clásico es el de la razón: el romántico, el de la pasión y de la fantasía; y el moderno, el de la sensación. *Et sic de cœteris.*

El esteticismo es el carácter esencial y fundamental del movimiento artístico—filosófico y social—que han llevado a cabo la generación o generaciones venidas a la vida después de la trágica fecha...

Hemos dicho generaciones: y quizás esta palabra no sea del todo exacta, porque en tan pocos años—aun corriendo la vida, como ahora—apenas si hubo tiempo de sembrar y recoger. Digamos mejor floraciones, hornadas... Pero así como en la vida estudiantil cada curso forma una generación, en la historia de la literatura española contemporánea, advertimos una serie de matices dentro del tono general, que son suficientes, si no para hablar cronológicamente de generaciones, sí para establecer generaciones espirituales.

Interesante sería el estudio de estas eflorescencias literarias, en relación con las revistas y publicaciones

en que se revelaron: «Gente nueva», «Vida nueva», «España», «La Revista Latina», «Alma española», «La República de las letras», «Pharos», «Europa»... etcétera.

Las revistas son en nuestros tiempos lo que las tertulias de antaño: un lazo de unión y un medio de difusión.

Azorín ha estudiado su generación, la de 1898, la de los prosistas, la de «Electra» y «Juventud», la de Unamuno, Maeztu, Rubén Darío, Benavente, Baroja, Valle-Inclán...; y ha bosquejado la que le siguió inmediatamente, la de 1903, la de los poetas, la de «Helios» y «Renacimiento», la de Marquina, Villaespesa, Martínez Sierra, Juan R. Jiménez, los Machado, Canedo, Mesa, Pérez de Ayala...

Poco hay que agregar, y menos rectificar, a lo dicho por *Azorín*. De desear sería que continuase la serie. La generación que traspuso los diez y nueve años, en 1908, aparece todavía muy cercana para fijar su característica. Un hecho importante hay que mencionar: la aparición de *El Cuento Semanal* y *Los Contemporáneos,* que favorecieron el cultivo de la novela corta.

Esta generación que ha llevado a las crónicas periodísticas un estilo pintoresco y preciosista, ha sufrido algún tanto una cierta desorientación, un como cansancio de tanto esteticismo, y sobre todo la competencia de una juventud que ha buscado en las carreras profesionales—nada literarias—la necesidad y el medio de ganarse la vida. En esta generación figuran por una parte García Sanchis, José Francés, Ramírez-Angel, Andrés González Blanco, Ramón Gómez de la Serna (con su «Prometeo»), y de otra, Tomás Morales, Juan Pujol, Fernando Fortún, Manuel Abril, Gullón, Moreno Villa (con su libro «El Pasajero»)...

Y lüego... Y luego otros poetas.

"El poema de mis sueños"

Rogelio Buendía Manzano—como otros muchos poetas—ha venido a este nuestro «solar sevillano» de Cortines Murube y Muñoz San Román, del jardín encantado donde mora el espíritu exquisito de Juan Ramón Jiménez. Y fué al mágico embeleso de los apasionados suspiros y de los ojos deslumbradores de una sevillana como se obró «el milagro de su poesía». Y, como ha dicho un poeta sevillano, al conjuro de los versos de este poeta—y de los otros poetas llegados de Huelva—parece que Sevilla, la Atenas Española, revive la gloriosa tradición de su arte literario.

Una de las revistas que han surgido en la florada de este renacimiento—la que tiene el nombre simbólico y vibrante de «Andalucía»—ha sido la causa ocasional de que yo conociera a Rogelio Buendía. La primera vez que lo vi, lo vi de perfil. El perfil del retrato y la sección en que aparecía—«Los que luchan»—me dieron una idea muy distinta de la que después he formado de él. Yo me lo imaginaba entonces como un tremendo luchador—en el sentido que a esta palabra se le ha dado en estos tiempos en que se habla de pacifismo y de lucha por la vida.

Cuando lo volví a ver, lo vi de frente. Fué en una redacción bohemia, situada muy cerca de las nubes; en lo alto, el cielo; a lo lejos, la Giralda, y cuando la mirada se posa en la tierra, reposa en la pacífica beatitud de un jardín conventual. Entonces comprendí que el retrato publicado no era la imagen del poeta. Tenía el aire distraído de los que están escuchando una música lejana, una recóndita armonía; y escuchaba con tal atención que hasta con los ojos parecía oir. Quien de tal suerte se abstraía, en verdad que no podía ser un luchador. Si triunfa será porque la gloria venga a él; no porque él se preocupe por conseguirla, ni se esfuerce por conquistarla.

Y es que una fotografía puede darnos a conocer un aspecto, si es de exposición, o un momento, si es instantánea; pero no el alma de una persona y menos el alma de un poeta. ¿Cómo representar gráficamente ese «espíritu sin nombre, indefinible, esencia, perfume misterioso de que es vaso el poeta»? ¿Cómo fijar plásticamente el alma de un poeta, que tiene por añadidura la fluidez ondulante y rítmica de la música? ¿Y cómo encarnar, cómo expresar, cómo dar forma concreta a ese algo etéreo, impreciso y vago—que es la poesía de la música—; a ese indecible y grato encanto, sartal en la melodía y en la armonía imán—que es la música de la poesía—; si no es por el divino hechizo del lenguaje de la emoción, el lenguaje del sentido sentimiento y del pensamiento impensado, que es el lenguaje de las notas y de los versos?

Si ser poeta es cristalizar en verso y ser músico es dar al verso una transparencia infinita, sólo los versos del poeta pueden ser el espejo de su alma, como el alma del músico sólo puede rielar en la escala de sus notas. Rogelio Buendía es músico y es poeta, porque Dios lo ha hecho doblemente artista y lo ha enriquecido con el prestigio de dos artes, para que por modo más vario consiga expresar toda la espiritualidad de su espíritu. Poeta musical o músico poeta, Rogelio Buendía sabe soñar y sabe sentir—soñar el amor y amar los sueños—; sabe sentir las notas y los versos, y sabe hacerlos; sabe vivir poemas y sonatas y sabe componerlos...

Y con el «poema de sus sueños» ha formado un libro—el primer libro de su vida, el libro de su juventud...

En torno del primer libro de este poeta divagamos una vez. Pero aquella divagación trasciende de este libro... Tenía ciertas pretensiones que no se concilían bien con el plan del presente volumen. Ahora nos limitamos a recordar algunas de las fases del

poeta, a quien tal vez el misterio de que es clave la muerte revelara poeta musical, como lo reveló poeta el ensueño del amor, y músico el amor de los amores.

El poeta lleva promediada la carrera de médico... Por lo pronto la medicina ya le ha servido para hacer algunas poesías. Entró en el hospital y lo primero en que paró atención fué que «en la paz del hospital las campanas andan locas—por el amplio soportal revolotean las tocas.» Y algo extrañado se preguntó: «¿por qué reirán las santas madres de la Caridad?»... Tal vez en el amplio y glacial anfiteatro sufriera esa dolorosa, desgarradora, macabra visión, que como lascerante *leit motiv* se repite y da el tono—un tono menor—a muchas de sus composiciones... El amor y la muerte, ese título que tanto se prodiga en la literatura, podría servirle de lema, y nunca sería tan bien empleado como en la presente ocasión...

"Del bien y del mal"

...El libro y el árbol... De la vida y de la ciencia... Del bien y del mal... La mujer y la muerte... Todas estas ideas, que en el alma dormían, al despertar al conjuro y por la virtud de la musical poesía de estos versos del amigo, remontaron el vuelo cual un loco enjambre de doradas abejas; y áureas y aladas se perdieron en lo azul.

En la historia genealógica de la obra del poeta, estos versos podrán ostentar como emblema la simbólica manzana de la curiosidad y de la perplejidad. Fué primero el libro de la ilusión: «El Poema de mis sueños»; es ahora el libro de la inquietud: «El Cancionero del bien y del mal». La flor se ha deshojado... Y el alma y la carne saben cuál es el sabor del fruto vedado. Los cantos se han convertido en canciones: el poema, en cancionero. La historia de este cancionero halla su clave en el Génesis. Todo otro prólogo huelga...

Preludiando los "motivos líricos"
de un poeta galante

—Frailty, thy name is woman!
—Mulier, ecce poeta tuus.

—Mujer, tú eres frívola porque eres eterna. Eterna en el deseo del hombre; eterna, porque eres madre; eterna como el amor. Es el amor tu vida, y de madre es tu esencia. Madre es la tierra de cuyo barro fuímos formados; y es la tierra como un girasol. Alma es el amor que nos trajo a la vida; y es el amor un niño ciego... Una y la misma, y nunca igual, y siempre cada una sin ser las demás... Eres toda mujer; y bendita eres entre todas la mujeres... ¿Qué te importa el mudar si eres eterna? ¿Qué importa tu nombre si eres mujer?

Somos nosotros, los hombres, los que damos nombre a las cosas, los que necesitamos de un nombre en la vida. Somos nosotros, los hombres, los que hacemos las mudanzas, los que no podemos divertirnos con ellas, porque somos el mudar mismo... Nosotros, los hombres, no podemos ser frívolos, porque somos peregrinos... Peregrimos en el amor. Andantes caballeros, portadores de la luz del pensamiento, es el amor para nosotros un momento de la vida; un mero episodio en el historial de nuestro destino... No somos frívolos, porque no somos eternos.

Sólo aquel para quien vivir es amar,—y el amor es toda la vida—pensamiento y acción—; sólo aquel que ha hecho de su existencia un culto a la mujer, y es de la mujer su rendido y galante caballero, puede rubricar sus empresas y subrayar sus maneras con el rasgo elegante de una soberana frivolidad.

¡Yo te saludo, espíritu aristocrático, que apagaste la luz de tu razón en el fuego de tu amor!

Pedro Alonso Morgado, yo te saludo.

Este poeta es un poeta lírico como puede serlo

un poeta galante, que por hablar de su amada, se olvidara de decirle su amor...

Es un poeta lírico que, en sus versos, nada de sí mismo le interesa. Deja su vida a merced del ambiente; y deja que el ambiente penetre su alma. Su corazón va hacia las cosas, sin llegar a dominarlas, ni saberse reservar. Poeta íntimo que no nos dice sus propias, sus secretas, sus íntimas intimidades. Habla del aspecto de las cosas, cuando quiere expresarnos los estados de su alma. Le atrae la ciudad; lo moderno le encanta. La belleza de la ciudad es para él la de una bella que pasa. Y la novedad que le enamora es la del exotismo de las modas del *eterno femenino.* Poeta lírico, porque la lírica es música, y es música el amor. Poeta que dice su amor en la música de sus versos, al oído de su amada. Versos que tienen cadencias—y reminiscencias—de músicas galantes. Notas de *la Bohemia,* motivos de operetas vienesas, y compases de vals.

Y este poeta íntimo, que nada nos dice de su yo; para quien el paisaje es símbolo de sus emociones, y la música la sensación de sus ensueños; que nos cuenta su amor al cantar a su amada; este poeta—lírico más que romántico, sensitivo más que sentimental, y más que erótico, galante--más que un poeta del amor es el poeta de la mujer...

Mujer... Mujeres... Mujer... Mujer del ensueño juvenil; soñada «como el ángel triunfal de las venturas», en «el tiempo de los ensoñares»; como «reina ideal, flor entre flores.» Mujer del amor pasional; amada con «la obsesión de un mágico embeleso», con «la fatal atracción de los abismos», con «la pasión desgarradora que al barro humano inspira el barro humano; algo como una sed devoradora, de lo desconocido y de lo arcano.» Mujer frívola y coqueta, adorable a pesar de todo, o por lo mismo adorada. Mujer adivina-

da en la blonda y blanca niña, que hemos visto asomarse al balcón. Mujer que un día amamos, y cuya imagen hoy nos evoca la música amiga, la música que, inquieta, flota en la brumosa atmósfera del café. Mujer que fué la flor de nuestro pensamiento, o fué una pobre azucena maculada por nuestra liviandad. Mujer española, señora...

Señora de los ojos grandes,
señora de los ojos-sol:
yo combatí, por vos, en Flandes
en el ejército español.

. . . .

De aquellos tiempos de heroísmo;
de mis ensueños; de mí mismo,
¡sólo me queda el corazón!

Mujer, que eres Virgen y Madre... Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres...

Virgen de la Soledad,
dulcemente dolorida,
Madre: Ten de mí piedad,
que voy solo por la vida.

¡Mujeres, a vuestras plantas adviene un nuevo y rendido poeta! Pedro Alonso Morgado es un poeta galante y devoto. Mujer, he aquí a tu poeta...

Los sonetos inéditos

Como los sonetos de aquel excelso poeta hispano-americano, que escribió en francés, José M.ª Heredia, los sonetos de este poeta inédito viven y vibran en el alma de sus amigos, sin haber llegado a formar un libro... ¿Lo formarán alguna vez? Así lo deseamos cuantos conocemos el ritmo clásico de sus versos, y anhelamos que ese ritmo se dilate y perpetúe. ¿Y quién sabe?... Este poeta es muy joven; se halla en los comienzos de su carrera artística... y tal vez no esté muy lejano el día en que sienta la necesidad de coleccionar y publicar las rimas de sus plás-

ticas visiones. Pero ¿llegará a sentirla? Este poeta es la modestia personificada; es un poeta sin quererlo; un poeta que tiene un altísimo concepto de la poesía, y... acaso tema que lo artístico no case bien con lo editorial.

Es un poeta clásico por la forma de sus versos, es un poeta plástico por el arte de sus visiones. Imaginativo y pensador, más que sensible y sentimental, es el soneto la estrofa más adecuada para desenvolver la eurítmica gradación de sus ideas. Más ilusionado que apasionado, es su sed de ideal mayor que el calor de su pasión, y su espíritu joven ha sufrido con más intensidad el dolor de pensar—la duda—que el mal de amores—celos, desdenes, ausencias...

Es el arte toda su ilusión, la ilusión de sus ilusiones, y es por ahora su único ideal. Y adora el arte, y por el arte se sacrifica, y halla en el arte la compensación que Dios le ofrece para «el horrible castigo de pensar». La mujer es para este joven poeta la mujer del ensueño, la ensoñada, la musa de su arte, *la Musa de la Risa, la Musa de las Montañas.* La mujer para este soñador es el símbolo de la Belleza, es la Belleza encarnada y viviente en el mundo de las formas. La mujer de carne y hueso, la mujer, es siempre una Venus: *La Venus de Médicis, la Venus morena...* Y el amor, el amor de este armonioso cantor, que parece no haber sentido todavía el cálido amor pasional, sería el pálido amor del intelecto, si no fuera como un suave y dulce *misticismo* estético, como una *ofrenda* de arte que el artista hace a la amada ideal, como una ofrenda de poesía y de alegría, de amor y de felicidad. Acaso *en la serranía* malagueña, una linda zagala ruborosa y gentil como princesa encantada de un cuento de hadas, hiciera hervir su sangre y palpitar su corazón... Pero allá *en la azotea* de una casa sevillana, su alma íbase tras el encanto de una vaga ilusión, y perdíase en la azul inmensidad, y se desposaba con la infinita melancolía de un crepúsculo

vespertino que teñía de oro y rosa la crestería de la catedral, mientras rezaban las campanas en la Giralda, «en la torre mitad cristiana y mora». Mas ¿quién puede descifrar el enigma de esa esfinge que es el corazón, y el corazón de un poeta? ¿Fué la realidad o fué la ilusión, los presentimientos o los recuerdos, los que urdieron esa bellísima *fantasía* de amor, pequeño poema o *fantasía* poemática, cuyos cinco cantos o estrofas son otros tantos sonetos?

El soneto ha sido el vaso precioso donde el poeta ha vertido la intimidad de sus ideas, el cofre de su corazón. En el soneto cristalizó el presentimiento de su amor; y fué como el espejo donde se reflejó la imagen de la mujer soñada. Sirvióle de lira para cantar el triunfo del artista, simbolizado por «el alma del poeta *Tirteo,*» «nuevo Prometeo, ya rotas las cadenas de su roca», que con su cantos impulsó al heroísmo a los ciudadanos de *Atenas,* como Orfeo con sus cantos domeñó a las fuerzas ciegas de la naturaleza, representadas por las fieras. En las manos del poeta, el soneto lo mismo es cítara, a cuyo compás trenza y destrenza la *Tórtola Valencia* sus danzas orientales, que guitarra para acompañar las tonadillas españolas de *la Goya*... Hizo del soneto, en fin, cáliz y relicario para guardar las lágrimas santas del *llanto de la Virgen*... Y todos estos sonetos ¿vivirán tan sólo en la memoria de los amigos, como los sonetos de aquel insigne poeta que se llamó José María Heredia? ¿Llegarán a formar un libro los sonetos inéditos?

Remember

Hasta aquí el memorándum de los poetas de quienes tenía escrito algo, al comenzar la impresión de este libro. Mi desiderátum era que estas páginas contuviesen el elogio de todos los poetas a quienes saludé en mi camino. Pero el ritmo de los tiempos no coincide con los latidos del corazón, y el espacio de un libro no colma la medida del deseo.

A todos los poetas, mis amigos, deseaba mencionar... A Alfredo Blanco, el poeta aristocrático, todo delicadeza, de espíritu penetrante y galano, de soberana elegancia en sus gestos y en sus gestas, en sus palabras y en sus rasgos; gentil cortesano de otra edad que por raro milagro viviera en nuestros días para escribir versos que tienen toda la polifonía de la poesía moderna... A Agustín Aguilar y Tejera, el poeta helénico de los serenos idealismos, pero forjados y vividos por un griego convertido al cristianismo; poesía riente la suya que lleva en sí el ritmo interior de la sofrosine y el ritmo plástico de las formas puras... A Rafael Lasso de la Vega, el poeta de los misterios románticos y de los ritmos clásicos, que en el silencio y en la soledad rimó *el soneto de la gracia*... A Miguel Romero y a Antonio M.ª de Puelles, a José Andrés Vázquez y a Pedro Pablo Raida... A Juan González Olmedilla y a José María Romero y Martínez... A todos, mi saludo cordial...

Una segunda parte de "El culto sevillano"

...*sed magis amica veritas.* O lo que es lo mismo: amigo de Sevilla, amigo de los sevillanos, pero más amigo de la verdad... que es ser amigo de los verdaderos sevillanos, de la Sevilla verdadera. La verdad es para mí lo que yo quiero creer y creo con amor. Y la verdad en este caso es mi grande amor por Sevilla. Por este amor tan grande quiero decir... y... siento decir la verdad. Temo que sea la verdad, y temo decirla. Desearía estar engañado, engañado por la pasión de los libros, que me domina; engañado por el medio en que vivo y por los centros de cultura que frecuento. Si estoy equivocado, ¿qué importa lo que diga? Pero si no lo estoy, ¿por qué no decir la verdad, aunque sea amarga, si la decimos con amor? Es la confesión principio de la enmienda; es el amor la base de la fe; y *creer es crear*... Digamos la verdad con amor para que nos sea grata y amable: y no tengan otros que decírnosla... con y por motivo sextraños a la verdad misma. Mientras divagué acerca del «arte sevillano» alguna que otra vez tendí sobre la realidad «el manto diáfano de la fantasía.» Al tratar del «saber sevillano» conviene mostrar la realidad desnuda...

«En Sevilla se sabía...» La primera vez que leí esta frase—dicha al desgaire como para rematar un párrafo, y como de paso deslizada—en una «biblioteca de libros raros y curiosos», interrumpí la lectura, dejando inconcluída la oración. El espíritu volvió sobre sí entre inquieto y regocijado, para saborear lo leído, y temeroso y anhelante de proseguir lo comenzado, no sabía si dar un valor absoluto o relativo a ese pretérito del verbo de la sabiduría... ¿Se sabía... y ya no se sabe? ¿Se sabía más que ahora? ¿Se sabía más que en otras partes?... «En Sevilla se sabía entonces más que en Madrid», decía don Bartolomé José Gallardo al hacer la recensión de un libro de Juan de Malara: *Recebimiento que hizo la muy Noble y muy Leal ciudad de Sevilla a la C. R. M. del Rey D. Philipe, N. S.*

En la Corte del Rey Sabio—el Rey de las *Cantigas* y de las *Tablas*, de las *Partidas* y del *Septenario*, de la *Estoria de España* y de la *General e grand Estoria*—hay latente una amarga ironía. La calle que la fidelísima y nobilísima ciudad del NO8DO rotuló con el nombre del hijo de su santo reconquistador, tenía antes una denominación que hacía pensar en la de una comedia de Plauto: la *Asinaria*... Durante cierto tiempo en las guías, en los anuncios y en los membretes se leía: Calle Alonso el Sabio, antes Burro...

Pero ya hasta el humorismo ha dejado de ser sevillano; es decir, sabio, inteligente, comprensivo... Ha perdido la gracia de la ironía griega y se ha contaminado de la seca socarronería castellana... En Sevilla se ha llegado a pensar que la tierra se pierde por mirar a las estrellas—*dúnque cœlum considerat observatque astra terram amisit—;* y sólo a quien quieren perder le hacen ver las estrellas.

Las estrellas del pensamiento, las ideas, no encuentran visionarios que las contemplen en esta tierra donde se escribieron los *Libri Sententiarum,* y donde nacieron el autor de *De naturæ philosophia* y el de

Los principios del orden esencial de la naturaleza... Diríase que se ha roto aquella «cadena áurea de pensadores y de filósofos—de que nos hablaba Menéndez y Pelayo—, que arranca de San Isidoro y se dilata hasta Fox Morcillo y Pérez López; y constituye la gloria de nuestra escuela científica, si no mayor, igual por lo menos que la gloria de nuestras escuelas literarias y artísticas»—la poética y la pictórica sobre todo...

Hay ahora una gran prevención contra las ideas puras; y tan manifiesta es la enemiga, que no parece natural sino adventicia, algo que se repite sin fe, como lección aprendida de memoria. Castilla se ha establecido en Sevilla; y el sentido práctico ha cortado los vuelos ideales de la mente. La santa contemplación ha sido sacrificada... La curiosidad no ha sido una virtud castellana. En Castilla, apenas si se admite otra curiosidad que aquella malsana, engendrada por y para la murmuración. Se ha visto en ella una censurable ociosidad y... se ha hecho de ella algo que sirva, un instrumento de dominación. Y la curiosidad no es eso. La curiosidad es algo intelectual, o del sentimiento; exige, ante todo, pureza y desinterés. Un camino para la verdad, y una manera de buscar lo soñado; un anhelo de ciencia y un deseo de perfección... Curiosidad es también caridad—el curioso debe ser un curador, uncuidadoso...— Castilla ha vivido demasiado endiosada, sin preocuparse de lo que le rodeaba y era su próximo... Y ahora ignora muchas cosas... Y ha hecho que en otras partes se olviden las cosas que se sabían...

En Sevilla, en la ciudad donde se reunieron la Biblioteca Colombina y el Archivo de Indias, se ha extinguido el culto del libro, aun entre los mismos estudiantes de la Universidad que instituyera Maese Rodrigo... Los apuntes y los apuntamientos, y sobre todo las notas y las minutas, han hecho olvidar el manejo del libro.

En la patria de Nicolás Antonio no hay nada que conmemore la vida y la obra del portentoso precursor del genio que trazó el inventario bibliográfico de la *Ciencia española;* del esclarecido fundador de esa renombrada genealogía de bibliófilos sevillanos que, a fines del siglo pasado, dieron vida al *Archivo Hispalense* y a la *Sociedad de Bibliófilos andaluces.* No hay un monumento que perpetúe la memoria de aquel que consagró su tiempo y su fortuna a levantar ese grandioso monumento de la *Biblioteca Hispana,* en donde se han perpetuado los nombres de tantos españoles, y que tantos escritores han aprovechado para sus indagaciones. Y lo de menos es un monumento, aquí donde tantos faltan, o el nombre de una calle, aquí donde tantos nombres sobran (porque nada dicen... o dicen que esto más que una ciudad semeja una casa de vecinos, donde hubiera la costumbre de poner en cada partido el santo y seña de cada quisque).

Si se amaran y conocieran los libros, nada se habría perdido. La tradición se reanudaría, y con ella el progreso. Pero a excepción de algunos estudiosos... nadie quiere perder el tiempo en esa soberana inactualidad de la lectura... Y si alguien quisiera explicar algo de lo que los libros son y significan, no faltaría algún semiculto que exclamara:— Bueno, ¿y qué?—; porque el semiculto es un hombre en quien el amor propio ha matado el amor por la verdad, y la vanidad de lucir lo que ha aprendido, la curiosidad de estudiar lo que no sabe...

Esta es la verdad... la amarga... Pero ¿será verdad? ¿Será toda la verdad? ¿Será verdad que en la *Numen Hispaniæ* se ha perdido el amor a los libros y el amor a las ideas?

Al finalizar el siglo XIX dominaban en Sevilla los estudios de aplicación y los de erudición: aquéllos,

en las ciencias; éstos, en las artes y en las letras. A la investigación de la naturaleza fué preferida, sin embargo, la de la historia humana...

El divagador «no sabe historia»; el divagador no sabe nada de nada; es «una estéril vulgaridad ilustrada». Se considera incompetente, por ende, para tratar de la *Sevillana Medicina,* de los *naturalistas sevillanos,* de los precursores y sucesores de D. Antonio de Ulloa...

Tampoco se estima capacitado para juzgar la labor de investigación llevada a cabo por los estudiosos hispalenses; de investigación literaria y bibliográfica por Rodríguez Marín, Montoto, Hazañas, etcétera; histórica por Candau, Gómez Imaz, etcétera; anecdótica por Chaves, etc.; arqueológica y artística por Gestoso, etc.; folklórica por Machado, Guichot, etc....

El divagador no sabe nada: sólo ha sabido divagar... y con puntos suspensivos... y eso ya lo va olvidando también. Le gusta leer y teorizar: ama las ideas y los libros.

Le hubiera agradado divagar en torno de los orígenes de la enciclopedia isidoriana (siglo VII), de la armoniosa filosofía foxiana (siglo XVI), de la trascendencia de la bibliografía y de la bibliofilia de Nicolás Antonio (siglo XVII), del ordenado sistema jurídico concebido por Pérez López (siglo XVII)... Pero... Nada se pierde porque no haya concretado su anhelo... Algunos ingenios sevillanos han hablado de estos hijos ilustres de nuestra ciudad. De San Isidoro y de su escuela nos ha hablado Carlos Cañal; de Fox Morcillo, Bores y Lledó; de Pérez López, el inolvidable Federico de Castro; de Nicolás Antonio, hablará...

El divagador se ha limitado a poner aquellos nombres gloriosos como titulares o encabezamiento de alguna de sus recensiones bibliográficas...

LA TRADICIÓN ISIDORIANA

Un sistematizador de la vida

«Vulgarización enciclopédica de los elementos de Antropo-sociología».

He aquí un libro que es toda una vida. Es un libro ejemplar. Ejemplar como la vida que encierra. Hay libros que son pedazos, momentos de vida, y libros sin vida, y libros de vida prestada—libros fragmentarios, libros fríos, libros falsos.— Hay también libros de vida tan intensa que ella de ellos trasciende —libros que son cifra o vibración de vida. De éstos pueden decir sus autores: «Tomad, leed, esta es mi vida». De éstos el libro presente.

Libro de síntesis, libro-resumen, y, como tal, libro educador, libro magistral; o a la inversa, libro-programa, y, por consiguiente, libro-índice. Pero cualquiera que sea su teleología es libro de estudio y para el estudio, libro que enseña porque quien lo hizo aprendió y comprendió mucho durante su vida, reflexiva por esencia, presente a sí misma en toda ocasión y momento, con la santa y dolorosa conciencia que da la experiencia y da la sabiduría. Libro-ideario, y no libro-emocionario, porque su vida—la vida que en él se encierra y contiene—constantemente razonada y eminentemente razonadora—transmutóse toda ella en pensamiento, y el pensamiento cristalizó siempre en definición. Definición ha sido hasta el acto más sencillo, hasta el más leve sentimiento, porque todos los movimientos de su alma han sido claros y distintos como un concepto, luminosos e ingenuos como un ejemplo. Libro definicionario ha sido este nuevo enquiridión, como lo fué aquella otra «enciclopedia sevillana»—la obra portentosa de aquel genio tan nuestro, tan de nuestra tierra y tan de nuestra ciencia, que fué el alma y el maestro de nuestra

«Escuela», de San Isidoro de Sevilla...— Pero algo más que un puro definicionario o vocabulario, algo más que un mero panléxico de las voces cultas y técnicas, ha sido este libro, que sencillamente se presenta como una «vulgarización enciclopédida de los elementos»... de una nueva *ars magna* o de un *novum organum cognitionum.*

No en vano han pasado por la historia, y en la historia se cuentan, los siglos XIII y XVIII—el siglo de las summas y el de las enciclopedias—. Después de ellos, la poligrafía, si ha de ser científica y no quiere perderse en el ameno divagar de una romancesca dialéctica, debe metodizar los datos acumulados y las abstracciones elaboradas, con el ascetismo lógico, con el esfuerzo serial de una rigurosa sistemática. No se trata ahora de «explicar los orígenes o etimologías del léxico literario y erudito de un tiempo», y de llegar mediante el significado de las voces a la raíz que tengan nuestras representaciones en la realidad. El caso presente no es una cuestión de fonología, sino un problema de perspectiva—de óptica, de plástica, de modelado tal vez—. Se pretende hallar la razón de nuestros conocimientos en la manera como entroncan y se ramifican en el «árbol de la ciencia», y valorarlos por el relieve que adquieren con los contrastes de esa misma solidaridad. Y se pregunta: ¿es hoy posible esto?

Después del siglo de las luces... y de las sombras, después del siglo XIX, el siglo romántico e industrial, siglo a un tiempo y sucesivamente crítico, constructivo y analítico, siglo por igual historicista y revolucionario, positivo y sentimental, el siglo de los socialistas y de los estetas...; después de todo *eso,* ¿es tiempo ya de dar forma a todos los materiales recogidos? ¿Y estamos nosotros, enmedio de la complejidad, vertiginosidad y frivolidad ambientes, estamos nosotros en condiciones para hacer un alto en el camino, y examinar nuestra conciencia e inventariar

nuestro haber—y nuestros deberes?— ¿Y si alguien fuera capaz de llevar a cabo semejante empresa—de compendiar lo compilado—podrían y querrían las gentes apreciarla en todo su valor? ¿Es hoy posible trazar un cuadro general de las ciencias? ¿Es posible una enciclopedia?

Esta es la pregunta. Pregunta, que debemos formularnos y responder en toda su plenitud y con toda sinceridad, si queremos dar a nuestra crítica un motivo y un sentido trascendental. Podríamos eludirla, dando solución divergente o dilatoria; fijándonos en algo accesorio, adjetivo y accidental a nuestro punto de vista. Tal, el fin que el autor se propuso, y la necesidad que haya sentido por inclinación natural, por influencia del medio, o por su propia idiosincrasia; tal, el modo como la obra ha cumplido aquél y ha satisfecho ésta, y el grado en que lo ha conseguido... Podríamos fijarnos en algo de esto... ...En la intención reconocida y declarada del autor, en su propósito de «vulgarización enciclopédica», en esa «modesta finalidad», como dice con suprema humildad, de «dedicar sus lecciones a la instrucción popular»—ideal pedagógico y democrático, que ha sido la nota tónica de su vida generosa y altruista—. ...En esa intención no intencionada, confusa, inadvertida, que es el instinto humano, en esa propensión innata que sienten los hombres de establecer un centro, un punto de apoyo que dé unidad y fijeza al ciclo de sus concepciones y de sus creaciones; tendencia nativa que se acentúa en algunos hombres, por su característica predisposición a las abstracciones y a las generalizaciones—«aptitud enciclopédica que se repite desde abolengo entre los pensadores y los escritores sevillanos»,—y que culmina en los temperamentos preponderantemente filosóficos, en aquellos para quienes—como para el autor de este libro—la filosofía no es una cosa literaria o de pedantería, sino una cosa viva que afecta toda nuestra existencia y nos

penetra por entero, un inmenso amor a la verdad, y quien dice amor dice sacrificio, y quien dice verdad dice dolor, un inmenso amor por descubrir la verdad y propagarla y vivirla en toda su honrada pureza... ...En este aspecto de la realidad que el autor escogiera como asunto de su libro, como núcleo de sus pensamientos y centro de sus reflexiones, como guía en el estudio y plan para la exposición; en el fenómeno, en el hecho «antropológico-social», que es, a su vez, método, punto de vista, dirección intelectual, sistema de conocimientos, y que hoy, después de Kant, de Comte, de Spencer, es el modo más general de enfocar las cuestiones y ordenar nuestras representaciones; en esa modalidad que constituye uno de los cuatro puntos cardinales de la rosa de las teorías, uno de los miembros de ese cuadrivio en que el autor considera dividido el organismo científico: «ciencias antropológicas, ciencias naturales, ciencias exactas y ciencias filosóficas»,—catalogación, cuyo fundamento, comparado y racional, espero hallar en la «Noticia histórica de las clasificaciones de las ciencias, etcétera», próxima a publicarse, y que ansío conocer, porque creo que ha de ser una obra definitiva, utilísima para todos y de consagración para el autor...—En la proporción admirable, en que el autor ha sabido realizar su propósito divulgador, dar forma a su propensión enciclográfica, y desenvolver los principios de la «antropo-sociología»; en esa precisión de los términos, en esa claridad de las nociones, en esa serena imparcialidad de los juicios y de los razonamientos, en esa paciente escrupulosidad de las observaciones, en esa lógica ordenación, en esa exactitud y minuciosidad de la sinopsis, de los esquemas, en esa alteza ideal de la concepción, que revela y demuestra este libro de un hombre sabio y bueno; y, sobre todo, en la «ejemplaridad de la obra, en la perfección de sus intenciones, en la integridad de la trama», que es, como dice el autor en frase digna de

una antología, «el trivio de la virtud». En todo esto podríamos fijarnos... Y todo ello sería fácil, relativamente fácil; porque la facilidad no está en nosotros, ni de nosotros depende, sino que está en la misma naturaleza de cada uno de esos temas, de suyo claros, sencillos, fáciles.

Pero nada de esto responde a la pregunta. Y ni siquiera queda contestada con presentar el hecho de una enciclopedia, aunque esté ya hecha y muy bien hecha; porque la posibilidad por que se pregunta es una posibilidad en cierto modo metafísica. Metafísica, no porque esté ayuna de realidad, sino porque la sobrepasa; por ser como un epifenómeno. La pregunta sería una mera pregunta dialéctica—y quien haya saludado la filosofía sabrá lo que quiere decir esto—, si la filosofía fuera un mero juego del intelecto, una cosa desligada de la vida, y no algo que en ella tiene honda raigambre. La pregunta es esta: ¿Es hoy posible una enciclopedia?

Pues bien, sí. Hoy es posible una enciclopedia. Es más, es una exigencia de razón y una necesidad real, un postulado y un imperativo. Desde hace algunos años los hombres cultos se afanan por buscar el sartal que engarce sus ideas, por hallar esa idea-ideal, que aclare el confusionismo, que en la teoría como en la práctica nos dejó ese siglo, que dió motivos para que los *modernistas* hablaran de una «lógica de los sentimientos» y de una «lógica de la voluntad» como de algo superior a la única lógica lógicamente posible, la lógica de la razón—y en cambio hicieron un «arte cerebral» y una «ética panlogística»—; y que al transportar el reino de la libertad al mundo del *pathos* incurrió en la *contradictio in adjecto,* en el absurdo, de creer que sobre el suelo de la necesidad pudiera florecer la libertad. Hay que pasar del mundo romántico del desgranar de las ideas al mundo clásico de las ideas claras y distintas. Ese ideal sólo podemos alcanzarlo, mediante el ascetismo y el renun-

ciamiento, aislándonos de toda trivialidad, refugiándonos en la Tebaida espiritual de nuestra conciencia, en la soledad y en el silencio de nosotros mismos, donde únicamente podremos encontrar el espectáculo kantiano del cielo estrellado y de la ley moral. Hay que vivir como ha vivido el autor de este libro, con una vida ejemplar. Hay que poner en todo lo que vivimos toda nuestra alma, para que cuanto hagamos, sintamos y pensemos, sea sangre de nuestra sangre, alma de nuestra alma, vida de nuestra vida. Y de esta manera nuestro libro será ejemplo de nuestra vida.

Por eso os decía al comenzar: He aquí un libro que es toda una vida. Es un libro ejemplar. Ejemplar como la vida que encierra.

«Noticia histórica de las clasificaciones de las ciencias y de las artes y Vocabularios de las mismas».

Así se llama la nueva obra de don Alejandro Guichot. Obra la llamo y no libro, porque bajo la forma aparente, bajo la corteza—*lépor,* que es precisamente el concepto originario, etimológico del libro—circula y palpita la savia viviente de una obra viva, vivida y vital. Y, sin embargo, es un libro; y la mayor cantidad posible de *libro:* libro de libros y para libros, como lo son los diccionarios, los formularios, etcétera. Producto de lecturas, que hay que leer entre líneas y anotar al margen, para poder regustar la labor analítica precedente, para llegar a conocer los factores reales que lo han integrado. Pero estos libros que para la mayoría de las gentes, para los lectores superficiales, carecen de vida porque la ofrecen en esquemas y en conceptos, no sólo son los más útiles para la vida, los más prácticos—entre otras razones porque evitan el manejo de muchos libros—sino que son, cuando están bien hechos, los que más vida condensan y contienen. De ellos suele decirse que son la obra de toda una vida, de una vida consagrada al estudio, de una vida lo suficientemente abne-

gada para sacrificar la fama del momento y entregar su fruto a los hombres con la conciencia de que un día ha de serles necesario. Si algunos aparentan no apreciar el mérito de esos libros—porque los estiman como obra de paciencia—todos, sin excepción, se aprovechan luego de ellos. Y los que más los desdeñan, los primeros. Y si muchos no saben leerlos es... porque tampoco saben escribirlos.

Así como un libro de oraciones o un libro de poesías son libros sellados para quienes al rezarlas o al recitarlas no sientan conmovida su alma por el fervor religioso o el entusiasmo artístico, así el plano de una ciudad, el diccionario de una lengua o el árbol de una ciencia son mudos, inexpresivos, para quien no haya soñado una ciudad de justicia y de amor, para quien no haya pensado que las palabras son cifras de un mundo ideal, para quien no haya sentido que las ideas son las flores que traen a la tierra el aroma de una vida eternal...

Para tales espíritus todo tiene sentido; y si cualquier cosa, por pequeña que sea, es símbolo de algo grande, ¿cómo no ha de serlo lo que ya es por sí mismo cifra de muchas realidades? En todo lo que es concreción o esquema—estadísticas, formularios, planos, diccionarios...—ni los números son números; ni las líneas, líneas; ni las palabras, palabras... Nada de esto tiene un valor absoluto *per se;* ni debemos considerarlo desenraizado de la realidad, como algo extraño, esporádico y sin ambiente, cual si en su torno se hubiera hecho el vacío. Números, líneas, palabras,... no son sino signos; sin otro valor que el valor expresivo y relativo de lo que traducen y relacionan. Ya decía Lotze «*lo entre las cosas,* verdadero absoluto de ellas, es el germen fecundo de toda inspiración». Pero son muy pocos los hombres que saben hallar lo absoluto entre las cosas. Entre esos contados hombres se halla don Alejandro Guichot. Y como ha consagrado toda su vida a estudiar serena y sin-

ceramente la íntima y compleja realidad de los diversos sistemas del *conocer* y de las varias modalidades del *hacer* humanos, su nuevo libro, que es epílogo de fecundas investigaciones y puede ser prólogo de otras nuevas, que es próvido en perspectivas como boceto de artista y está preñado de enseñanzas como testamento de filósofo; su nuevo libro no es un esquelético esquema, sin contenido alguno, sino una obra viva, vivida por el autor y vital para los lectores.

LA ESTELA DE LA ARMONIOSA FILOSOFÍA FOXIANA

Un platónico... peripatético

«Rielar de ideas»

«Este libro sólo se ha escrito para aquellos espíritus que ven y aman las ideas cual si fueren seres de carne y hueso y no retroceden ni se indignan ante las contradicciones».

(Manuel de Palacios Olmedo.)

...Hubiera sido un ciudadano de Atenas... Hubiera sido un caballero de Florencia... Hoy es un sevillano que por no poder vivir sus sueños se entretiene en jugar con las ideas... Alma clásica es la suya—sencilla, serena y ecuánime.

Alma clásica en un mundo romántico y exaltado, en una edad positiva y crítica. Alma clásica que sería helénica si no fuera tan renacentista... y tan moderna —tan amplia, flexible y comprensiva, tan refinada y exquisita... tan sevillana—. Es ante todo un griego—euritmia, ataraxia, sofroxine—. Por sus venas parece que «circulan gotas de la divina sangre helénica». Es un griego con alma de Anteo y de Proteo, de Prometeo y de Orfeo; pero también con el dolor romántico de Ganimedes, de Atlante y de Orestes... Un griego que escuchara en el Areópago la voz de San

Pablo y en Alejandría las parábolas de la Biblia; que despreciara a Pilato, y comprendiera al Cirineo, y perdonara a Pedro sus negaciones. Un griego que dejara de vivir cuando fué vencido el último ateniense, para renacer después de los siglos medievales, y repasar, entonces, humanidades con Erasmo y Maquiavelo. Un griego que hubiera leído el Kempis, el Poema del Cid y la Novela de Cervantes, la tragedia de Goethe y la Gaya Ciencia del Solitario de Sils María, y aún tuviera tiempo y gusto para aniñar su espíritu con los cuentos de Perrault y las novelas de Verne y jugar en la playa con las pompas de jabón... Ante todo un griego, sí... Pero sobre todo un sevillano—armonía, simpatía, alegría... Aristocracia...

La vida para este platónico peripatético «no es un esquema geométrico ni un caos», sino una forma del alma—ritmo, sonrisa y flor—. Una flor es la vida... «¿Para qué deshojarla? Recreémonos en sus formas y colores; aspiremos su perfume delicioso». La vida de esos «seres excepcionales, para quienes el árbol de la ciencia y de la vida son uno solo», se abre como una sonrisa entre dos afirmaciones. La vida para estas almas, que son ley de sí mismas, es esencialmente rítmica. Ritmo, sonrisa y flor... He aquí la clave, el íntimo resorte, el alma de la vida. Así es la vida, una obra de arte, una forma del alma, un algo cíclico, acabado, completo—«es sencillez y gracia y armonía». ...Elegancia...

La vida elegante de esta alma aristocrática—«libre, espiritual, divinamente-ociosa»—tiene que ser una vida del alma. Sin alma la vida no es rítmica, ni risueña, ni florida; carece de euritmia, de ataraxia, de sofroxine... Y la vida del alma consiste en dar forma a las ideas. ¿Dar forma a las ideas es vivir? Dicen que esto no es positivo... Si por vivir se entiende el vivir prosaico—la acción externa y material, la práctica que es rutina interesada—; y por idear el idear abstruso—los espejismos de una fantasmagórica es-

peculación, los deliquios de una vana dialéctica—tienen razón los que tal afirman. Pero ni el idear se opone al vivir, ni toda la vida se reduce a la del cuerpo; y quizás la mayor, y sin quizás, la mejor vida es la vida del alma. «La acción es incesante, indefinida...» cuando no tiene un ideal. Esta es la acción confusa, caótica, dolorosa, fatal, abrumadora. A la inversa, el ideal sin acción, «sin idealista que lo encarne, es una huera y fría abstracción, una sombra indecisa y flotante.» Dar forma a las ideas no es sólo pensarlas y decirlas, sino también soñarlas y sentirlas, amarlas y vivirlas y luego expresarlas y transmitirlas. Vivir... Sí. Pero también soñar. Soñar la vida, ya es vivir... aunque sea en sueños el ensueño nuestro. Pensar es una suerte de obrar. Aristóteles dijo que el pensamiento es el acto puro. Y Hello que era un acto la palabra: y por eso él vivía activamente. Hablar es también vivir... Podemos vivir con el alma en el menester más humilde y en la empresa más heroica; podemos poner toda el alma en la observación más nimia y en el éxtasis más sobrehumano... Debemos poner ilusión en la acción y emoción en la contemplación: idealidad en la práctica y realidad en la teoría. Y así nuestra existencia no será vulgar, ni quimérica nuestra ciencia. Debemos vivir con el alma.

A primera vista, la vida del ideador es la de un curioso que ve el mundo como un espectáculo, la de un dilectante. Pero bajo su aparente dilectantismo vemos en él un deseo de ordenar la conducta. En el fondo del espectador nos hallamos un actor de su obra, un autor de su destino. En el fondo, el alma del idealizador es la de un poeta de las ideas y la de un filósofo de las formas. Es un místico de la vida. Es algo más que un ideólogo: un idealista, un soñador; algo más que un intelectual: un inteligente, un espiritual; algo más que un escritor: un artista, un sentidor. Piensa el sentimiento y siente el pensamiento: piensa y siente los sueños y los vive. Vive... Vive

con el alma... una vida de alma. La vida elegante de esta alma aristocrática es una vida del alma. Y la vida del alma es dar forma a las ideas.

Las ideas, para el que las vive con el alma, no son estériles abstracciones metafísicas, ni vacías e inertes nociones lógicas. Sus ideas—como se ha dicho—no son un frío producto de la razón, del pensamiento, sino que tienen el interés y la vivacidad emotiva de sus sentimientos, de sus sueños, de su existencia entera; su lenguaje tiene por momentos el calor pasional de un canto de amor. Sus ideas son como seres de carne y hueso; pero cuyo cuerpo fuera todo él alma, materia espiritual.

«Vivir todas las ideas para con ellas enriquecerme, yo, en cuanto idea, es a lo que aspiro...—decía Miguel de Unamuno—. Quiero ser su dueño, no su esclavo... Las ideas son vehículos, nada más que vehículos del espíritu.»

Las ideas son el alma de la vida. Son la vida misma hecha alma—mente, corazón y voluntad—; sin que al hacerse del ánima dejen por eso de animar. Al quintaesenciarse, al cristalizar, al encarnarse en una forma—música, verbo o imagen—no mueren; siguen viviendo: vivas, vivientes, vitales, vivificadoras. Las ideas son como un halo de la vida y un hálito del alma. Lo ideal no es lo irreal. Las ideas no están fuera de la realidad. Son reales, son realidades, pero las supremas realidades de la vida; y por eso, ideas... ideales e idealizadoras. Son fuerza, energía; luz, calor y música; vibración, aura y aroma de las almas; más que un mero conocimiento fenoménico, una pura intuición de la esencia de las cosas: modelos, normas, arquetipos. Las ideas son «las madres» del universo que poetizara Goethe. Unas aparecen como las pompas de jabón que el hombre anima con el soplo de su vida... Otras como gotas de agua que el sol evapora... Otras como los espíritus celestiales que

Dios nos envía. «Ingrávidas, sutiles, exquisitas como burbujas de jabón son las ideas...» «Evaporadas por el sol suben las gotas de agua... Esto mismo sucede con las ideas.» «Todas las ideas son ángeles, querubines, serafines cuando suben; niños encantadores y revoltosos cuando bajan...» Todas las ideas—las que el hombre atesora, las que el mundo le inspira y sugiere, las que Dios le revela—, todas las ideas forman una mística escala, tendida entre cielo y tierra, como la escala de Jacob, escala luminosa y musical... Y embargado, arrobado, transportado el corazón por la música inefable de las ideas,... quédase la mente contemplando el lucir, el brillar, el rielar de las ideas.» ¿Hay placer más exquisito que el de contemplar extático el movimiento constante de las ideas?

Y un día las ideas de Manuel de Palacios Olmedo rielaron.

...Rielaron las ideas... Aquellas ideas que el ideólogo idealista aprendiera y estudiara observando, leyendo, sintiendo, viviendo su vida y la de otros; y soñara y creyera como notas de su íntima melodía, como notas de la total armonía del mundo; y concibiera o creara por propia virtud o comunicado impulso, con calor suyo o luz de otras almas... Aquellas ideas suyas, alma de su alma y vida de su vida, y también carne de su carne, y sangre de su sangre; imagen, música y verbo; pensamiento y deseo, acción y sensación, espíritu y cuerpo, ensueño y realidad, inteligencia y amor... Aquellas ideas que reflejaron el alma de la vida universal y fueron la reverberación de la vida universal de las almas. Aquellas ideas rielaron como un espejo—en un espejo terso y claro como un lago, en un espejo móvil de ondas vibradoras y brilladoras como el mar...

Brillan unas con luz trémula, con luz argentina, con luz de luna. Brillan otras con luz radiosa, con luz de oro, con luz de sol. Todas brillan, todas irradian...

Espléndidas y resplandecientes son las ideas de este libro... Las ideas titilan y rutilan en él... Es este un libro luminoso—libro de ideas—. Como si un fuego divino—un grande y puro amor, un dolor santo—hubiera prendido en su alma y convertido toda su vida en una luz única, en una luz ideal; así es este libro, todo luz, todo idea. Toda la vida—acciones y pasiones, recuerdos y esperanzas, tristezas y alegrías... los negocios y el ocio, los problemas y el drama, los afectos y las obras...—toda la vida fué hecha idea, luz. «Luz de verdad, luz de belleza, luz de amor. *Luz, luz, más luz.*» Ideas, ideas, siempre ideas. «Sombras de sombras serán todas las cosas si no las animan de un alma las ideas»... «Los hechos no son más que las señales indicadoras de las ideas»... y «las palabras son las sombras de las ideas»... Ideas, ideas, todo ideas. Ideas luminosas, ideas lucientes, ideas lucíferas... Ideas que son alma y vida y forma sensible. Ideas reflejadas en un libro luminoso como ellas... Las ideas rielaron en un libro, en ese libro que ahora riela cual si fuera un límpido espejo... Un espejo es todo libro. «Lo visible es el espejo de lo invisible» (Platón). «En el cuerpo, el alma; en el alma, el ángel; en el ángel, Dios.» (Pico de la Mirandola). Y en el libro las ideas... Un libro es el espejo—el *speculum*—de las ideas. Y este libro es el espejo donde rielaron las ideas luminosas, alma de una vida armoniosa y vida de un alma clásica. He aquí por qué el libro de Manuel de Palacios se llama «Rielar de ideas.»

«Rielar de ideas» no es un libro cerrado, sino el espejo de la vida de un alma... De un alma helénica, renaciente y sevillana que, por puro juego, hubiera reflejado en las páginas de un libro el rielar de algunas de aquellas sus ideas luminosas—imagen, música y verbo—de todo lo que es ritmo, sonrisa y flor de la vida... De una vida armoniosa, serena y eurítmica... Es la obra de un filósofo y de un poeta; de un poeta lleno de ciencia y de sabiduría, que sintiera y soñara

las ideas; de un filósofo dotado de sensibilidad exquisita y refinada fantasía, que razonara con el corazón las formas de las cosas; de un poeta-filósofo o de un filósofo-poeta, en fin, que al expresar todo lo que vive en su alma, lo hiciera artísticamente, esto es, con honda emoción y sincera inspiración y plena conciencia de su inconsciencia. Es una obra de arte y un libro de ideas, en el que se dicen en prosa poética algunas bellas verdades vivas y vitales, verdades embellecidas, verdades para vivir y embellecer la vida.

La filosofía del libro de Manuel de Palacios Olmedo no forma un sistema orgánico de pensamientos: es un rielar de «estados de alma». Pensamientos, máximas, reflexiones, postulados, consideraciones, juicios, raciocinios, creencias, sensaciones, visiones... que forman una serie de artículos, una colección de breves ensayos, como los de Marco Aurelio, Epicteto, Montaigne, Pascal, Hello, Macaulay, Lubbock, Emerson, Carlyle, Larra, Ganivet, Maragall, Unamuno, Rodó... «Confieso que me agrada sobremanera esta clase de obras. Por el pronto se puede dejar el volumen al cabo de algunas páginas, se puede empezar por el fin, por el medio; no es uno servidor, sino árbitro del método: puede tratarse al libro como un diario, y en efecto, es el diario de un espíritu. En segundo lugar, es variado; y esta diversidad sorprende y encanta. En fin, el autor se descubre a nosotros, sin reservar nada de sí mismo, como en una conversación íntima, o en una confesión» (Taine). Esta filosofía *fragmentaria*—como la apellidó Sondereguer—o más bien espontánea, tiene un vínculo más estrecho y poderoso que la unidad aparente de las grandes sistematizaciones. Así como las verdades muy pensadas, pierden su natural vigor y pristina belleza, y, lo que es peor, su propia e ingenua verdad, así los planes muy meditados, muy metódicos, quedan reducidos al artificioso, mecánico ensamblaje de una labor de taracea.

El íntimo enlace de todos esos «estados de alma» lo establece el alma misma por la virtud del profundo misterio de su vida. Y por eso esa filosofía es esencialmente lírica. Lírica es hasta la dramática de la conciencia--el problema, la duda, la antítesis, la crítica, el análisis...—y la épica de la inteligencia—el raciocinio, el dogma, la síntesis; la hipótesis, el sistema...— El diálogo es un monólogo sostenido en circunstancias varias, y a veces con tono tan discorde que da la sensación de que son voces distintas. El cuento no es otro que lo que se ha llamado con gráfica frase «la leyenda de las ideas». Pero si todo, la épica—la acción narrada—y la dramática—la acción dialogada—, se ha hecho lírica—la pasión cantada—; el lirismo se ha sublimado tanto que la emoción ha adquirido la impersonalidad, la trascendencia de una idea. «Mira en tu corazón, ha dicho Sydney, y escribe». El que de este modo escribe, aunque lo haga para sí, escribe para un público eterno. Y mientras más personales seamos, más hombres, más humanos seremos. Es así, en silencio y soledad, como podremos *«oir la voz del hombre que vive revuelto con los animales de todas las especies, que dentro de nosotros llevamos, como Noé en su Arca:»* y como puede, en medio de esta confusa *«Torre de Babel, brotar en un alma exquisita, apasionada y religiosa, la mística idea de su unión íntima con el todo»*.

La filosofía lírica es una filosofía de la intuición; la ética, una estética; la lógica, una psicología, mejor, una mística. Así la filosofía de este libro de ideas es casi una poesía.

La poesía de la obra de Manuel de Palacios Olmedo, más que en la forma expresiva, en la eufonía de las palabras, radica y reside en la forma informadora, en la euritmia de la elocución interior, en el rielar de los momentos de la vida, que sirven de motivos a las ideas. Es la poesía que admiramos en Platón, Plotino, Swenderborg, Raimundo Lulio, Ruys-

broeck, Novalis, Jacobi, Schlegel, Scheielermacher, Kierkeageard, Nietzsche. Esta es la poesía que corresponde a la filosofía del éxtasis, de la fe, de la intuición. Esta es la poesía del símbolo, el signo del misterio, infinito e inefable. Y así como José Enrique Rodó puso como lema, a los «Motivos de Proteo», su libro genial, las sagradas palabras de San Mateo: «Todo por parábolas», así se pudo escribir como emblema del libro «Rielar de ideas» estas significativas palabras: «Todo por símbolos». «Las cosas pueden ser tomadas como símbolos—ha dicho Emerson—porque la naturaleza entera es un símbolo en su totalidad y en cada una de sus partes»... Las palabras escritas con este acento, con este tono, contienen siempre, sea el que fuere su asunto, una advertencia para el alma... Si no es lo trascendental y lo extraordinario ¿qué encontramos de valor en una obra? El símbolo es lo que da realidad sensible a las ideas; y al mismo tiempo las deja envueltas en esa penumbra, llena de encanto, que es como el aura protectora de su celeste pureza, de su idealidad. En torno de la idea capital de cada uno de los ensayos de este libro, de cada uno de los capítulos de esta obra flota un símbolo. Un símbolo se encierra en cada palabra... «Tomad este libro en vuestras manos, y leed hasta que sintáis fatigada la vista. Y jamás encontraréis en él lo que yo encuentro». Esta es la obra del símbolo. Las más elevadas y etéreas cuestiones ideológicas se explican y aclaran con el simbolismo de un personaje, de una fábula, de una frase de todos conocida. Y a la inversa, la escena más trivial, el asunto más nimio, la cosa más humilde, adquieren un sentido trascendente, cuando sirven de apoyatura para desenvolver una teoría.

Las ideas del libro surgen, rielan como glosas de una lectura, de una observación, de una experiencia... Y de esta suerte va rielando, reflejándose, vertiéndose en el libro la vida del alma de las ideas.

«Toda idea tiene una tendencia asociativa, una simpatía por las otras ideas y por la forma que ha de expresarla». Esta *dulce fuerza*—que dijo Hume—explica la poesía de las ideas. Ella es la que convierte a las ideas en símbolo del mundo, la que les da una unidad poemática, la que las mueve a traducirse en una imagen, en una música, en un verbo que es a su vez símbolo de las ideas.

Y así es el libro, como una obra de arte, como un poema, como un poema en prosa, cuyos capítulos fueran otras tantas estrofas, que, al cristalizar, hubieran perdido el aparente engarce, porque les bastara para vivir unidas ese común espíritu que se refleja en el oriente de cada perla, en el iris de cada diamante, en el «espejo del alma» de cada uno de nuestros hermanos en humanidad. Es un libro nada libresco. De libro sólo tiene la forma aparencial, la corteza. Es la menor cantidad posible de libro; si la cantidad la referimos no a la extensión, sino a la esencia, y si por libro entendemos lo que ordinariamente se produce como tal: algo escrito al margen de la vida, con casi total olvido de ella; un cuerpo sin alma o con el alma ausente, como el cuerpo de un sonámbulo o de uno que espera la resurrección, al que hay que despertar o infundirle nuestro espíritu. «Un libro que se escribe, o es papel vano, o es un alma que teje con su propia substancia su capullo».

«Rielar de ideas» es un libro que no parece escrito. Las letras son como las impresiones del sonido, de la voz, en un disco de gramófono, como la impresión de la luz, de la imagen, en una placa fotográfica. Las hojas parecen unidas como las hojas de un árbol. Es un libro viviente, como diría Fenelón. Un libro que vive, «es un espíritu que marcha a la faz del mundo». Habla como un hombre que hablara como se habla en la vida, en esos momentos de suprema emoción, de plenitud ideal, en que nadie se acuerda para nada de los libros que existen o ha leído.

Libro de vida, de alma, de ideas: vivido, animado, idealista: de una amena, amable y amada idealidad. Libro amigo, libro íntimo, libro nuestro. Es un libro claro y breve. Libro meridional y mediterráneo, helénico y latino, clásico y sevillano, aristocrático y elegante. Sin retórica, sin literatura, sin lógica y sin dialéctica. Con menos palabras no se pueden decir más ideas. En menos páginas no se puede encerrar más alma, más vida. Y todo—vida, alma e ideas—en una forma transparente y límpida, con una concisión y una precisión que suspende y maravilla. El discurso espontáneo y rápido; el estilo vibrante; la expresión jugosa, fluída y fácil. Da la sensación de estar escrito por un joven de ágiles músculos y nervios en calma; por un discóbolo que, en un momento de ocio supremo, lanzara al aire, grabara en cera, trazara en la arena sus ideas, frente al mar azul y bajo el cielo diáfano de Grecia... Tal es la frescura juvenil de este libro. Tan sincero y sutil es este libro que sería doloroso—como la realidad aparente, y la verdad a medias, como deber sin amor—si no fueran tan bellas las cosas que dicen y no estuvieran tan bellamente dichas, si no contuvieran tanta idealidad.

La realidad aparece como encantada, velada por la lejanía por obra y gracia de esa virtud suavizadora del esfuerzo, triunfadora del trabajo y de la inquietud, por ese poder mágico de la elegancia, «quinta esencia de la belleza, coronamiento natural de toda vida noble y culta, aroma de las almas inteligentes, la victoria más grande que puede conseguir el hombre sobre las fuerzas primitivas de la naturaleza.» Y sin embargo, este libro no fué escrito al borde de la vida, sino en medio de ella, y ésta circula por todas sus páginas. Pero la vida se ha convertido en alma y el alma en idea, y la idea en símbolo. He aquí por qué este libro, nada libresco, escrito al margen de los libros, es un libro que ofrece amplio margen... margen para sentir y soñar, artizar y razonar, pensar y

vivir... la vida y las ideas. Al leerlo, quisiéramos escribir al margen... Pero embargado el corazón por la música inefable de las ideas... la mente queda suspensa, contemplando la luz deslumbradora de su rielar. Es un libro de ancho margen... Toda la vida de un alma hay en él. «Nada se opone a que haga de él lo que quiero que sea: un libro en perpetuo *devenir,* un libro abierto sobre una perspectiva indefinida... Y nunca este libro se publicará de otro modo que de este: es decir, nunca le daré arquitectura concreta, ni término forzoso, siempre podrá seguir desenvolviéndose, *viviendo.*»

...Así es el libro «Rielar de ideas» de mi amigo Manuel de Palacios Olmedo.

EN LA PATRIA DE NICOLÁS ANTONIO

Un bibliófilo humanista

A propósito de una versión castellana de los «Epigramas eróticos» de Marcial.

Quien con espíritu atento haya hojeado los números primeros de *La Exposición*—esa revista que sin pretensiones ni ostentosos alardes, modesta y calladamente, viene trabajando hace algún tiempo por la cultura y prosperidad de Sevilla—seguramente se habrá maravillado de encontrar unas páginas áureas, páginas antológicas, que dan la sensación de estarse hojeando algunos de los grandes magazines de Europa y de América. Esas páginas han sido dirigidas y compuestas por Miguel Romero Martínez.

Miguel Romero Martínez ha realizado en ellas, bajo una forma sencilla y sugestiva, una labor excelsa, digna de admiración y gratitud... Ha traducido poesías y hecho versiones poéticas de Anacreonte, de Raimundo Lulio, de Petrarca, de Ronsard, de Shakespeare, de Richter, de Heine, de Longfellow, de Bau-

delaire, de la Condesa de Noailles, de Maeterlinck... Ha comentado la *Utopía* de Tomás Moro y la *Nueva Eloísa* de Rousseau, y analizado la personalidad de Jovellanos... Nos ha descubierto a Yelgo de Vázquez —un ignorado cuentista andaluz del siglo de oro—y nos ha contado algunas «curiosidades bibliográficas» de los incunables... En la sección titulada «Sevilla en la literatura», nos ha ofrecido la Sevilla cantada por los poetas hispalo-árabes y la Sevilla fantaseada por Gautier... Ha ilustrado las planas de su florilegio con glosas eruditas y viñetas y dibujos de una esmerada ejecución... Y toda la sentimentalidad y todo el lirismo de su alma—amplia como la de un renacentista, compleja como la de un contemporáneo, y sensible y liberal como la de un dieciochocentista—vibra en el simbolismo de la *Pequeña glosa romántica* y en el dramatismo del *Canto de Resurrección.*

A esta selecta colección de sus escritos hay que añadir la larga serie de crónicas y artículos periodísticos, y sus admirables estudios y ensayos literarios, pacientemente documentados y galanamente estilizados...

Las *impresiones de lectura* y *notas bibliográficas,* los *renglones del momento* y las *películas de actualidad,* las *fantasías* y las *curiosidades científicas,* y las *letras extranjeras,* etc., publicadas en *Arte y Artistas* y en *Andalucía,* en *La Palma* y en *El Diario de Córdoba,* en *La Libertad* y sobre todo en *El Liberal* de Sevilla; y en donde ha tratado de «re literaria» y de los descubrimientos científicos, del antaño romántico y de la modesta realidad cotidiana, desde «la pequeña librería ambulante» hasta «el eterno femenino»... La magistral disertación leída en la «Fiesta del Soneto», celebrada en el Ateneo de Sevilla... Y las fidelísimas traducciones de la tragedia del *Rey Lear*—que se publicará para celebrar el centenario del que, en las cumbres geniales, fué el hermano gemelo de nuestro Cervantes—, y del drama *Interior,* que se publicó en

aquella biblioteca que tenía por título el nombre del personaje que en *La Tempestad* ha encarnado lo aéreo del alma... Shakespeare y Maeterlinck, han sido dos de las grandes admiraciones de quien, al comenzar su vida de escritor, divagaba sobre el estreno de *Pelleas et Mélisande* y sobre una representación del *Otelo.*

He aquí un índice sumarísimo de la obra llevada a cabo por Miguel Romero Martínez: obra de arte y de sabiduría, digna de todos los encomios y que los buenos ciudadanos de la *Ciudad de la Gracia* no deben olvidar.

Aquel joven soñador de las «eternas quimeras» y de los «idealismos eternos», que un día de Mayo de 1904 nos hablaba de *Las confesiones de un pequeño filósofo,* se nos ha revelado como un amador de los libros—de los viejos y bellos libros—y de las humanidades—clásicas y modernas—; de las letras castizas y extranjeras. Un bibliófilo humanista, como ha sido siempre «el culto sevillano», dotado de un fino espíritu crítico y de un gran corazón de poeta: un literato de profunda, sólida y variadísima cultura, de un gusto depuradísimo y de un talento flexible, perspicaz y sincero; más que un estudiante aprovechado, un estudioso infatigable, que ha hecho de su espíritu una biblioteca viviente y ha logrado reunir en su estudio una biblioteca numerosa y selecta.

Y ahora, como un esparcimiento de su espíritu, y para distraer sus ocios, en un rasgo propio de algún humanista principesco del Renacimiento, se ha entretenido en hacer una versión castellana de los *Epigramas eróticos* del hispanorromano Marcial.

Es peculiar de los grandes señores del pensamiento, de la forma o de la acción, mostrar la aristocracia de su espíritu hasta en los más nimios caprichos y las más frívolas bagatelas, y como un puro

juego de entretenimiento lo que no es sino entrenamiento o pandiculación de sus soberanas energías.

Así Miguel Romero Martínez con su traducción de los *Epigramas eróticos* de Marcial. Pudo traducir a Séneca o a Cicerón y se contentó con traer a la lengua de nuestros días las impúdicas interjecciones con que un hispano latino, de alma grande y amargada, imprecó a los envilecidos romanos de entonces.

La versión de Miguel Romero Martínez no tiene más defecto que el de estar muy bien hecha. No es esto una crítica al traductor, ni al autor. Antes al contrario. Es un argumento más, entre mil, contra aquellos para quienes cualquier tiempo pasado fué mejor. Es la sátira más justa y más justiciera contra las sociedades que no saben hacer justicia a sus más preclaros ingenios.

Sólo un reparo quiero poner; y no al autor, ni al traductor, sino al editor. ¿Por qué incluir los *Epigramas eróticos* de Marcial entre «Los clásicos del amor»? Marcial no puede ser leído con morosa delectación... Marcial no es uno que se complace... como tantos otros. Marcial es un celtíbero que se indigna.

Yo aconsejaría a los jóvenes—y a todo el mundo que no sepa latín—que no leyeran los Epigramas, o que los leyeran serena y castamente; para que luego y siempre, pudieran elevar deletreando la «autobiografía» de Marcial. Al igual que en otros casos, debemos compadecer la mísera vida de los que fueron vasos de un alma exquisita. Pero la vida de Marcial no hay que olvidarla nunca, como debemos olvidar piadosamente la de otros—tal la del *Pauvre Lelian*—cuando cuidamos de saborear su arte.

Yo rogaría, en fin,—si me perdonara el atrevimiento en gracias al buen deseo—; yo rogaría, no a Miguel Romero—porque con su ciencia, que es mucha, y su arte, que es depurado, ennoblece y sublima cuanto estudia y expresa—sino a todos los que

traducen e inventan: que pongan sus vigilias y desvelos en un libro que podamos tener en nuestra biblioteca, sin temor a la curiosidad ingenua de unos ojos infantiles o femeninos.

LA REMINISCENCIA DEL SISTEMA JURÍDICO DE ANTONIO X. PÉREZ LÓPEZ

Un jurisconsulto romántico

La tesis doctoral

Comienzo por confesaros con toda sinceridad que no sé redactar una nota bibliográfica. Mi estructura mental no es la del crítico... Y es el caso que yo quisiera hablaros de un libro de derecho, ameno y profundo, de una obra escrita por un joven que siente el derecho de una manera romántica.

Según los vaivenes de la moda, los jóvenes *intelectuales* han escrito sobre los derechos políticos, sobre la cuestión obrera, sobre el feminismo..., han escrito de filosofía unas veces, de historia otras..., y siempre de literatura. Lo principal era escribir. Ser *escritor* en España es tener un pretexto más para no leer, o, por lo menos, para no estudiar.

Y pensar que de este desamor hacia el trabajo científico—aledaño con el *literaturismo* en muchos estudiantes—tienen casi toda la culpa esos catedráticos, que no saben hacer amable la ciencia... El muchacho—llena la mente de ilusiones, y conservando aún el sentimiento de todo lo bello—que oye, día tras día, con una monotonía desesperante, las mismas vulgaridades, en un lenguaje ramplón, árido, insulso, no le queda otro remedio que echarse una novia, irse a jugar al billar, o retirarse a un jardín silencioso, al rincón solitario de un café, a cualquier sitio donde

pueda leer libros que hablen de quimeras, de ideales, del amor....

No me cabe en la cabeza que para ser sabio o santo haya que ser insoportable o intratable. Lo poquito que sabemos los hombres nos parece muy claro cuando tenemos buena voluntad; y es tan sencillo tenerla, es tan fácil ser bueno...

Por eso, cuando, entre la medianía ambiente, he hallado un *estudio jurídico* de espíritu eminentemente científico—riguroso y acabado en el método, en el razonar sereno e imparcial—, que dice ideas nuevas en un estilo claro, preciso, atrayente—un poco oratorio, sin duda, por el primitivo destino del trabajo, una conferencia—, yo no he querido pasar en silencio su aparición. Es un libro ameno y profundo. Sabe convenceros persuasivamente... Es un *estudio* que he leído varias veces y he escuchado otras tantas, y nunca me ha cansado, siempre he descubierto algún nuevo matiz en sus pensamientos. Vi cómo se formó, casi desde sus comienzos, y puedo atestiguaros lo sincero, lo honrado, lo benedictino de su documentación; pues bien, no temáis encontrar esa erudición indigesta que rebosa en las citas, en las notas de los libros de atriles... Y al aparecer ahora la conferencia formando un verdadero libro, y al releer la *tesis doctoral,* me ha producido la impresión de un todo acabado y completo... completamente nuevo. Tal es su encanto.

Si hubiese muchos libros como éste, daría gusto estudiar... Y, en efecto, nótase desde hace algún tiempo en nuestra juventud española—en la juventud que estudia, que piensa y que escribe sólo cuando tiene necesidad de escribir—un movimiento animado de nobles entusiasmos para orear la anticuada ciencia oficial, con sus concepciones—si fantásticas a veces, constantemente llenas de vida—, con sus formas galanas y bellas. Por encima de todas las inquietudes del atormentado espíritu moderno, de todas las crisis

(cosas del corazón) que siempre han sufrido los hombres en esa edad, la juventud de hoy—tan censurada como incomprendida—tiene una intuición exacta—demasiado exacta para no ser dolorosa--de la vida, un pensar tan sereno, tan ecuánime, que pasma y desconcierta a los que la tachan de desequilibrada...

Y, ahora, una advertencia al autor y un ruego al público. ¿Por qué *aquello* de la dedicatoria en el ejemplar a mí consagrado: «...para que se ría de mi primera obra»? ¿No sabes, mi buen amigo, que si yo me río por cualquier cosa y con todo el mundo, jamás me he reído de nada, ni de nadie?

Y vosotros, los que habéis leído estos renglones, si queréis saber lo que dice esta obra de juventud, leedla. Así prestaréis un servicio a la cultura patria, favoreciendo la difusión de los libros, y os enteraréis mejor que por el simple extracto de una nota bibliográfica.

La memoria del pensionado

Nec flere, neque indignari, sed intelligere.
(Spinoza).

¿Recordáis?... Hace cuatro primaveras, Joaquín Guichot reanudaba, con la publicación de su tesis doctoral—su segundo libro—la gloriosa tradición intelectual de su apellido. Alguien dijo entonces que todo eso era perder el tiempo... Hace dos años emprendió un viaje por Europa, en un puro anhelo de orearse y renovar el espíritu... Y la murmuración repitió la cantata vulgar... Alguien pensó entonces, y piensa ahora, que los dichos de la murmuración no son precisamente obra de caridad, sino todo lo contrario... Pero quien una vez en su vida ha llegado a comprender el sentido divino del mundo, sabe que no sólo es en vano toda disputa con la vulgaridad, sino que es hacerse cómplice de ella, y darle ocasión para que se perpetúe en la tierra... Aquel que vive según el espíritu, debe desterrar de sus juicios todo lo que sea

pasión de ánimo, amor propio herido, envidia del bien ajeno, todo lo que sea producto de las circunstancias... El alma sólo calma requiere... Calma, calma... y, sobre todo, alma... Alma, calma...

Los *primeros escritos* de Joaquín Guichot fueron escritos literarios... Y todas las fantasías y todas las emociones de la poesía imaginada y sentida por su alma, y que apenas si pudo ser vertida en algunas melancólicas rimas y en algunos tristes cantares, envuelven a cuanto hace y piensa—y por ende a su concepción y práctica del derecho—en una nube de ensueño, que le aisla de la realidad: doloroso apartamiento agudizado por el destino trágico de una generación que se empeñó en vivir en la tierra... como si ésta fuese el centro de las almas.

El derecho, románticamente concebido y actuado, es como una norma estética del gusto, no como un poder económico basado en el interés y mantenido por la fuerza. Joaquín Guichot ha estudiado el orden jurídico como un tema literario, y ha escrito del derecho con la misma galanura con que pudiera describir un poeta una puesta de sol.

Joaquín Guichot en su tesis doctoral disertó sobre un punto de Derecho Penal, entonces de actualidad en la legislación y jurisprudencia española. De vuelta de su fecundo viaje a través de las Bibliotecas y Universidades de Francia e Italia, nos ofrece, como fruto de su pensión en el extranjero, una Memoria sobre la «evolución de las doctrinas penales.»

La Memoria de Joaquín Guichot va prologada por un hombre ilustre—Bernardino Alimena, famoso no sólo en su patria, en Italia, el solar de tantos famosos penalistas, sino en el mundo entero—. Oteando el movimiento científico del Derecho Penal en el mundo contemporáneo, el nombre de Alimena designa una de esas personalidades cumbres, que se nos aparecen y se nos imponen con un alto valor representativo. La obra del profesor de la Universidad de Mó-

dena se destaca, original, característica, por ese espíritu de ponderación, de equilibrio, de serena visión, propia de los pueblos que han acordado su espíritu con el ritmo del «mar civilizado.» Alimena es de esos espíritus que han venido a destruir la leyenda de la pretendida superioridad de los pueblos norteños. Es un ejemplo vivo, que debemos imitar todos los meridionales...

Algo habría que decir del eclecticismo doctrinario que informa la obra entera y la presente Memoria de Guichot. Pero la crítica de una obra, exije antes, como una premisa necesaria, una sumaria exposición de su contenido. Y esto rebasa los límites de una gacetilla periodística. Más adelante nos ocuparemos con detenimiento de la «evolución de las doctrinas penales», que Joaquín Guichot expone y razona. Por ahora, nos limitaremos a hacer el más cumplido elogio del índice del libro. El esquema sistemático, según el cual se desenvuelven las teorías, es de un rigor, de una precisión y de una claridad que maravilla. Nada más científico, ni más pedagógico. El conjunto forma una de las memorias más voluminosas de las que van publicadas en los tomos de anales de la «Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas.» No es una memoria de mero trámite, como tantas otras... de doctores o de pensionados...

Joaquín Guichot es uno de los talentos más claros, más perspicaces, más despiertos, más serios, más desinteresados, que florecen en la *Ciudad de la Gracia* y enaltecen el nombre de España. Yo diría que era el talento más armonioso que conozco si él no fuera tan apasionado en la defensa de la verdad. Yo diría muchas más cosas en alabanza suya, si no fuera tan gran amigo mío. Porque en esta España... Bueno. Es difícil encontrar sobre la tierra un hombre que tenga un corazón tan noble y una mente tan alta como Joaquín Guichot...

QUÆREBAM LIBRUM...

"Yo aguardo con amor un libro nuevo"

...Y rompí las albas cuartillas, inescritas aún. Temí mancharlas con sólo el vaho de un pensamiento mío —quiero decir vulgar...— Y luego, a hurtadillas de mí mismo, escogí otras nuevas; y la pluma rasgueó sobre ellas, rauda y azorada, cual si cometiera un pecado... Y de la palabra vinculadora y sacrificante—«¡nunca más escribir!»—¿qué se haría? ¿Quedaría incumplida la promesa aquella, que dictaron por igual un desgarramiento de ilusiones y un vencimiento de vanidades? ¿Para qué reanudar las inquietudes, las preocupaciones de toda prerrevelación?; ¿para qué renovar ese raro pesar de remordimiento, que he sentido siempre después de haber publicado un escrito mío —y como tal inútil—? ¡Tan bien como estaba contemplando el lento y rítmico, a veces voltario y loco, desgranar de los días y de las ideas...!

...No sé si se habrá escrito algo sobre esta obra admirable, encantadora, sublime y sencilla al par, de uno de los más grandes poetas y pensadores de la España actual... ¡Hay tanto tiempo que no leía, que no literaturizaba nada, que me contentaba con vivir la novela de mi vida...! Después de todo, así tengo un pretexto. De todas maneras, mi orgullo y mi timidez, mi erudición y mi ignorancia, acopladas en extraño consorcio, habrían de trucidar la espontánea inventiva de mi espíritu con aquel su preocupado preguntar: «¿se habrá dicho ya por alguien?» ¡Oh, la soberbia de los humildes, que nos hace creer que todo cuanto podíamos decir y realizar, está ya dicho y realizado, o se pronunciará y verificará, y mejor que nosotros podríamos hacerlo! ¡Maldita erudición, que siegas en flor la ilusión-anhelo, la idea-fuerza de creernos originales!...

Escrita esta obra hace dos años, publicada hace uno—en edición elegante que invita a leer—, yacía sobre mi mesa, en el olvido inconsciente de los días venturosos, hasta que... un día empecé a leer... Llevaba leído tan sólo algunos fragmentos, y no pude contener el ansioso y anhelante expandir, el tumultuario desbordarse del ánima inquieta... Gozaba en aquel momento la pura y peregrina y severa y desinteresada alegría de ver concretados mis ensueños intelectuales, mis proyectos ideológicos, en una realidad insuperable. Se había operado el milagro de convertir las ideas, que danzaban con vagaroso ritmo y se desgranaban con una infinita melancolía otoñal, en una realidad viva, fecunda, armónica, plena... Rompí lo que tenía escrito, inútil ya... Olvidé... lo prometido. Y por un instante, quise volver a la luz pública... Pero la pluma, entullecida hacía algún tiempo, no acertaba a traducir las vibraciones de mi espíritu... Y si no rompí estas cuartillas, fué porque quise decir en alta voz, para que de todos fuese oída, mi gratitud...

Pero yo estoy escribiendo, y estoy escribiendo para el público, y yo no debía ni escribir, ni publicar. Perdonad. Quise darle las gracias al artista supremo que supo adivinar y plasmar tan maravillosamente las ideas vagas, los sentimientos confusos, las sensaciones imprecisas, que emergían o advenían, danzaban y desaparecían en locos torbellinos o en lentas esfumaciones por sobre mi espíritu abúlico y visionario... ...Quise decir en alta voz, para que de todos fuese oída, mi gratitud y mi admiración al noble y altísimo señor del pensamiento y de la palabra que me hizo el regalo de este libro... Y como no sé dónde vive ni he curado de saberlo, le envío mi saludo de gratitud en la forma pública, telepática, panteística del anonimato. Así es probable que nadie se entere. No hay modo mejor de guardar un secreto—sobre todo en España—que el publicarlo con letras de molde. Así es posible que alguien al leer estas

líneas, lea también la obra aludida, y prenda, engarce, funda, enracime su gratitud con la mía, que el aria se transforme en coro... Mas... Me han dicho tantas veces que mi gusto es tan raro... Lo mejor será no recomendar nada, que lo descubra quien así lo desee... Así el placer será mayor... Pero que nadie deje de leer esta obra admirable de uno de los poetas y pensadores más grandes de la España actual.

El libro del amigo

«...Y pienso en el libro que ha de venir, el que todavía no me embarga, el que puedo imaginar a mi gusto, el libro ideal».
(Juan Maragall).

...Fué este año para mí el libro de las ideas... de mi amigo... El libro del amigo fué el libro ideal...

Llegó a mis manos, preludiando la primavera, como el saludo ideal de un espíritu amigo, lleno de ciencia y sabiduría. El libro quedó entre las manos, y el alma quedóse suspensa... La frente pensativa de tanto pensar no halló el pensamiento... Los ojos miraron a la lejanía sin ver a la imagen... El oído escuchó a lo lejano sin percibir la música... Los labios permanecieron entreabiertos, como si no acertaran a articular el verbo... El verbo, la música, la imagen de la idea... Las manos dejaron el libro... El libro quedó sobre la mesa... Y el alma se fué hacia las nubes por saludar al amigo...

Pero... los días pasan y las ideas no se posan... Al llegar el libro del amigo, como heraldo de la primavera, mis ideas se sintieron aladas. Abandonaron su nidal; revolaron, primero, por ensayar; y, luego, se lanzaron al espacio, como pájaros que se sienten ya con alas.

Así fué para mí, en este año de gracia, el libro del amigo.

El libro... del amigo... ¿Hay título más hermoso?... Un libro que es «el libro»... y de un amigo que es «el

amigo»... Un libro que es un constante y fiel amigo; y un amigo que es como un libro... Y este libro del amigo, es un libro con ideas; y el amigo, un amigo del alma... de las ideas... Alma que conocimos y estimamos como hermana de nuestra alma; por aquello que hermana las almas: la ideas... Ideas que riman con nuestras ideas, y tienen un ritmo igual: que cuando no coinciden se compensan, y cuando divergen son como aquellas ideas nuestras que ahora no pensamos ni sentimos, pero que sentimos y pensamos una vez por lo menos en nuestra vida... Ideas... Alma... Alma de las ideas: ideas del alma... Alma que se ha hecho idea, ideas que tienen un alma... Alma de la vida y vida del alma... Ideas... Ideas que un día dieron vida y fueron el alma de un libro... el libro del amigo... El libro que fué un presente primaveral para mi alma... El libro ideal que en mi alma despertó las ideas que dormían...

Pero los días pasan y las ideas no se posan... Mi alma se fué hacia las nubes... y aún no ha descendido.

Ello fué por obra y gracia del libro del amigo.

Al leer un libro, leemos el libro de nuestra alma, de nuestra vida, de nuestras ideas. «La idea de que los libros son verdaderos amigos está siempre en el alma de aquellos que aman la lectura»... «Aquel que ama un libro jamás dejará de tener un amigo fiel». Libro amigo, libro íntimo, libro nuestro; libro que creemos poder escribir, libro que despierta en nosotros las mismas ideas que animaron la vida y vivieron en el alma de su autor, nuestro amigo...

He aquí cómo, he aquí por qué el libro del amigo llegó a ser el libro amigo.

"Yo guardo con amor un libro viejo"

Cuando por vez primera pensé escribir del «saber sevillano»—fué después de la feria—no pude imaginar nunca que en el rosario de los días la cita del verso primero de la poesía inmortal de don Marcelino Menéndez y Pelayo, llegara a resonar en mi alma con un eco tan triste... ¿Quién me diría que aquellas miríficas y emblemáticas palabras, escogidas como viviente lema, tendrían ahora la actualidad de un recuerdo doloroso, la trascendencia de un símbolo, la significación profunda, el sentido recóndito y arcano de un enigma, por el misterio que en la vida siembra la muerte? ¡Qué misteriosa hace la muerte a la vida! «Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra, hay más de lo que puede soñar tu filosofía». Sin retórica, sin literatura, sin ficción alguna, cuánta poesía en la vida... Basta que hablemos con el corazón... Y lo sobrenatural nos parecerá natural; y lo natural, sobrenatural.

Ved. Había pensado escribir del «saber sevillano», como ya lo había hecho de nuestro arte. Como principal tema de la ciencia sevillana había escogido «el libro.» Y, como lema de mi divagación, las palabras del más grande amador—poeta y sabio—de los libros, de nuestro primer bibliófilo humanista, el gran erudito, crítico e historiador de nuestra alma. Ha bastado que este espíritu insigne haya pasado del mundo de las formas—de las letras y de las leyes—al de las esencias—al mundo divinal de las ideas—; ha bastado que el espíritu ilustrado, y lustrado por la gracia, haya sido por Dios iluminado, para que mi divagación tenga un nuevo sentido y mi corazón un nuevo sentimiento. ¿Quién me diría, cuando por vez primera pensé escribir del «saber sevillano», que todo cuanto yo dijera había de resultar pálido comentario y desvaído análisis de esas mágicas y definitivas pa-

labras—digno remate de una vida consagrada al estudio; firma, rúbrica y data de una labor sin igual; maravilloso colofón de una obra inconcluída—con que don Marcelino Menéndez y Pelayo glosó y cerró, en un punto, el libro glorioso de su vida? «¡Qué lástima morirse cuando queda tanto que leer!»

El *maestro* siempre niño se ha dormido... Aquellos ojos de mirar ingenuo y dulce, se han cerrado para siempre... Ojos de sabio y de poeta, ojos de niño, que nada sabe del mundo porque todo lo aprendió en los libros. Aquel andar inconsciente de niño que sueña, ha sido interrumpido... Andar indeciso, temulento, a pasos menuditos, de hombre que va por la vida distraído y abstraído, como si toda la tierra fuera una biblioteca, y en ella viviera encantado como un niño que leyera un libro de cuentos. Aquel balbucear, lleno de emoción, como balbucearían en el piano las notas de Beethoven—el sordo genial—, como balbucearía la lengua castellana en la boca de Cervantes—el genial tartamudo—; aquel balbucear lleno de unción, ha dejado de oirse... Balbucear del genio, de poeta inspirado, de místico en éxtasis, del alma arrobada en la contemplación de la verdad eterna, de la belleza infinita, de Dios.

El maestro siempre niño ha muerto... Ha muerto en soltería, como Costa murio solitario, en esta nuestra España, la de las tristes soledades... Y eso que don Marcelino pasó por Sevilla.

He aquí que el maestro ya no está entre nosotros... Maestro fué porque no dejó de ser nunca niño, porque mantuvo siempre viva en su espíritu la santa curiosidad de los niños. Por esta virtud, que es inocencia de la razón y da conciencia a la fe, fué sabio y fué poeta, poeta de la sabiduría, maestro del *gay saber*. Y porque fué maestro sin dejar de ser niño, él nos enseñó, él hizo la historia—ya que para el espíritu sólo existe lo que el espíritu conoce y ama—; él

nos enseño, él hizo la historia de la España ideal: la historia de nuestras creencias, de nuestros sentimientos, de nuestras ideas, la historia de la religión, de la poesía, de la ciencia española. En esta España sólo hacen patria los que la estudian, los que la sueñan, los que la escriben... En esta España de los hombres prácticos, de los jóvenes que envejecen a los veinte años, donde todo el mundo es docto... y todo el mundo... doctor, sólo son poetas, sólo son sabios, sólo son maestros, los que no han dejado de ser niños.

Maestro, maestro de maestros, haz que tu ejemplo y tu labor perduren; haz desde tu nueva patria, que España sea una patria de niños, donde la vida, la ciencia, la poesía, la religión, la historia, no sean «vanidad de vanidades, y todo vanidad»—execrable y senil lamento de nuestros *vivos*—sino «plenitud de plenitudes, y todo plenitud.»

El libro de mis amigos

Amigos, vuestra mente con sus dones
las Gracias, compañeras de la vida,
por fácil lleven y apacible senda...
(*M. Menéndez y Pelayo.*—«Carta a sus amigos de Santander».

«*Estoy muy agradecido a los buenos amigos que...*
han cooperado a la publicación de este libro...»
(*Juan Maragall.*—Prólogo al libro de sus «Artículos».)

...Hace siete años que, todos los Viernes Santos, oído el Sermón de las Siete Palabras, paseaba con uno de mis mejores amigos por las orillas del Guadalquivir y por los alrededores de la la Giralda—el río y la torre, la corriente y la altura, el espejo encantado y la mística escala de la *Ciudad de la Gracia*...—Este año, azaroso, nublado y adverso, preñado de tristes presagios, lejos del hogar amado y de la ciudad soñada, el alma recuerda con pena, en este santo día y en estas horas litúrgicas, la vieja conseja aprendida una noche lóbrega y fría, noche sin horas, inacabable, decembrina... La vieja conseja del tantá-

lico castillo, del *Castillo de irás y no volverás*... ¡Semana Santa sin Pascua florida! ¡*Hosanna* del Domingo de Ramos que no espera el *Aleluya* del Domingo de Resurrección!... Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero no obstante, hágase, no mi deseo, sino tu voluntad... Y como el Angel en el Huerto...; como las lucecitas lejanas en los cuentos de hadas, es esta mi noche obscura del alma...; como el Cirineo en la calle de la Amargura..., tal ha sido para mí, amigos míos—iluminados por *Ariel* y en vuestro *Interior* emocionados—, tal ha sido para mí vuestro regalo, hermanos míos...

Desde aquel mensaje vuestro—recordatorio de una lectura y anuncio de otra que fué su acordada rima—mi alma esperaba... no sabía qué... ¿Un libro acaso?... Sí, tal vez... Acaso un libro... ¡Un libro!... Coincidencias: Por aquellos días leía por vez primera el nuevo libro del autor de *Le trésor des humbles,* de *La Sagesse et la Destinée,* de *Le double jardin,* de *Le temple enseveli*... y releía algunos de sus dramas y los prólogos que puso a las obras de Novalis y de Ruysbroeck... Pero... el diario de mi ideario sentimental, había sido interrumpido...—¿para siempre?...— Había sido interrumpido por penitencia y como mortificación expiatoria. Era la Cuaresma, se acercaba la Semana de Pasión y aún perduraba en el alma el Carnaval... Un remordimiento punzador y tenaz—con filo de puñal y giros de tornillo...— La conciencia, jamás dormida, multiplicaba sus ojos acerados al rayar el alba y al ponerse el sol... En las entrañas sentía una sensación de agudo frío y de total abandono... como si el pasado volviera... hecho juez y verdugo... Algo misterioso, maeterlinkiano...

Entonces hice examen de conciencia, y un acto de contrición. El «yo pecador» de aquella confesión tenía algo de *vanitas vanitatum;* pero para el pecador no era todo vanidad... Más tenía del *memento homo,* y mucho más del *Miserere Domine*... Y una tarde de

Marzo, la corriente de un regato, formado por el agua de las nieves, arrastró hacia lo incógnito las hojas inéditas de mi breviario... «Las glosas desglosadas del pasado invierno», que hablaban de la ascensión penosa de los primeros días del año, de las locuras del olvido y de la sensualidad del segundo mes; de los ayunos y de las lágrimas del mes de cuarenta días... Breviario, que, al final, se convertía en devocionario, para guardar entre sus hojas una pasionaria. (Una «Rosa de Pasión»—crepúsculo del Jueves Santo—ha sido la simbólica flor que me ha ofrecido la presente Semana Santa; como la simbólica luz de otra Semana Mayor, fué para mí la de la «Luna de Parasceve»—madrugada del Viernes—). Todo, todo lo escrito fué borrado por el agua corriente del deshielo... Pero algo estaba escrito en el cielo... Y eso solo quedó.

...Dios debió aceptar mi sacrificio... Llegó el día de la vara florida: el día patriarcal de San José, «día de invierno, aureolado de primavera, esperanza de luz». Y nada vino... sino el dolor de la ausencia... Pero todo estaba por venir... Y llegó el Jueves Santo... Y todo fué... Todo fué cumplido... Y nada quedó por hacer... Compensaciones: en vez del diario interrumpido, escribo ahora este mensaje...

Al llegar a este punto me faltan palabras para decir lo que creo inefable: los sentimientos que en mí ha despertado el don de mis amigos; la gratitud que les profeso... ¿Y cómo decir las ideas que me ha sugerido el libro de mis amigos, para que no pierdan el áureo y etéreo polvillo de sus alas?

¿No es verdad que se piensa... sin pensar... en lo impensado?... Lo interior y lo ingrávido... El misterio inefable y profundo del místico moderno, y el genio del aire, el ángel alado del simbolismo shakespiriano...

Un día primaveral, en la *Ciudad de la Gracia* la biblioteca *Ariel* publicó el drama *Interior*... En el *ex-*

libris, el puente de plata de la ilusión se tendía entre la fuente de Juventud y la escalinata del palacio encantado. En el *ex-libris* había una leyenda que decía *Vitam impendere arte.*

A los que en «la noble y opulentísima Sevilla» estamparon—grabaron e imprimieron—sus afectos y sus talentos en este libro primaveral, mi gratitud... Gracias, amigos míos; amigos, que un día lo fuísteis y que todavía lo sois, gracias.

De la Región Mariana

(Comentarios íntimos: Crónicas & Criterios)

Región Mariana... Tierra de María... La Mariánica... *La tierra de María Santísima...*

¿Recordáis la «colección de cuadros andaluces» que escribió Benito Mas y Prat e ilustró José García Ramos? Esta obra, que es un acabado ejemplar de la literatura pintoresca y legendaria—de las escenas y costumbres tradicionales, de los tipos y paisajes nacionales y regionales—, ha sido el libro de toda una época—hizo época y fué señal de ella—, y ha llegado a ser el citador clásico de cuanto hay de típico y de castizo en nuestra tierra. «El libro, no es la apoteosis de ese *flamenquismo* que ha invadido la corte y algunas provincias de España... El *flamenquismo* no es el *andalucismo.*» En *La tierra de María Santísima* se quería mostrar la Andalucía verdadera, más bella que la convencional, descrita por Byron, Dumas, Gautier, Amicis...

El dualismo, la escisión—en la visión y acaso también en la vida—de Andalucía ha persistido... No hace mucho se dió en hablar de la Andalucía trágica... cuando el soplo de la tragedia había pasado ya por los campos andaluces... Hoy hay también, al lado de una realidad andaluza, un ideal andaluz, la idea de una Andalucía ideal; pero ésta no se pretende ofrecer como una visión del presente, sino como un presentimiento del porvenir.

VANDALIA LA BIEN PARECIENTE

Andalucía ha sido imaginada como el campo que rodea—el paisaje que sirve de fondo—a la *Ciudad de la Gracia.* Bien sabe este «apasionado, embriagado, borracho de su Sevilla»—como decía Vargas Ponce del Br. Luís de Peraza—que en Andalucía hay muchas ciudades; pero sólo la que es llena de gracia, y por la gracia es entre todas, es para él la Ciudad... Cádiz, Córdoba, Granada... nos sugieren el proteísmo de la naturaleza andaluza, y nos recuerdan la varia Andalucía de los Taifas. Mas para. considerar a Andalucía en su unidad hay que pensar en Sevilla...

Esta Andalucía—la bien parecida—es la Andalucía de todos. Es la que todos vemos y vivimos, cuando vivimos ingenuamente en la creencia de que no hay distinción entre la apariencia y la realidad. Y así basta verla para ver que es bella, sin necesidad de una quimérica visión.

La bella realidad andaluza había sido estilizada por el enamorado soñador de la *Ciudad de la Gracia;* pero lo había sido en una íntima correspondencia de amor.

Y únicamente cuando perdido el oriente de su amor—su centro sentimental—recorría la tierra andaluza en busca de un asilo de paz para su alma enferma, se cuidó de publicar sus impresiones de viaje, para informar a la ausente de su itinerario a través de las ciudades y de los campos, de las playas y de las sierras, de la Tierra Mariana.

ENTRE LA CIUDAD Y EL CAMPO

Nuevas perspectivas

Hoy puedo decir de nuevo que he sido ciudadano del ensueño, porque a mi ciudad la he vuelto a ver entre su pasado y su porvenir...

Entre su pasado y su porvenir no meramente cronológicos, sino geográficos: porque la intuición dinámica (¿musical?) del tiempo—entre el recuerdo y la esperanza—me ha sido dada en una forma especial, se me ha hecho presente en la plasticidad de un plano estático—entre el pasado monumental y típico de los edificios y calles de la ciudad y el porvenir urbano de sus alrededores...

«Primeramente me puse delante del plano de la futura ciudad diseñado por un soñador, por uno que no es arquitecto profesional...»

Lo que es el plano al plan es el proyecto al propósito. En el plano y en el proyecto cabe ya el arte, que en el plan se reduce a una belleza lógica y en el propósito a una belleza moral. Discurriendo al uso conceptista, diríamos que en el plano hay la horizontalidad de un recuerdo, el reposo de lo que ha pasado; y en el proyecto late la verticalidad de una esperanza, algo se alza en él como una promesa.

Hay planos y proyectos de edificios; y hay planos de ciudades delineados *a posteriori*—como los mapas de una región o de todo el mundo—; y hay proyectos municipales...; lo que no ha habido, hasta nuestros días, han sido proyectos de arquitectura ciudadana.

Las ciudades antiguas, fundadas según un ritual sagrado—como las ciudades medievales, conservadas cual refugios o asilos—tenían prefijado su cen-

tro, el hogar ciudadano—el templo, el palacio, la plaza pública—, y sus límites, el surco liminal, indicador del recinto, sobre el cual habían de elevarse las murallas. Lo demás quedaba confiado a la espontánea edificación, a la particular iniciativa de cada familia, de cada casa: de un grupo, de una entidad o de un individuo.

Salvo contadas excepciones el crecimiento urbano se ha verificado, y se verifica, a la ventura, de una manera inorgánica, por simple agregación material. Pero modernamente se nota una tendencia teórica—sistematizada en la llamada disciplina *Cívica* y práctica manifestada en leyes, congresos, exposiciones, &—, que pretende elevar la espontaneidad mecánica de la construcción a espontaneidad artística. Y de ahí los proyectos para «transformar un barrio viejo de modo que satisfaga las exigencias de la vida actual»; para «agregar un nuevo barrio a una ciudad antigua», y para «crear una ciudad de nueva planta»; que son los tres casos que pueden presentarse en el problema de la construcción cívica.

Las ciudades como Sevilla—de un pasado glorioso que reverdece por doquiera que la vida cotidiana se aquieta, y de un presente risueño, abierto a infinitas perspectivas; donde es típico el arte y lo castizo pintoresco; cuya historia se ha convertido en leyenda para mejor conservarse en la red de las calles y en los vanos de las casas, y cuya topografía es tan llana como su alma, sensible a todas las innovaciones—; las ciudades como Sevilla, ¿cómo han de renovarse? ¿cómo han de renovarse si no es saliendo fuera de sí?

Para orientarnos en esta renovación hemos comparado el *esquema indicador* de la Sevilla monumental y artística diseñado por don Alejandro Guichot con el *anteproyecto de reformas urbanas* que una vez nos abrió las ensoñadas perspectivas de la Sevilla futura. Y así hemos tornado a entrever a nuestra ciu-

dad entre su pasado y su porvenir...; porque hemos visto cómo el centro ciudadano irradia hacia la periferia, cómo la ciudad se explaya y proyecta en sus afueras, y cómo los arrabales convergen hacia ella...

«Después fuí a recorrer la ciudad del pasado. Me gusta perderme en este laberinto hasta sentirme preso en su atmósfera y vivir en mí la vida quieta».

El pasado de Sevilla, ¿se va para no volver... o es un pasado que vuelve? Hay algo que debía permanecer siempre, y parece que se nos va yendo, o que lo vamos mudando; y en cambio, algo que no cambia debía haber desaparecido.

Un barrio típico—el de Santa Cruz—ya no es... como era; ya no existe... como el laberinto del Alcázar... Han derribado el muro misterioso que lo cercaba... como derribaron las murallas—y las puertas que circundaban a Sevilla...—¿Y los demás barrios?

Como al poeta, a mí me gusta también perderme en este laberinto de las calles en sombra, de las plazas soleadas... Quisiera recorrer, uno por uno, todos los rincones del antaño legendario y poético, para recordar la vida, el encanto peculiar, el matiz característico de cada uno de estos barrios: silenciosos y aristocráticos unos; levíticos y burgueses otros; alegres, bulliciosos, con una cadenciosa algarabía aquéllos...

Mas no es esta ocasión ni lugar para hablar de ello. Hoy hemos vuelto a contemplar el pasado, no para adentrarnos y detenernos en él; sino para aprender y seguir las vías que le circunvalan.

«Al fin este barrio que va a morir me agobia y me enternece, y me voy. Me voy, necesito salir, salir a las vías más anchas».

Los tranvías circulan por Sevilla—como la sangre por el corazón—describiendo una figura igual a la emblemática madeja del NO8DO. Esto los de circunvalación. Los de irradiación, los que van del centro a los puntos cardinales de la periferia—líneas del Cementerio, de la Venta de Eritaña, de la Cruz del Campo, y las de Triana—van indicando las posibilidades del ensanche ciudadano.

En el interior, los tranvías sólo sirven para dar vueltas, para alejarnos del corazón de la ciudad, y a lo sumo para enlazar los barrios extremos... Algún día nos llevarán a alguna parte—de un sitio a otro—por el camino más corto y directo, y enlazarán los pueblos limítrofes entre sí y con la metrópoli. Hoy sólo se toman como un motivo para pasar el rato, para divagar... alrededor de los barrios típicos y alrededor de la ciudad...

«¿Marchará la ciudad hacia Poniente en vez de ir hacia Levante?»

Parece que las ciudades crecen siguiendo la marcha del sol... He aquí un hecho tan lleno de sugestiones como una hipótesis peregrina, como una bella teoría... Es una nueva alusión al viejo mito solar... La expansión urbana acordándose con la rotación del orbe; la arquitectura ciudadana desenvolviéndose como la historia de la civilización, siguiendo «la carrera de la antorcha»—luz de Apolo y fuego de Prometeo...— De oriente a occidente...

Es curioso observar en algunas grandes poblaciones que las barriadas obreras, los establecimientos fabriles, las grandes explotaciones industriales, suelen hallarse situados por donde sale el sol; y, en cam-

bio, los barrios aristocráticos, los jardines y paseos públicos, los parques modernos se alzan por donde el sol se pone.

Flanmarión ha puesto de relieve la influencia de la luz en la construcción de las ciudades. «Estas—dice—se ensanchan en sentido occidental». Recuérdese cómo han ido dilatándose París—desde la montaña de *Sainte Geneviève* a la isla de la *Cité*, primero, y después hacia los Campos Elíseos y el Bosque de Bolonia—; Londres—desde la *City* a *Westminster*, con su *Oxford Street* y el *Hyde-Park*—; Berlín—desde la primitiva *Kölln* al *Thiergarten* y a *Charlottenburgo*, a través de la *Unter den Linden*...—«La misma observación puede referirse a otras capitales como Viena, San Petersburgo, Turín, Lieja, Tolosa, Montpellier, Caen, etc., y hasta Pompeya»... Madrid mismo, que siempre ha ido formándose desde el Palacio de Oriente al cementerio del Este, rectifica ahora su ruta y se dirige hacia el Parque del Oeste...

«¿De qué procede semejante tendencia?—se pregunta el ilustre astrónomo ya citado—. Un caso tan general no puede depender de la casualidad». ¿Es el curso de los ríos o la dirección de los vientos y mayor pureza del aire, la que empuja, encamina, endereza a las ciudades hacia el ocaso del sol? No. Porque ni los ríos corren todos en el mismo sentido; ni los vientos soplan de igual manera en todas partes... El autor de *Los mundos imaginarios y los mundos reales*, en su tratado de *La atmósfera*, explica este fenómeno por la atracción de la luz: por la influencia que ésta ejerce en los hombres como en toda la Naturaleza.

«Obsérvese que las personas acomodadas suelen pasear por la tarde, y no por la mañana; y ¿dónde dirigen sus paseos por la tarde, desde cualquier punto en que se encuentren? Siempre en busca de los bellos espectáculos que ofrece el cielo al ponerse el sol.»

¿Y esta *Ciudad del Sol,* que es la *Ciudad de la Gracia,* cómo gira en torno de la luz solar? ¿En qué sentido se va ensanchando Sevilla?

Sevilla se va ensanchando... Se van ensanchando las calles y estrechando las casas. Pero aún el Concejo—el Consejo—de la Ciudad no se ha preocupado seriamente de ir ampliando el radio de su municipalización.

Sevilla se va ensanchando... Al parecer, hacia el oriente. Hacia el oriente se abre la calle que fué llamada del *Ensanche.* Y alrededor de la *Florida* se han ido construyendo viviendas para las clases pudientes y acomodadas: villas y quintas de futuras avenidas.

Como un curioso contraste (de esto... y de lo otro), allá hacia el ocaso se alzan las fábricas del alumbrado, y en la otra orilla del río la fábrica de *La Cartuja.* El Guadalquivir va describiendo de N. a S. el contorno occidental de Sevilla. Diríase que señala los límites de la expansión ciudadana...

Sin embargo, algo nos advierte que en nuestra ciudad no ha de quedar incumplida la ley que parece presidir al crecimiento de las grandes urbes modernas.

Las barriadas obreras, los grandes almacenes, la zona fabril, en suma, que va determinando el progreso técnico y económico de Sevilla, se hallan situados casi en su totalidad en la ronda levantina, en los suburbios de la solana.

Los barrios aristocráticos, no en el sentido de que en ellos resida la aristocracia, separada de las demás clases sociales—supuesto inadmisible en estos tiempos, y más aún en esta ciudad donde es tan frecuente ver alternando las casas de vecindad con los palacios nobiliarios—, sino por el mayor refinamiento y aristocratismo de su urbanización; los barrios elegantes y distinguidos, los parajes de más intensa y animada vida pública, se encuentran en el sector occidental de Sevilla: a la izquierda de una línea que en-

lazara la Giralda con las columnas de los Hércules, y por el sur se prolongara hasta la orilla del Río.

En cierta ocasión recordamos la frase que inspiró a Alfredo Murga el paseo de coches de la orilla del Río. ¿Por qué se diría que los coches forman el cortejo fúnebre que asiste al entierro del sol? ¿Por qué esta tristeza? ¿Es el pasear en coche causa o producto de ella? ¿Será por ventura dicha melancolía un efecto de perspectiva? Desde el centro de la Avenida, en efecto, no se ve el sol de la tarde, ni la espléndida magia del crepúsculo...

Recordemos a Flanmarión. Y procuremos orientarnos, es decir, occidentar el paseo vespertino...

Un ilustre ciudadano del ensueño ha llevado hacia la otra orilla los jardines y parques, el campo de ferias y festejos, la ciudad de recreo de la Sevilla nueva...

Así... se irá ensanchando Sevilla hacia la otra orilla, siguiendo la ruta del sol...

«Lo que es excéntrico vuelve a su centro...»

Alrededor de la ciudad, si Triana se hubiera extendido—desde Los Remedios a La Cartuja—, siguiendo la curva que el Río describe al abrazar a su amada, el arrabal enmarcaría a Sevilla como el arrabaá que recuadra un arco de herradura.

Si algún día se ensanchase Sevilla en relación con el nuevo puerto—tal como aparece en el anteproyecto de un prócer soñador—la ciudad sería el arrabaá del arrabal...

Triana ha sido siempre divisada en perspectiva por el divagador; se le ha mostrado siempre como un presente lejano, como el presente de un recuerdo perenne, como el presente de una promesa fiel... Lazo de unión entre la pretérita ciudad evocada y la futura ciudad del ensueño...

Cuantas veces ha contemplado a Triana ha visto a su ciudad entre su pasado y su porvenir...

¡Qué extraña manera de discurrir me ha dado! Es lo que tiene hacerse ciudadano del ensueño, como yo me he hecho hoy.

Más de uno será el que diga que estos son sueños... Y acaso alguien, que allá en el fondo sea también un soñador, me pregunte la razón de mi soñar... mas hoy sólo he querido indicar algunas perspectivas... Otro día... Mejor, otras personas más competentes pondrán de relieve, darán realidad a las imágenes del sueño...

La madre vieja

«La ciudad se sale afuera estirando sus anchas vías para abrazar cuanto le rodea: pueblos, ríos, montañas...»

Ahora que los sevillanos sueñan con una Sevilla nueva, y por ella trabajan, no estaría de más recordar brevemente lo que fué aquella que se ha llamado—por Rodrigo Caro, entre otros—«la Sevilla vieja.» Y esto, no sólo por razones sentimentales, por curiosidad erudita; sino por motivos ideales de alta política.

Sevilla necesita irradiar para vivir... Y el término municipal de nuestra ciudad es ya insuficiente... Sevilla necesita un campo que urbanizar y un campo que cultivar... Y sólo puede hallarlo en sus alrededores. Todo cuanto rodea a Sevilla—como lo que de su corazón irradia—evoca un recuerdo de gloria y poesía.

Uno de los sueños más acariciados en nuestra ciudad es el de un plan «de urbanización de sus alrededores»... Y en uno de los proyectos de reformas de Sevilla se pretende orientar el ensanche hacia el occidente, por una y otra orilla del Río, por donde se abre la Corta, y por donde se abría la *madre vieja...*

Al otro lado del Río «fué *Itálica famosa*»... ¡Itálica!... Itálica fué—quizás—no una ciudad aparte, sino la villa de recreo, de placer. «Pompeya bética, ciudad

de los deleites, población de lujo»; el Versalles de la antigua Hispalis...

En el camino—histórico y geográfico—de Itálica a Sevilla alzáronse, al finalizar la Edad Media, una Cartuja y un Monasterio, hoy también en ruinas, en ruínas de lo que fueron. El Monasterio de San Isidoro del Campo—fundado por el noble Guzmán el Bueno para honrar la memoria y los lugares en que vivía San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y embellecido por el genio de Martínez Montañés—. ¡Sublime y simbólica trinidad del sabio, del héroe y del artista! La Cartuja de Santa María de las Cuevas, que el siglo XIX convirtió en una famosa fábrica de cerámica...

Y al poniente de la vega trianera—la tierra en donde las tradiciones orientales sitúan el Jardín de las Hespérides y de los Campos Elíseos y la Huerta de Hércules; el paraje que los latinos llamaron *Vergentum* y los árabes *Alxaraf:* el Aljarafe, tierra de promisión...—la ciudad de recreo de la futura Sevilla...

Con un poco de fantasía podemos ver cómo la «madre vieja del río» se prolonga, y enlaza las dos mencionadas poblaciones de recreo, y viene a ser como la línea ideal del futuro perímetro que, por el ocaso, ha de ofrecer Sevilla.

Así podría suceder que aquella que Rodrigo Caro llamó la «Sevilla vieja» se convirtiera, por misterioso destino, en una parte de la Sevilla nueva. Se habrá cumplido el deseo de nuestros abuelos de fundar sobre las Ruínas de Itálica una población que había de llevar el nombre de *Itálica-Isabelina...* Y los versos del poeta que evocaban las «mil sombras nobles de la gran ruína» habrán sonado como un mágico conjuro que tuviera la virtud de revivir lo pasado.

La expansión urbana

Ved cómo el tema de «las reformas» que implica la arquitectónica ciudadana, se convierte en el de «los ensanches», cuando se trata de la expansión urbana.

El concepto básico propio del orden constructivo —el de la edificación material y moral—es sustituído así por un principio de física y de química—hoy aplicado también a la biología—el de la exósmosis y endósmosis. Una conferencia pronunciada en el Ateneo de Sevilla por el profesor Joldi—docto catedrático de Química inorgánica—sobre «crecimientos osmóticos», nos ha revelado nuevos puntos de vista y nos ha sugerido una explicación científica de un fenómeno social, sociológico, esbozado, no hace muchos días, por dos cultos notarios—los señores Gastalver e Infante—en sendos artículos que han visto la luz pública, en una revista andaluza, bajo el epígrafe de *La Ciudad y el Campo.*

La ciudad y el campo

Acerca de las relaciones entre la ciudad y el campo hay una riquísima bibliografía. Algunas obras clásicas pueden citarse de la literatura propiamente artística. Recordemos, entre otras, la novela de Eça de Queiroz: *Las ciudades y las sierras.* En ella se presenta un caso moderno de la doble corriente migratoria, que va de la ciudad al campo y del campo a la ciudad.

En este flujo y reflujo hay una especie de vuelta a la naturaleza; mas no a la manera arcádica, rousseauniana, de Ruskin o de Watteau. La ciudad no ve en el campo la campiña; no busca en él la tierra que ha de ser cultivada, sino un mayor espacio donde rendir culto a la ciudadanía... La ciudad vuelve a la

naturaleza para colonizarla, civilizarla, urbanizarla, municiparla; y en ciertos momentos históricos, para purificarse, para orearse y embellecerse.

El expandir urbano no se reduce al mero crecimiento de la urbe como ciudad material—que esto era lo que significaba la urbe en la ciudad antigua, según Fustel de Coulanges—tiende además a su difusión, como vaso espiritual, germen del estado, sede de la civilización, nuncio de la cultura. La campiña se transforma en campos de ferias y festejos, de parques, que se extienden por las afueras... Los pequeños poblados—villas, aldeas—dejan de ser regidos como pueblos para ser administrados como arrabales y barrios de la ciudad. Las lejanías se tornan cercanías...

Mas no siempre en este acercamiento, el agro ha de ser conquistado por la urbe. Si a veces la paz de los campos es turbada por el tráfico ciudadano con una tragedia análoga a la que epiloga *La aldea perdida,* en otras ocasiones la ciudad se allega amorosamente a la campiña, y se ensancha y engalana para recibir alborozada el deseo de salud que los valles y los montes, los árboles y los arroyos, le envían. Entonces la tierra verde es una promesa del aire puro y del cielo azul.

Precisamente, en aquellos períodos en que la corrupción de las costumbres y el desquiciamiento económico, el mal gusto y la falta de higiene han hecho que las aglomeraciones urbanas pierdan su valor como los «exactos exponentes de la civilización de un pueblo», o sufran detrimento en su eficacia «como instrumentos de cultura»; es cuando los hombres piensan destramar la ciudad y esparcir las viviendas por el campo, o traer el campo a la ciudad en forma de jardines...

A las ciudades talleres, a las ciudades almacenes, a las ciudades millonarias—las *Villes tentaculaires* de

Verhaeren—ha sucedido el ensueño de las Ciudades-Jardines de mañana.

La Ciudad-Jardín

...Las Ciudades-Jardines de mañana *(The Garden Cities of to morrow)...* Así han sido llamados los ensayos de una nueva síntesis ciudadana, de un nuevo tipo de ciudad, que se ha iniciado en Inglaterra, la patria ideal e idealista—aunque esto suene a paradoja en muchos oídos—de las más bellas y libres (Ruskin), de las más liberales y eficaces (George) reformas sociales.

El ensueño de la Ciudad-Jardín, como utopía de los tiempos presentes, se lo debemos a Ebenezer Howard. En un libro suyo, publicado hará unos quince años, formuló la concepción original de la ciudad como un vergel, donde los hombres trabajan y juegan y meditan y aman; y propuso por vez primera ese nombre que sugiere a la fantasía la visión del pensil encantado de los cuentos...

La idea inspiradora de la Ciudad-Jardín viene a ser una respuesta asertórica, tácitamente dada, al deseo implícito en la famosa pregunta gedeónica: ¿por qué no se harán las ciudades en el campo?

Las experiencias practicadas hasta el día de esta reciente civilización urbana, aunque muy llenas de promesas, no han pasado de pruebas parciales; porque se han limitado—salvo en el caso de Letchworth—a la jardinificación de los alrededores o de las villas cercanas a una población ya existente.

Y sin embargo, lo genuíno, lo entrañable, lo trascendental de la Ciudad-Jardín es el de ser una *ciudad,* no una villa, ni un arrabal; un nuevo modelo de ciudad, una ciudad ejemplar. Una ciudad de una sabia y sana, alegre y bella arquitectura; construída artísticamente según un plan trazado de antemano—y en esto se diferencia de las ciudades históricas—; pero susceptible de un desenvolvimiento orgánico,

armonioso, por su estructura cruciforme—de rosa en cruz—que la distingue de las improvisadas ciudades lineales de América...

El ensueño de Howard ha sido expuesto en España por el ilustre escritor Cipriano Montoliu; primero, en un folleto publicado por el Museo Social de Barcelona; luego, en un capítulo de su interesante libro *Las modernas ciudades y sus problemas a la luz de la Exposición de construcción cívica en Berlín,* dado a luz por la «Sociedad Cívica La Ciudad-Jardín», también de Barcelona. El programa de esta entidad y las obras mencionadas deben ser conocidos por todos los que sienten la preocupación ciudadana y sueñan a Sevilla como una Ciudad-Jardín.

¡Sevilla, la ciudad jardín! Así la habríamos invocado, si ya no la hubiéramos hecho con la gracia de su gracia... Así la hemos entrevisto en esta mañana de primavera temprana, como un rosario de rosas, rosa de los vientos elíseos; rodeada por el collar florecido de sus jardines, acariciada por el Guadalquivir, el ceñidor de las gracias... ciudadanas...

Sevilla se va ensanchando...

DE LA MARIÁNICA AL MAR

Para la Srta. Rosa González Quijano que añora a Sevilla en Santiago de Chile.

¡Ancha es Castilla! Ancha es Castilla... por Andalucía. Por Andalucía, Castilla se ha ido ensanchando hasta llegar al mar—y a Ultramar—. De mar a mar, desde el mar de los Pirineos a los mares del Estrecho, toda España parece converger hacia Andalucía, que viene a ser como la punta de ese escudo que figura el mapa de la Península, cuyo jefe son los antiguos reinos cristianos de la reconquista, y cuyo abismo, ombligo o punto de honor es la meseta central.

Y no sólo es Andalucía la llave geográfica de España; es también la clave ideal de su historia. Andalucía no ha dejado nunca de ser hispánica, a pesar de su fácil adecuación a la cultura de los pueblos invasores. Ha sido siempre la tierra prometida de todas las conquistas—desde las púnicas a las musulmanas—y de toda la Reconquista. Porque la Corona de Aragón derivó sus energías hacia el Mediterráneo y el Oriente, Andalucía fué castellana y Castilla ejerció la hegemonía. Pero ante el mundo entero Andalucía no ha dejado de ser nunca el símbolo vivo de toda España.

Sin ella, todo movimiento político y todo intento de organización nacional ha fracasado, como fracasaron las Comunidades de Castilla al comenzar la Casa de Austria, y como fué vencida la sublevación de Cataluña al advenimiento de la Casa de Borbón, y fué ella la que con la batalla de Bailén y las Cortes de Cádiz inició de una manera definitiva la independencia española y la era constitucional.

Este vaso de elección, que es Andalucía, sugiere la imagen, tiene el suave contorno de una copa de champaña... Y es tradición artística que el seno de la mujer, «copa augusta y dulce», fué el sagrado modelo del primer vaso... Andalucía es el seno fecundo de España.

Andalucía es un ideal. Por eso se ha podido hablar de «el ideal andaluz»...

Andalucía es una idealidad... Su alma es tan aérea, que mejor que de un alma andaluza debemos hablar de un aura de Andalucía: hálito de su alma y halo de su cielo, el mismo cielo azul de la Grecia y de la Magna Grecia.

Andalucía es el solar de una raza soleada, de una «razada solar». Razas diversas se hermanaron en nuestro suelo, al ser adoptadas por el padre sol. Un gran sedimento semítico hay en el fondo de las gentes andaluzas; pero la fuerza pasional de los semitas fué

serenada y contrastada con la energía inteligente que en nuestros antepasados infundieron algunos pueblos arios.

No olvidemos que en Andalucía hay un crisol, un fundente para las razas más eficaz que la historia, y es la tierra. En rigor, más que en una raza debemos creer en una tierra andaluza: en la región de los antiguos reinos del Andalucía.

Geográficamente, Andalucía ofrece todas las condiciones que puede reunir un país para servir de base a una región autárquica. Dos cordilleras y dos mares delinean con una admirable precisión el esquema de sus fronteras naturales. Dentro de estos contornos, una sorprendente variedad, una tradicional riqueza de aspectos y de medios de vida. Lo urbano muy densificado, y el agro como... una tierra de promisión, como una naturaleza demasiado abandonada a sí misma; naturaleza que espera ser cultivada, civilizada, y que aún hoy está demostrando que es una tierra que a sí sola se basta. Esta heterogeneidad es debida, sin duda alguna, a las diferencias existentes entre la dilatada vertiente meridional, por donde corren los ríos que desembocan en el Mediteráneo, y que podrían compararse a las existentes entre la meseta y la montaña de Castilla. Proteísmo que, lejos de ser un obstáculo para nacionalizar su regionalidad, creemos que ha de ser una de las causas más favorables para conseguir semejante resultado; porque «los estados nacidos en las zonas de diferenciación»—como dice Vallaux—tienen asegurada una vida más perdurable o una mayor posibilidad de renacer que las regiones poco o nada diferenciadas.

El Guadalquivir ha trazado la historia geográfica de Andalucía; es el río de nuestra vida que va a dar en la mar. Este río—que era «el último confín», el «lindal de la tierra», «el río de cauce profundo», el de color «rútilo» o «erítreo»—fué llamado en los tiempos históricos *Tartesso* y *Betis*, dando nombre a

la región que regaba; y en la época prehistórica corría hecho un brazo de mar entre las cordilleras Mariánica y Penibética.

Andalucía estaba unida al Africa, y por Africa a Italia. El hecho y el momento de la separación han sido simbolizados en una hermosa serie de mitos: el de Hércules, el de la Atlántida, el del Jardín de las Hespérides... Mitos que emblematizan pasadas revoluciones geológicas, y que a su vez pueden considerarse como representaciones alegóricas—y aun proféticas—de nuestra historia. De Hércules a Cristóbal Colón—del «Non plus ultra» al más allá—; de la Atlántida a América; de los diálogos de Platón al poema de Verdaguer, pasando por los versos misteriosos llenos de presentimientos de la tragedia de nuestro Séneca; de las Hespérides a este otro jardín de las áureas pomas que se llama Andalucía, donde los antiguos situaron los Campos Elíseos.

España, al comenzar el siglo XVIII, había perdido una de las columnas de Hércules—hecho que hoy se nos aparece como un anuncio de lo que había de acontecer con nuestro mundo colonial—. Y Andalucía sufre en su suelo una discontinuidad: la que representa Gibraltar, la *Española inglesa*.

Lo que es el curso del Guadalquivir en nuestra geografía, es la línea de la gracia en el genio y figura de Andalucía. La línea de la gracia corre entre el sentimiento de la dignidad caballeresca, la elación intelectual y la exaltada y exuberante fantasía—que corresponde a las cumbres de Sierra Nevada—y el sentimiento democrático y de independencia—voluntad llana y brava como la Sierra Morena—; y en ella —en la línea de la gracia—se funden las corrientes de nuestra sentimentalidad y de nuestro humor. La Mariánica y el mar han sido nuestras fronteras, nuestras ventanas...

El problema de las fronteras es el tema capital, el motivo-conductor de toda la Reconquista. En torno

de los «marcas» o «rayas» de los estados cristianos y musulmanes se desenvuelve toda la historia española de la Edad Media. Júzguese, pues, cuál será la importancia de este estudio respecto a Andalucía, cuando en aquel entonces se trataba para ella no de una mera demarcación departamental, sino de su delimitación como estado soberano (autóctono y autónomo); cuando la línea de sus confines era algo más que la línea formal que los mapas nos presentan; mplicaba la zona frontera donde disputaban con las armas, palmo a palmo y sin cesar, el límite de su poder político. Se trataba de una cuestión de vida y muerte: de la vida o de la muerte de su personalidad como nación...

Al terminar la Reconquista, el Andalucía quedaba como el sustentáculo de un grupo social, mas no político: conservaba la noción de «suelo económico», pero había perdido la noción de «suelo político.» Era una «patria chica.» Desde entonces, sólo se habla de los reinos andaluces (Córdoba, Sevilla, Jaén y Granada) o de las provincias andaluzas. Y a lo más, de una Andalucía Alta y de una Andalucia Baja; o como quieren algunos, de Granada y Andalucía.

Andalucía es inmensa: es toda una inmensidad. Pero no una inmensidad vacía de contenido, uniforme y simplicista, «donde el clima, el suelo, la vegetación y la existencia social» se dan sin fundirse ni compenetrarse. Andalucía es inmensa, pero con una acentuada complejidad vital en su interior estructura.

Andalucía encierra un potencial de diferenciación, como difícilmente puede encontrarse otro igual en pueblo alguno. En menor número de grados de latitud no cabe una mayor diversidad, ni más suma de contrastes que los ofrecidos por esta región en sus condiciones atmosféricas, en las producciones de su suelo y subsuelo, en su fauna y en su flora, hasta el punto de poderse afirmar con exactitud que no hay una, sino varias Andalucías. Así se puede hablar de

una Andalucía levantina y de otra lusitana y de otra manchega. Y así como hay una Andalucía campesina y otra ciudadana, así hay una Andalucía serrana—la de la serranía de Ronda y la de la Sierra de Aracena, la de la Sierra Nevada y la Andalucía de Sierra Morena—y una Andalucía costera, marinera, la Andalucía de las playeras y de la mar bella...

DE LA ANDALUCÍA ACARICIADA POR EL MAR

Torre del Mar

Para la Srta. Adela Horiçowa, en Praga, que vertió a la dulce lengua de Bohemia, esta divagación.

Bello es tu nombre, Torre del Mar. Bello como tu cielo, como tu mar. Tiene tu nombre aroma de leyenda, sabor del Romancero. Tu nombre es poemático, Torre del Mar. Pero tu alma es más bella todavía. Y más bello aún ese momento, ese símbolo, ese acto en que tu alma se acaba de revelar. Has tenido un momento sublime, uno de esos momentos que eternizan a los pueblos. Has realizado un símbolo hermoso: el símbolo de la fe, de la esperanza, del amor—de la fe en el esfuerzo, de la esperanza en la justicia que preside la vida, del amor a los niños que vienen—. Has cumplido el acto más grandioso de la vida: el sacrificio... el sacrificio del ensueño... Yo te bendigo, Torre del Mar. Y a vosotros, vecinos de Torre del Mar, yo os saludo con toda la efusión de mi alma.

Mis queridos lectores, ¿conocéis el hecho? «Los vecinos de Torre del Mar—provincia de Málaga—acordaron no fumar con objeto de destinar las economías que hicieran con esta privación a la creación de una escuela pública. En el mes pasado recaudaron

noventa pesetas. Han escrito al señor Giner de los Ríos rogándole que pida al ministro de Instrucción el nombramiento de maestro para el nuevo centro.»

¿Y no habéis sentido conmovida, emocionada, enternecida toda vuestra alma, con la ingenua y honda poesía de este hecho tan sencillo y tan sublime? Hace tiempo que no he sentido una alegría tan grande, tan pura, tan desinteresada como esta. Alegría tan pura, que sólo el dolor puede hacer florecer, como esas sonrisas que se abren e iluminan en un rostro que llora ante el juego inocente de un niño. Yo quisiera que todos los que me leen hubiesen gozado en toda su plenitud de esa profunda alegría que en mí ha despertado la lectura de ese telegrama, para no tener que explicar, ni considerar, ni comentar ese hecho tan sencillo y tan sublime, que sólo es digno de un himno de gracias. Del *Te Deum* que entonaran todas las almas españolas que entendiesen y amasen el símbolo hermoso que este pueblo ha realizado...

Ya voy creyendo que mi Patria es inmortal... ¡Cómo nos has hecho vibrar, Alma Española... Por ti, Torre del Mar, la del bello nombre, la del alma bella!

Por eso, a vosotros, vecinos de Torre del Mar, yo os saludo con toda la efusión de mi alma. Por eso yo te bendigo, Torre del Mar.

DE LA ANDALUCIA SERRANA

Por tierras de epopeya

Al frente de esta divagación quiero dedicar un recuerdo a María Puig y a María García, a Paquita, a Manolita, a Antoñita, a Aurorita... a todas las gentiles rumblaresas, que, en mi retiro, endulzaron las amargas horas de mi retirada...

Entre Sierra Morena
y los cerros de Ubeda

La Sierra Morena, desde Castilla, no parece una cordillera, sino el festón que bordea su meseta. Desde la cuenca del Guadalquivir da la sensación de

algo bravío, que en el reposo prolongado ha perdido su fiera guapeza; un bandido generoso enamorando a una gentil muchacha.

Por entre la masa verde bruna—que da nombre a la sierra—de brezos, jaras, lentiscos, juncias, romero, madroños, coscojas, cambroneras y espinos, se destacan las manchas verdegays de los prados, y se esfuman suavemente algunas rocas misteriosas, de un claro azul o de un violeta pálido, como si en sus perfiles se reflejara la luz celeste de un cielo de esmalte.

Los arroyos—que en el estiaje se quedan sin lágrimas con que llorar la tala de los bosques—y los olivos—a los que les basta este nuestro aire para lubrificar su óleo—son las únicas cosas que ponen un poco de frescura y de paz en esta sierra brava, sierra morena y ardiente, casi nunca albeada por la nieve. La nieve aquí no es sudario, ni manto de armiño, sino fina lluvia de confetis, y, a lo más, blanca mantilla de blondas.

La Mariánica y el Guadalquivir—andaluces, al fin—se divierten en salirse de los caminos trillados. Aquélla, lejos de ser línea divisoria de las aguas, se halla a menudo cortada por la corriente del río, que se abre paso a través de la sierra, con una llaneza francamente andaluza.

Desde la Mancha de Ciudad Real a la Mancha Real de Jaén, desde Despeñaperros a Martos, no hay fuente que no cuente una hazaña legendaria, ni paso que no sepa la historia de una invasión. Las cumbres de esta contornada han sido testigos de gloriosas batallas y de nobles empeños civilizadores. ¡Llanos de Iliturgi, Navas de Tolosa, campos de Bailén...! ¡Colonias de la Carolina...

¿No es verdad que el escenario de tales grandezas merecía una información? Así lo comprendí desde que por primera vez crucé Despeñaperros, en una noche septembrina, a la luz de los relámpagos. Por

eso cuando ahora, remontando el curso del Guadalquivir, llegué a estas alturas, pensé que en una revista andaluza debía interesar esta región del antiguo reino de Jaén—esta Andalucía serrana y manchega.

Hubo un tiempo en que yo divagaba por los Cerros de Ubeda... Y creo que ahora también he estado en ellos perdido y perdiendo el tiempo. Creía que el país de los oretanos y los túrdulos, como el de la Turdetania o Tartéside, debía figurar en una revista andaluza... Pero esto y «lo otro» para otra ocasión. Cuando hagamos historia.

Entonces hablaremos de la ciudad hidalga y litúrgica de Andújar, que cantaron Lupercio Leonardo de Argensola y Leandro Fernández Moratín; de Linares, la ciudad moderna y cosmopolita, minera y fabril, que ha cantado la musa popular.

Aquel que viene a Linares
y bebe agua del Pisar,
olvida su padre y madre
y no va a su patria más.

Asimismo cantaremos las excelencias de otras ciudades de estos lugares... Y contaremos algunas cosas que merecen contarse en un lenguaje rotundo y claro.

Hoy nos detendremos a orillas del Rumblar...

Entre el Jándula y el Guadiel

Nace el Rumblar, cabe la Cima del Rey, y norteando a Villanueva de la Reina, desemboca en el Guadalquivir.

Afluye a él, por la margen derecha, el riachuelo de la Campaña, que en línea casi paralela al antiguo camino real, asciende por los términos de Baños, Guarromán, Carboneros, Cuellos, La Carolina, Castillo de Tolosa, Santa Elena... Territorios de aquella colonia surgida en el interior de España, bajo el reinado de Carlos III, cuando los españoles—agotadas

ya las energías expansivas de la raza que les había impulsado a dar el nombre de sus reyes a las islas oceánicas—empezaban a cultivar lo que habían dejado inculto en su propio suelo.

La colonia «carolina» de Sierra Morena, nos confirma en la idea de que no hay una raza, sino una región andaluza, que Andalucía es una pura expresión geográfica, y nos explica el por qué de esa su aparente adaptabilidad a las civilizaciones extrañas.

En rigor no debe hablarse de asimilación de ajenos elementos culturales, sino del andaluzamiento que padecen los extranjeros al dejarse penetrar de los encantos imponderables de esta tierra. Tal sucede con aquellos seis mil alemanes y flamencos que en tiempos de Olavide poblaron aquella comarca donde todo era «vivo, fresco, verde y limpio»—al decir de Swinburne.

Por la ribera izquierda recibe el Rumblar las aguas del Arroyo de San Vicente, de Caña Lengua y de Caña Vilanos.

El primero, que riega los huertos de su nombre, podemos representárnoslo como la flecha de un arco, cuyas plumas rozaran la «Fuente Agria», y cuya punta tocara en la ermita de «El Santo.» La cuerda, de doble curva, se tendería hacia Poniente desde las Navas de Tolosa a Menjíbar (16 de Julio de 1212, a 16 de Julio de 1808). Se dirigiría por el cerro en cuya falda está como prendida la «Huerta del Gato» (célebre por sus naranjas, «que arañan de dulces», según el pregón popular), y en cuya cima se descubren las «Salas de Galiarda» (subterráneos de un castillo, en ruínas, que ha poetizado una romancesca leyenda):

> «¡Muera aquel que ha deshonrado
> a Aliarda la más bella!»

pasaría por la «Nava de Andújar» (la verde pradería

de las alegres cabalgadas), por la «Fresnéica», por el «Cerro del Moro»,

Con dos mil jinetes moros
Reduán corre la tierra,
todos los ganados roba,
y amenaza las fronteras:

por el «Arroyo de la Fresneda» (bajo uno de cuyos fresnos murió Alfonso VII, el Emperador, cuando al frente de sus huestes regresaba de una correría por tierras de moros). Desde aquí seguiría por el «Arroyo de las Piedras», los «Juncares» (de una clara y plácida perspectiva de disanto campesino), el «Arroyo Plomero»; atravesaría la carretera general por junto a la «Casa de Postas» (donde se firmó la rendición de la batalla de Bailén); y, después de rodear el «Cerro Cantero», se anudaría de nuevo con el Rumblar...

Desde las Salas de Galiarda, se divisa, más allá del Jándula, elevándose al cielo como una plegaria, el «Cerro de la Virgen de la Cabeza.» En el Cerro Cantero se han hallado restos de la antigua Iliturgi, que se extendía desde el Arroyo de Martín Gordo al de Escobar, en el sitio denominado de los Villares.

No lejos de Caña Vilano—donde austeramente florecen los cardos—, el Rumblar ofrece un panorama sorprendente, un espectáculo de una escenografía fantástica. A la luz del crepúsculo o a la luz de la luna, las «Piedras de Doña Inés» recuerdan los dibujos de Gustavo Doré... Viéndolas a esas horas vagas se malicia el artilugio de muchas películas cinematográficas.

Cerca de Caña Lengua, el Rumblar se remansa en un lago profundo, llamado «Charco redondo», cuyas aguas sepultaron parte de la impedimenta, y casi todo el botín que las tropas napoleónicas lograron en Córdoba y Jaén y que hubieron de abandonar en la rota de Andújar a Bailén.

Casi enfrente del «Molino», donde se encontra-

ron las avanzadas francesas y españolas en la madrugada del 19 de Julio, la carretera de Madrid a Cádiz describe un violento zig-zag, y cruza el Rumblar por un puente que, visto desde «Charco redondo», más parece estar tendido entre dos peñas fronteras que enlazar los dos tramos de la vía, aquí casi paralelos y como si nunca pudieran encontrarse. El puente es de piedra asperón, y en su pretil se diría que han afilado sus navajas todos los viandantes. Sobre el Rumblar hay otros pasos: dos puentecitos; uno al Mediodía, de propiedad particular, del cual sólo se conservan los estribos y la armadura de hierro, y otro, más arriba, comunal; pero tan pequeño, que cuando el río trae agua, más que de puente sirve de presa. En el verano todo el Rumblar es un vado-llano.

Pasado el histórico molino, el camino asciende en rápida pendiente hasta «Los Ventorrillos», la «acera de enfrente» de la única calle de la aldea del Rumblar.

Zocueca-Rumblar

El poblado del Rumblar se halla dividido por el río de su nombre en dos, que llamaremos distritos: uno, civil—«Los Ventorrillos»—, en donde está la casa del alcalde, más hecho a guardar vacas que a empuñar la vara de la primera y única autoridad municipal; y otro eclesiástico—«Zocueca», propiamente dicha—, donde se alza la parroquia, hoy encomendada a la cura de un sacerdote poeta. Del uno al otro barrio hay más de un centenar de metros, y entre los dos no suman veinte casas.

Zocueca... ¿Por qué este nombre aquí donde tan bien resuenan Torredonjimeno, Torreblascopedro, Torreperogil, Jabalquinto, Villardompardo, Castillo de Locubín, Torrequebradilla, Fuente-Alamo, Arroyo Molino, San Pedro de Escañuela, Castellar de Santisteban...? Claro que ninguno se puede comparar con

Madrigal de las Altas Torres; pero es que así sólo ha merecido llamarse la patria de Isabel la Católica.

Desde «Los Ventorrillos», la vista de Zocueca es de un encanto apacible, deleitoso... Sobre una colina que declina hacia el río, la iglesia y el caserío, cara a cara al Mediodía, contemplan y gozan desde el orto al ocaso, toda la marcha del sol... Allá, en el fondo, el verdelisado de la sierra; a nuestra derecha, el verdecromo de los huertos de San Vicente, y aquí a la izquierda, el verde gris de los olivares... A nuestros pies el Rumblar deslizándose mansamente bajo las adelfas...

El caserío no dice nada por sí mismo; pero compone bien en el conjunto. Estación de invierno, donde algunas familias pasan las Pascuas.

La iglesia de Santa María de Zocueca, como casi todos los edificios de estos terrenos, es de piedra asperón: esa piedra que da a las estatuas y a los escudos que en ellas se labran, y a las iglesias y castillos que con ella se construyen el aspecto de algo primitivo, ingenuo. Y como el pretil del puente, la cruz que se alza en el porche de la iglesia parece decirnos que los fieles devotos de Nuestra Señora fueron los bravos guerrilleros de Bailén.

A la entrada de la iglesia hay en el suelo una sencilla lápida, en la que reza la siguiente inscripción:

«Aquí yace—Pedro Pecador—natural de Sevilla. —Rogad por él.—«Post tenebras, sperat lucem Dei». —Año de 1751».

TARTESIDE AEREA

En el primer centro intelectual de la Corte de España se discutía, aún no hace dos primaveras, el tema de las «orientaciones políticas» que debíamos seguir para nuestra reconstitución nacional. Allí, y entonces, se presintió Andalucía como un ideal y surgió

la idea de un ideal andaluz: ideal de Andalucía, para una Andalucía ideal.

La idea fué tomando forma, difundiéndose; el ideal definiéndose y actuándose; y Andalucía pudo ser concebida como una región, digna heredera de un reino y de un reinado...

Fígaro fué el heraldo, el vocero de la idea... Don Alejandro Guichot y don Blas Infante, los definidores del ideal. Aquél, con un sentido crítico, indagó la expresión filosófica e histórica del ideal andaluz; éste, al darle una base sociológica y un contenido económico, concretó el ideal de Andalucía en ideal para Andalucía... Federico Castejón inició y organizó la «acción andaluza...» Juan Carretero, al sintetizar y sistematizar todo el movimiento andalucista, con un alcance de noble y pura política y una trascendencia de vida nacional, planeó lo que debía ser el «regionalismo andaluz».

DEL IDEAL ANDALUZ

Observaciones a una Memoria sobre «Orientaciones Políticas».

...El señor Rivera en su Memoria, partiendo de la definición que él da de «toda acción política», ha pretendido señalar las líneas generales de lo que deben ser nuestras *Orientaciones políticas*. Ahora bien, el concepto de «acción» nos sugiere la imagen de una práctica efectividad; mientras que el de «orientación» nos hace pensar en algo, que, si es realizable y ha de ser realizado, por lo pronto sólo se nos ofrece como posible, como una pura dirección ideal. No estamos muy seguros de que esto sea exacto; pero así lo sentimos, así lo exponemos, con temor de equivocarnos y con promesa de rectificar.

Esto supuesto, nos preguntamos: una acción polí-

tica, concebida teleológicamente, con ánimo de influir en la realidad social, ¿puede ser el objeto propio de una Memoria, de una tesis doctrinal? ¿Esa síntesis entre una realidad y un ideal, de que nos habla el señor Rivera, ¿ha de ser una abstracción intelectual —producto de un proceso dialéctico, lógico, simplemente especulativo—; o ha de ser un sentimiento vivo, una intuición real que aspira a traducirse en algo viviente? Y en este sentido, ¿qué acción política mejor que aquella que hemos verificado—con buena voluntad y sabia competencia—en nuestra conciencia y en nuestra conducta; y podemos ofrecer como ejemplo a otras conciencias y como norma de toda otra conducta, no ya de vida moral, sino de vida política, pública, ciudadana?

En cambio, ¿no será lícito pensar, que dada una orientación política, por muy razonada que esté y por muy racional que sea, podemos no seguirla, entre otros motivos, por no ser conveniente al lugar y momento para que se dió? Toda acción parece que lleva implícita una orientación; pero, ¿toda orientación ha de traducirse necesariamente en una acción? ¿toda orientación política, puede proponerse en un programa político, de pronta e inmediata efectividad?

Es más: ¿qué es lo que hacemos y nos proponemos, cuando tratamos de orientarnos? La orientación ¿es una *pose,* una *positio* o una *possesio?* Al dar nuestra derecha al punto cardinal, por donde se levanta el sol, y al mirar de frente al Norte, ¿hemos de seguir indefectiblemente hacia adelante, que, en este caso, es el Norte, y es Europa, como parece desprenderse de la Memoria? ¿No podríamos pensar, de igual modo, que la ruta de nuestro destino por venir, se encaminaba y dirigía hacia el Oriente (no al remoto y lejano Oriente, sino al más próximo, al clásico, al Mediterráneo, ya que nuestro Oriente son los itálicos y los helenos); o hacia el Occidente (hacia esas repúblicas hispano-americanas, donde nos recla-

man nuestros hermanos de raza, de lengua y de ideales históricos); o hacia el Sur, hacia esa incógnita del mundo contemporáneo que es el Africa y que nos brindó un testamento que hemos dejado incumplido? ¿El nortear supone que hemos de rumbar hacia el Polo ártico? Y el Norte ¿no es el punto cardinal hacia el cual dirigen sus sombras los cuerpos iluminados por el sol, cuando el sol está en el mediodía?

Hallada la Estrella polar, la luz guiadora del vial de nuestra vida, ¿qué nos importan los cursos de «los ríos que van a dar en la mar», si lo esencial es saber dónde estamos y cómo nos hallamos: es decir, sabernos centrados en la cruz de los puntos cardinales, en la rosa de los vientos del espíritu?

...El ideal andaluz puede caracterizarse como un ideal humanista y humano, frente a los ideales paganos y ascéticos. Es un ideal renaciente; pero de «la Grecia en Gracia de Dios.» Es el ideal de la *Ciudad del día,* como dice el señor Rivera, el de la *Ciudad del sol,* pero también el ideal de la *Ciudad de Dios.*

...Nada hay en la historia cultural ni en el elemento étnico de Andalucía, de ese pretendido bizantinismo, de que tanto se habla en la Memoria. ¿Cómo puede ser bizantina nuestra raza ibera, nuestra existencia «muy noble e leal», esa amorosa y amable sinceridad, sincera hasta la hipérbole, que cuando no dice verdad, la crea y la magnifica? Y el flamenquismo ¿es también bizantinismo? Pero los flamencos ¿son andaluces, ni siquiera españoles? ¿No indica el nombre que el flamenquismo es algo esporádico, no consustancial con nuestra fiesta nacional; industrialismo importado de afuera, por ejemplo, de los tablados de París? Y por otra parte, ¿quién es capaz de imaginar a un retórico y pedante bizantino dando una verónica o un pase natural?

Esa pretendida democracia de los reinos de la reconquista cristiana, ¿terminó—como afirma el señor Rivera—al ser conquistada Andalucía? ¿No será, por

el contrario, porque esa democracia igualitaria, laminadora, llana y parda como llanura de esa Castilla, que «face los homes y los desface», no supo armonizarse con la soberana aristocracia que alienta y vive en el alma del pueblo andaluz?

Y ¿no será el ocio andaluz como un recuerdo del ocio griego; de aquel ocio que era un derecho del individuo de Atenas, para librarse de los menesteres servilez y consagrarse de lleno a la vida de la Polítitica, del Arte y de la Filosofía; de aquel ocio, del cual era, y así se definía, el negocio, como una negación—*neg-otio*?

...Esa Europa de que tanto se habla hoy, ¿es una realidad o una abstracción metafísica, una entidad mística o un puro mito? Esa europeización de España ¿no se aparecerá a la imaginación—irónica, burlona y amiga del chiste—de un andaluz como la segunda parte del mito clásico: *El rapto de Europa por el Toro Jupiterino?*

...En este retorno a los campos, acaso los hombres logren fundir de nuevo el ideal hedonístico, dionisíaco, de amorosa comunidad con la naturaleza, y el ideal ético, apolíneo, de la rítmica soberanía del espíritu. Maravillosa síntesis, breve como un milagro, que tan sólo resplandeció por sobre el misterio del mundo, en los cortos instantes de exaltación sobrehumana que tuvieron lugar en el Atica, en Tiberiades, en Asís... Armonía que quizás hayamos dejado dormir para siempre en tierras de Andalucía, por no habernos cuidado de cultivar su genio...

...El ensueño andaluz—dotado de la infusa sabiduría del *gay saber,* y de la espontánea santidad de los bienaventurados—era un ensueño libre, laborioso, liberal... Un aparente sensualismo rebozaba su plenitud espiritual: y por bajo el reposo aparente de la siesta, las ideas y las emociones rondaban y emergían en una intensa e inquieta vida interior... Misterio gozoso de la vida fácil del dejarse vivir; contento

ingenuo del dejarse penetrar del encanto de las cosas... y de las almas, del ambiente y del cielo, de todo y de nada... Sonreir perenne y hondo que impregna a la contemplación de una dulce y amable melancolía, y a la acción de una alegría, suave y serena, recatada, tácita... como el alma de la *Ciudad de la Gracia*.

Al llegar a este punto siento que el afán de curiosidad y el espíritu de crítica me han llevado demasiado lejos, en este proceso dialéctico de los esquemas y de las preguntas... El alma tiene la sensación de haber llegado a los linderos de las paradojas y de las metáforas, de haber penetrado en el mundo de la divagación... El eco de un cantar alado y grave, la torna a la realidad:

En preguntar lo que sabes
el tiempo no has de perder:
y a preguntas sin respuestas
¿quién te puede responder?

DE LA ACCIÓN ANDALUZA

Apostillas a una información

—«Yo la pondré bajo la autoridad de las leyes.» (Beaumarchais, *El Barbero de Sevilla, V. 8)*.

—«Veneremos el viejo código, y venga, no obstante, otro nuevo más adecuado a la época.—*Larra. De Vuelta de París* (carta).

En el artículo del *Fígaro* sobre el «ideal andaluz» hay muchas cosas dignas de pensarse y aplaudirse. Sobre todo el alma que late bajo las palabras. Y de las otras ideas que en él quedan latentes, las que siguen: 1.ª Necesidad de concretar un ideal que despierte el alma andaluza y haga reverdecer el laurel rosa en las tierras y en las comarcas de Andalucía.

2.ª Necesidad de una ley que sustituya al viejo derecho y reorganice el régimen de nuestra región. 3.ª Necesidad de una aristocracia que encarne aquel ideal y actúe esta reforma.

Si tuviera tiempo desenvolvería alguna de estas ideas... Las tres se hallan tan íntimamente unidas, que en un programa renacentista no puede faltar ninguna. Buscad en esa quien se haga eco de vuestras afirmaciones y sed vosotros quienes las articulen. No es esto brindar una empresa que iniciasteis. Es alentaros a seguirla.

Ahora yo sólo puedo «amar en silencio.» Mi voz sólo aspira a mantener en las almas la emoción precursora de un advenimiento—«temblor de almas»—que anuncia que es llegada la plenitud de los días.

DEL REGIONALISMO ANDALUZ

Comentarios sobre un tema de Juegos Florales.

A la Sra. Elena Whishaw, en agradecimiento de una cortés invitación

En estos tiempos en que el *imperialismo* tiende a la constitución de un estado extra y supra-nacional (así como el siglo XIX se caracterizó por ser la era de las nacionalidades), y en que el *sindicalismo* ha demostrado la posibilidad de un estado funcional con independencia de toda consideración de lugar (a diferencia del estatismo político, o estadismo clásico—tradicionalista o liberal, socialista o jurídico—que consideraba al Estado como algo que *está*... en alguna parte); en estos tiempos de internacionalismo o cosmopolitismo parecerá extraño que se hable de *regionalismo* (es decir, de algo intra o infranacional, que tiene una esfera de acción puramente local), y del regionalismo de una región, que, hasta el presente, no ha tenido nada de regionalista...

E pur... Creemos que el *Regionalismo andaluz* no es simplemente un tema de Juegos Florales, sino un tema de vida fecunda para la Patria. Creemos, además, que la contestación a dicho tema no puede ser negativa. Podrá ser crítica, pero no escéptica. Deberá ser afirmativa. Queremos que lo sea... Por eso hablamos. De otra suerte esto sería una disertación académica... Y el *Regionalismo andaluz* no es, no debe ser eso... Es algo. ...*Si muove.*

El regionalismo—como todos los «ismos»—supone un sentimiento, una aspiración, una creencia, una propensión, una tendencia, una sistematización, un estado, o mejor, una corriente de opinión, de carácter social.

Lo que sustenta al regionalismo es la región; y lo que adjetiva a este regionalismo es lo andaluz. El regionalismo se podrá definir como la orientación que pretende dar al concepto gramatical (lexicográfico), geográfico (espacial), del término región, un contenido político, el que entraña su significación etimológica (de «regio»). Y el *Regionalismo andaluz* será el que anhele para Andalucía esta transmutación de valores.

He aquí indicado el plan de un trabajo sobre el regionalismo andaluz. En el lenguaje de filosofía se diría que había: 1.º una *tesis,* la teoría de la región; 2.º una *antítesis,* el problema regional en España; 3.º una *hipótesis,* el regionalismo andaluz, y 4.º una *síntesis,* que no sabemos en qué ha de consistir.

¿En qué sentido es Andalucía una región; cuál es su situación respecto al problema regional planteado en España; y cuál puede ser la significación y trascendencia del regionalismo andaluz?

Confesamos que al llegar a este punto nos asalta la duda de si todas las preguntas no descansan a su vez en una interrogante. No sólo es un problema la personalidad social de Andalucía en cuanto región políticamente considerada; lo es también su misma

realidad. No sabemos a ciencia cierta qué sea Andalucía.

Andalucía es un ideal... ¿Con qué virtualidad ha sido pensada esta frase, de amplio margen; cuáles fueron todas las vibraciones ideológicas que suscitara en la mente al ser pensada?

Lo *ideal* en esta oración es el predicado, lo que califica a Andalucía. En el *ideal andaluz* es lo andaluz lo que califica al ideal.

Este ideal que se predica de Andalucía, puede referirse a la esencia de ésta (Andalucía es por su misma naturaleza una cosa—una «res»—ideal): o a su existencia (Andalucía es una posibilidad o algo que ya no subsiste).

Ha sido en este concepto existencial en el que se ha entendido la fórmula anterior. Y así se la ha criticado. Y se ha contradicho por esta otra: «Andalucía es una realidad»... ¿Hasta qué grado, y cómo? Porque podría serlo de tal modo que para el caso sería como si no lo fuera. Y la realidad de Andalucía es bien triste. Andalucía no ha sido comprendida y apreciada en toda su realidad.

Andalucía, preciso es decirlo, está por descubrir. Está por descubrir la Andalucía verdadera: «la Andalucía recóndita», según la bella expresión de José Enrique Rodó.

«Andalucía es, no ya para los extranjeros, que aun los de más talento desvarían al tratar de las cosas de España, sino para la gran parte de los españoles, una región poco menos que ignorada. Afirmo esto porque el concepto que de Andalucía se tiene, es generalmente fabuloso y quimérico, una leyenda atiborrada de falsos colorismos y de sentimentalismos hueros.» Así se ha expresado el autor de «La leyenda andaluza.»

Andalucía ha venido a parar en una cosa literaria, pintoresca; pero literaria en aquella acepción que tanto despreciaba Rubén Darío; pintoresca como la pin-

tura de un cromo, como los famosos cromos de las cajas de pasas. Los artistas nos han hecho el regalo de una Andalucía fantástica, no por fantástica más bella de la que vive ignorada. Andalucía ésta de un encanto tal que no pueden gustar los que viven la ilusión de la Andalucía morisca y agitanada; la Andalucía del majismo y la torería; la Andalucía chistosa —frívolamente despreocupada—de la manzanilla, la *juerga,* los toros, los claveles, los mantones de Manila; y la Andalucía macabra—trágicamente ociosa— que repite el mismo estribillo, pero con el escalofrío de la muerte; la Andalucía de pandereta... y de opereta.

No hay como el caso andaluz para demostrar la fuerza de una leyenda. La leyenda andaluza podría servir a Van Gennep de curioso ejemplo para ilustrar su interesantísimo libro sobre *La formación de las leyendas.* Y lo peor es que la leyenda pintoresca ha truncado la tradición castiza. Parece que hace tiempo se ha secado el manantial de lo típico...

Por otra parte, como dice Santos Oliver: «Andalucía atraviesa actualmente un período de impopularidad, literaria sobre todo. Representa este desvío de la moda algo así como un desquite o secreta venganza contra el secreto agravio de haberla monopolizado durante tanto tiempo». Y así unas veces por soñar con una Andalucía fantástica y otras por no acordarse de la Andalucía viviente, Andalucía permanece ignorada.

Mal puede, pues, hablarse de Andalucía como de una realidad, cuando esta realidad está por conocer. Y lo que no se conoce no «es»... no existe para el espíritu. En este sentido Andalucía es todavía un ideal.

Andalucía, como región y ante el problema regional, es una hipótesis.

Andalucía es un ideal.

HACIA UNA ANDAUCÍA SIN ANDALUZADAS

...Mucho más quisiera decir de esta Andalucía que hemos vivido y vislumbrado... Mucho tengo que contar y que cantar... Mi corazón está lleno de los días que vivió bajo aquel cielo... Mas hay que concluir... Hay que decir adiós a todos estos recuerdos y estos ensueños, tan presentes y tan amados...

Sean estas palabras como un envío galante de amor y gratitud para todas las mujeres andaluzas a quienes he ido saludando en mi divagar por la tierra de María Santísima.

—Amigas, el eco de vuestras conversaciones, durante las veladas de este Otoño, resuena en mi corazón, como el preludio de una primaveral alborada.

Divagación postrera

(Epílogo que puede servir de prólogo en lo futuro)

DE VISIONARIO A MISIONARIO, DE DIVAGADOR...

El estribillo elegíaco

Río abajo, río arriba... en el mar, y en la sierra... fuí a buscar la salud del cuerpo y de la mente, que perdí con las desesperanzas cortesanas y los desamores provincianos, en el año fatídico y fatal que ahora termina—año de *anabasis* que espera el Xenofonte que ha de historiar sus famosas retiradas y las miles de miles de sus retiradas sin fama—... Toda mi vida ha sido una continua retirada... Y ahora para siempre... De hoy más sólo caminaré a la ronza... contra la corriente.

...*¡Thalassa! ¡Thalassa!* ¡El mar, el mar!—exclamaron los «diez mil» al llegar al Ponto Euxin...—¡Tierra! ¡tierra!—gritaron los marineros de Colón al divisar el mundo trasatlántico—. ¡El mar! ¡La sierra!

Los aires del mar y de la sierra devolvieron al cuerpo su vigor natural. Pero, ¿y al alma? ¿Le devolvieron su virtud, su gracia? ¿Halló el alma la paz suspirada? Ni los aires del mar, ni los aires de la sierra, bastan al alma... Al alma sin alas, sin amada, sin amor.

¡Pobre cabeza loca, devanadera divagadora! ¡De todas tus ilusiones ya sólo quedan las hojas secas!

El año fatídico y fatal arrebató a mi alma su joya más preciada: la ingenua confianza. Le dejó por única herencia las deudas impagadas de mi vida pasada y perdida, el fracaso de toda mi vida pecadora... Todo en mí ha fracasado... Todo cuanto proyectaba se ha desvanecido...

«Todo el día me están zahiriendo mis enemigos; y los que antes me alababan ahora se conjuran contra mí.» *(Salmo CI).*

Desolado el viejo solar; sin fuego el hogar nuevo... ¡Todo por edificar!... ¡El nido de los hijos; el alcázar de la amada!... ¡Todo, todo por edificar!

¿Y la amada? ¿Qué te hiciste, mujer? ¿Dónde estás, que en todas partes te siento y te presiento... y en ninguna te veo? ¡Pobre corazón! ¡Ya no vuelan en torno tuyo las doradas abejas! Al alma sin amor, sin amada, sin alas, no le bastan los aires puros de la sierra y del mar.

La sinfonía en "re"

Frente al mar aquel, que me inspiró la *Visión* de mi divagación primera, mi alma al finar el verano pasado, comenzó la revisión de mi vida... no vivida, de mi arte... inartizado... Ya en el horizonte no se veía nada; sólo se oía el rumor de las horas, que desde el pasado llegaban a la conciencia... Todo era en mí una resentida resonancia...

En medio de la Sierra aquella, donde hace años aspiré a reanudar mi carrera, mi alma, al comenzar el el presente invierno, quiso concluir de revelar lo velado de mi vida... no artizada, de mi arte no vivido... Ya no se oía ningún rumor del mundo; todo en el espíritu se veía iluminado por una nueva luz... Pero apenas si pude articular la *Revisión* iniciada, en una postrera divagación...

Revisión, re-visión...; ver de nuevo, más que nueva visión; segunda vista, mejor que doble vista...; re-

visión... La revisión de ahora lo es de una vida que empezó por una visión, que no llegó a ser vivida, y se redujo a una pura divagación... Una visión fué mi primera divagación...

Hace años... Desde hace algún tiempo todo cuanto en mí vive, vive del recuerdo, como si ya hubiese comenzado el retorno, en el que las cuentas se ajustan y a los cuentos suceden los recuentos... Sobre todo desde que se inició el año que ahora termina.

Hace años... publiqué mi primera divagación. Era por el verano, en una playa, a orillas del mar donde desemboca el Guadalquivir. Esta de ahora, tan llena de lo pretérito, se escribe por el invierno, en el campo, no lejos donde el Guadalquivir recibe las aguas de la sierra...

Y ahora... Cuando los que pertenecemos a la última generación romántica atravesamos la época de las reacciones y de las reiteraciones, de las reconvenciones y de las reclamaciones, de las recantaciones y de las rememoraciones; cuando toda nuestra existencia parece una *sinfonía en re,* el alma, sin la ilusión de la visión, es ya una pura resonancia.

ut queant laxis
resonare fibris...

Coincidencias... La *Revisión* fué publicada en un periódico de igual título que aquel en que apareció la *Visión: El Guadalquivir.*

¡......! ¡Guadalquivir!

Río abajo, río arriba... A orillas del mar—donde el Guadalquivir muere—, en lo alto de la sierra—donde el Guadalquivir nace—, el alma suspiraba por el cielo... Por el cielo estrellado, y la paz de una buena voluntad...

El canto de la palinodia

Y en una Noche Buena memorable—en la Noche Buena de una aldea—se obró el milagro esperado. En la paz de la aldea, el misterio de la Noche de la Navidad, rememoraba al espíritu la poesía de otra Noche pascual: la Noche Santa de la Pasión y Muerte, en el encanto de Sevilla... Todo, la campiña y el pueblo, los montes y el valle, la tierra y el cielo, envolvíase en el místico, acariciante cendal de la niebla —tibio y suave como vaho de madre.—La niebla hiemalina—como la luna vernal—deshacía los contornos de las cosas, las hacía impalpables como las almas. Parecía que en el mundo sólo había almas—almas de pastores que fueran a adorar al Niño de Dios recién nacido, a Dios eternamente renaciendo Niño—... Y en medio de aquella soledad—poblada de almas—, y de aquel silencio—precursor del *Gloria in excelsis*—, íbamos río arriba, hacia la Misa del Gallo, como los pastores de Belén fueron al Portal en la primera Noche Buena... Durante la Misa pastorela—encelestiada el alma por la angélica melodía que estelaba un coro de amadas voces femeninas—hice el sacrificio de mis ilusiones «sentimentales, sensibles, sensitivas.»

—¡Corazón, corazón, alejémonos del sueño!... La vida de la visión ha concluído. Hora es de cumplir la misión de la vida...

Y el alma se sentía renacida... En esta noche de la Pascua de Navidad, nacíanle al alma alas, como en aquella noche de la luna de Parasceve... Al *Ite misa est* de la Misa del Gallo, el alma se sentía llena de su misión... Tenía una misión que cumplir. A la mañana siguiente remontaba corriente en busca de las fuentes de la vida...

Guadalquivir arriba...

ÍNDICE

ALREDEDOR DE LA CIUDAD DE LA GRACIA

DE LA MINERVA BÉTICA

(Crítica sentimental: Elogios & salutaciones)

DE LA REGIÓN MARIANA

(Comentarios íntimos: Crónicas & criterios)

DIVAGACIÓN POSTRERA

